

GARIBALDI

20 de Setiembre: Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento

**"Infelici i popoli
che aspettano il
loro benessere
dallo straniero"**

José Garibaldi

23

Publicación anual de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo

Año 23 - Montevideo - 2008

En este número:

Héctor Gros Espiell

- * Significación política e internacional del 20 de Septiembre
- * Rodó y la "Cuestión Romana"

Carlos Novello

Oribe: nuestro Coriolano

Luce Fabbri - A 100 años de su nacimiento

Intervenciones del Decano Dr. José Seoane, del Dr. Pablo Rocca y de Carlos Novello en el acto realizado en el Paraninfo de la Universidad de la República

Alfonso Scirocco

Garibaldi: mito e realtà negli ultimi 25 anni (1982-2007)

Giampaolo Colella

L'anticoncilio di Napoli

Salvatore Candido

Egone Ratzenberger

Garibaldi e l'assedio di Montevideo 1841-1848

Antonio Bona Milanese

Antonio Meucci: los 200 años del nacimiento del inventor del teléfono



PPR. 053.612.

Ubicado - Sector - XVI -
estante 9-C-2.

**ASOCIACIÓN CULTURAL
GARIBALDINA DE MONTEVIDEO**

GARIBALDI

Director Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo - Uruguay



La Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo agradece las diversas
colaboraciones recibidas que hicieron
posible la actividad desarrollada por esta Asociación
hasta el presente y la aparición de esta revista.

Se autoriza la reproducción
total o parcial del material
contenido en esta publicación
citando su procedencia.



composición, diagramación
e impresión:
cba - juan carlos gómez 1461,
tel. 915 72 31
montevideo - uruguay
depósito legal N° 229.919/2008

Correctora de pruebas: **Prof. María Sagario**

"L'assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l'indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie. Proverà il potere d'una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo".

Giuseppe Garibaldi
(dalle sue "Memorie")

...the ...
...the ...
...the ...
...the ...

...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...
...the ...

...the ...
...the ...
...the ...
...the ...

...the ...

EDITORIAL

Estamos viviendo tiempos difíciles respecto al libre desplazamiento de las personas en el plano mundial.

Los garibaldinos, que pensamos con Garibaldi en el pueblo del mundo, que tiene los mismos derechos y merece el mismo respeto en cualquier país de la Tierra, provenga de donde provenga, cualesquiera sean sus costumbres, sus tradiciones, su historia, su raza, su religión, vemos con gran preocupación la tendencia cada día más acentuada entre los países económicamente más desarrollados, a seguir una política xenófoba, elitista, aristocrática, que llega a aplicarse hasta con los descendientes de sus nacionales que emigraron en forma masiva en épocas en que esos países tuvieron dificultades económicas que su clase dirigente no supo o no quiso resolver, más que abriendo la válvula de escape de la emigración.

Los países americanos de Norte y Sudamérica fueron receptores de esa inmigración proveniente de Europa y se beneficiaron grandemente con ella.

Lo que sus gobiernos no pudieron o no quisieron ofrecerle-oportunidades de trabajo y de desarrollar libremente sus mentes-la emigración lo encontró en estas tierras generosas y abiertas, humanistas, que recibieron a esta gente con los brazos desplegados, ofreciendo el abrazo fraterno y solidario que daba una nueva y aprovechada oportunidad a quienes habían ya perdido sus esperanzas, sin dejar de amar por eso a su tierra y a su pueblo de origen.

Un país como el Uruguay, que casi no tiene población indígena porque fue aniquilada por los hermanos Rivera cediendo a las presiones de los terratenientes improductivos del siglo XIX, que echaron por tierra la política artiguista de inserción de los indígenas en la vida nacional con plenos derechos y obligaciones, tiene una población que en casi un 50% cada una, es de origen español e italiano.

Uruguay tiene firmado con España un convenio, que data de 1870 y que no fue nunca denunciado por ninguna de las partes, que ahora, aduciendo el cumplimiento de leyes de la Comunidad Europea que, en todo caso, son posteriores, España desconoce poniéndose al margen del Derecho Internacional.

Quienes le reclaman a ese país el cumplimiento de sus obligaciones en nombre del Uruguay, es decir, el Presidente de la República y el Ministro de Relaciones Exteriores, son de origen español, descendientes de emigrantes españoles quienes, además de sus altos cargos políticos que son, naturalmente, circunstanciales, son dos eminentes universitarios. En el caso del Presidente Vázquez, un oncólogo con amplio reconocimiento internacional; en el caso del Canciller, un distinguido jurista. Seguramente que ninguno de los dos hubiera hecho una carrera similar, si sus antepasados hubieran permanecido en España.

Desde el 24 de mayo de 2004, una iniciativa de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo es ley nacional en Uruguay-la N° 17778-por la cual se declara el 20 de Setiembre de cada año "Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento", entendiéndose la de expresión del pensamiento no sólo en lo relativo a la libertad de comunicación, de reunión, de prensa, de palabra y tantas otras más, sino que también incluye la libertad de movilidad de las personas, quienes tienen derecho a trasladarse y a vivir donde deseen, dentro de su propio país y en el mundo.

Esta ley civilizada y civilizadora encuentra su triste correspondencia por parte de los países que se autoconsideran avanzados: los Estados Unidos de Norte América y Europa, construyendo muros físicos y legales, para evitar el libre desplazamiento de las personas.

Quienes, con razón, denigraron el muro de Berlín, hoy construyen sus propios muros inhumanos y pretenden que se les comprenda y se les justifique.

Nosotros continuamos los pasos de Garibaldi. Nos sentimos fraterno y solidarios con quienes buscan en el mundo, trabajando con fuerza e inteligencia, un mejor destino.

Este año nuestra Asociación, conjuntamente con la Universidad de la República, celebra los 100 años del nacimiento de la doctora y profesora Luce Fabbri, quien integró desde sus principios la Asociación Garibaldina y luchó toda su vida por la libertad y los derechos humanos.

Tomamos el ejemplo de quienes nos precedieron en esa lucha y hacemos lo posible por transmitir esos principios, que nos son sagrados, a las nuevas generaciones.

LOS 100 AÑOS DE LUCE FABBRI

A propuesta de nuestra Asociación, que fue apoyada inmediatamente por el Rector de la Universidad de la República, Dr. Rodrigo Arocena, se realizó, conjuntamente con la máxima Casa de Estudios de nuestro país, un acto de homenaje a la Dra. Prof. Luce Fabbri, en celebración del primer centenario de su nacimiento.

El mismo, al que adhirió la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, se realizó en Montevideo, en el Paraninfo de la Universidad, ante un público que colmó las instalaciones del histórico local, testigo de tantas manifestaciones en defensa de la libertad y de la democracia.

Abrió el acto el Decano, Dr. José Seoane, en nombre de la Universidad y de la Facultad de Humanidades; le siguió en el uso de la palabra Carlos Novello, Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, cerrando la parte oratoria el Dr. Pablo Rocca, Director del Departamento de Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas de la Facultad.

Al final, se proyectó la última parte de una entrevista que le realizara TV Ciudad a Luce Fabbri, quien falleció en el año 2000, al final de la cual el público, de pie, la homenajeó con un nutrido aplauso durante varios minutos.

Ofrecemos a continuación los textos de las intervenciones.



Al centro, el Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Dr. José Seoane; a la izquierda, el Director del Departamento de Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas, Dr. Pablo Rocca; a la derecha, Carlos Novello, Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo.

(Foto gentileza del Sr. Ignacio Palermo)

Palabras de apertura del Decano Dr. Seoane

Amigas y amigos:

Deseo en nombre de la Universidad de la República darles a todas y a todos la más cálida bienvenida. En primer lugar, quisiera transmitir a ustedes la adhesión a este acto del Rector Arocena, que impulsó este homenaje desde el primer momento, pero que, en virtud de compromisos ineludibles, no le es posible participar tal cual era su voluntad.

Es esta una especial ocasión para reconocer el talento, la erudición, la inteligencia de una intelectual de enorme destaque. Sus aportes en el área de los estudios literarios e históricos y su contribución al pensamiento político hacen de Luce Fabbri una protagonista insoslayable de la cultura nacional.

Llegada a nuestro país huyendo de la Italia fascista a los 20 años, encuentra en Uruguay "la isla que buscábamos para poder refugiarnos". En "Memorias de rebeldía" Graciela Sapriza recoge sus testimonios. Hay allí un pasaje que no puedo sino leerlo pues retrata con sensibilidad, agudeza y humor esa experiencia: "Fue un 18 de mayo.

Llegamos en otoño. El cielo azul y el aire cálido como el de Roma. Había rosas en las calles de Montevideo y frutas, tanjerinas. La ciudad estaba de fiesta, cubierta de banderas rojas. Yo creí que todo el mundo era socialista porque vi muchas banderas rojas. Era un día de fiesta y se habían puesto las banderas del Partido Colorado."

Se trataba de fines de los años 20. A partir de entonces Luce Fabbri desarrolla una excepcional labor creativa; seguramente el Prof. Rocca dará cuenta con fineza de la misma en su exposición. Pero permítanme referirme a un solo aspecto. En estos días leí el prólogo que escribió a "El Príncipe" de Maquiavelo. Encontré en dicho prólogo la erudición, la agudeza, la fineza de su autora. Sus sólidos conocimientos le permiten integrar con naturalidad "El Príncipe" al contexto de la obra de Maquiavelo y pensar dicha obra en el marco del contexto histórico en que se crea. Independientemente de la corrección de la tesis allí expresada, leer su elaborada defensa es hoy renovado y vigoroso desafío intelectual.

En su caso la labor académica se conjuga con un compromiso inquebrantable con las ideas sociales y políticas que defendió a lo largo de su fecunda vida.

Inteligencia, compromiso y, además, una finísima sensibilidad. Como se revela, para quienes no tuvimos el privilegio de conocerla, a través de diversos testimonios.

Todos estos aspectos en suma hacen de este reconocimiento un acto de estricta justicia. Así lo entendió nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y la Asociación Cultural Garibaldina. Así lo entendió, por supuesto, nuestra Universidad de la República. Esta noche al contemplar el Paraninfo, colmado y entusiasta, confirmamos con alegría algo que ya sabíamos: que este homenaje expresa el reconocimiento del país a una personalidad excepcional. Muchas gracias.

LUCE FABBRI: LIBERTARIA; HUMANISTA

Carlos Novello

Luce Fabbri nació el 25 de julio de 1908 en la romanísima vía Nomentana de la capital italiana, que se une a la simbólica XX Settembre a través de la famosa Porta Pia, creada según diseño de Miguel Ángel.

Por la brecha abierta a un costado de esta hermosa puerta, entraron las tropas que, en nombre del pueblo de Italia, hicieron de Roma la capital de su país unificado, recordándole al papado que su reino es el de los cielos.

Sus gustos literarios nos dan una idea cabal de la personalidad de Luce y constituyen su retrato espiritual.

Fóscolo, Leopardi, Montale, eran sus preferidos, aunque no los únicos, Dante, el fundamental por muchos motivos, y Machiavelli, ya entrando en clave política e ideológica.

En su excelente libro sobre Machiavelli, "El Príncipe", Luce hizo un profundo y lúcido análisis de la obra fundamental de este político y autor del siglo XVI.

Comienza su estudio remarcando que "sentimos a Maquiavelo como un contemporáneo porque estamos viviendo una crisis en cierto modo homóloga a la del siglo XVI, y porque él nos proporciona los elementos para juzgarla y es el único que lo ha hecho con tan implacable claridad".

Este libro, que nos orienta acerca de la ideología y el sentir social de Luce Fabbri, es muy importante dentro de su bibliografía, que podemos reseñar: "I canti dell'attesa" ("Los cantos de la espera"), de 1932. Una espera que se prolongaría hasta su arraigo definitivo en el Uruguay. Le sigue la importante "Camisas Negras", como ella misma lo define: un "estudio histórico del origen y evolución del fascismo, sus hechos y sus ideas", que sigue teniendo más allá de los hechos históricos concretos de la época, una vigencia plena. Este libro se editó en Buenos Aires, en 1935. Con Argentina gobernada por Agustín P. Justo, continuador de Uriburu y Uruguay, con Terra como dictador.

"Los anarquistas y la revolución española", escrito conjuntamente con De Santillán, publicado en Ginebra en 1938.

"La libertà nelle crisi rivoluzionarie", Montevideo, 1947.



Luce Fabbri en una foto de 1926

"Sotto la minaccia totalitaria", Nápoles, 1955.

En 1963 publicó en Montevideo "El fascismo". En el '66, "Influenza della letteratura italiana sulla cultura rioplatense", que se editó en Montevideo; "La poesía de Leopardi", editado en Montevideo, en 1971, por el Instituto Italiano de Cultura del Uruguay, y que está entre los estudios más serios y profundos realizados sobre la obra del poeta de Recanati a nivel mundial.

En 1983 publica en Buenos Aires "El anarquismo, más allá de la democracia".

Finalmente, "El camino hacia el socialismo sin Estado; en cada paso la realidad de la meta" publicado en Montevideo en el año 2000.

A esto hay que agregar los abundantes estudios sobre Dante Alighieri, sobre Fòscolo, Montale, etc., así como los escritos sobre temas marcados por su ideología libertaria, en "Studi Sociali", luego de la muerte de su padre, y, posteriormente, en "Opción libertaria", en Montevideo, a lo que hay que agregar las colaboraciones que escribió para la prensa libertaria italiana, española y latinoamericana.

Existen, además, numerosos trabajos inéditos de Luce Fabbri que seguramente serán publicados por la Universidad de la República, bajo la dirección del Dr. Pablo Rocca, de la Facultad de Humanidades, quien está a cargo de la biblioteca que Luce donó a esa Facultad, en la que fue docente durante más de cuarenta años y con la cual se sintió siempre tan constanciada.

Luce se doctoró en Letras en la Universidad de Bolonia (Italia), en 1928.

En nuestro país, luego que Grompone creara el Instituto de Profesores Artigas, la llamó para dictar clases allí, para la formación de profesores. Fue profesora en la Enseñanza Secundaria durante muchos años.

Desde 1949 ocupó la cátedra de Literatura Italiana en la Facultad de Humanidades.

Luce amaba a Dante, seguramente por su carácter, tan similar al suyo y al de su padre Luigi.

El carácter altivo de quien sabe que fue tratado injustamente por el "poder", se evidencia en Dante a través de esta anécdota que cuenta su contemporáneo Boccaccio: Dante había debido exiliarse de su amada Florencia por problemas políticos.

Un amigo suyo hacía gestiones ante el gobierno florentino para hacer posible el retorno del poeta - político a su patria de origen.

Finalmente, entre el amigo de Dante y los gobernantes llegaron a un acuerdo: Dante retornaría y sería hecho prisionero después de lo cual, mostrando la "misericordia" de los que detentaban el poder, en ocasión de alguna solemnidad pública, ellos ofrecerían el prisionero a la Iglesia, con lo cual quedaría libre, prescribiendo toda condena que contra él hubiera sido pronunciada anteriormente.

Dante consideró que este procedimiento era usual respecto a gente que hubiera cometido algún delito o algún acto reprobable e infame, lo cual no era su caso, por lo tanto, rechazó el acuerdo, a pesar de que nada deseaba tanto como volver a su querida ciudad para convivir con quienes amaba y odiaba con igual intensidad.

¡Claro que Luce no podía más que identificarse con un carácter así, más allá de la admiración por su arte: en Italia su padre había perdido su cargo de maestro de escuela por haberse negado a firmar una adhesión al régimen fascista, porque él no era ni se sentía fascista; posteriormente, en nuestro país, fue expulsado de la Scuola Italiana, de la cual era Director, por la misma razón.

También Luce sufrió similares persecuciones en el Uruguay, durante la dictadura de Terra de 1933, y durante la del nixon.- kissingeriano "Plan Cóndor", entre 1973 y 1985.

La misma identidad de caracteres, producía idénticos resultados.

En la precoz escuela paterna, que daba lecciones con su ejemplo, aprendió que "la tendencia a la rebelión y la sed de libertad, se aliaban, sin contradicciones, con un carácter esencialmente pacífico, no en el sentido del quietismo, sino en el del respeto celoso por la vida y por la independencia espiritual de los demás, en el sentido del amor por sus semejantes".

Aquellos eran los tiempos de la reacción del gobierno de Crispi, dice Luce, refiriéndose al final de la década de los 90 del siglo XIX.

El Resurgimiento, que había sido una cadena de revoluciones, guerras y guerrillas, se había cerrado de un modo frustrante para la mayoría de quienes, de alguna manera, habían combatido.

Mazzini había muerto en 1872, "exiliado en su propia patria".

Diez años después, moría Garibaldi, que había marcado en repetidas oportunidades sus diferencias con los gobiernos post unitarios, las que llegaron a ser abismales.

Algunos de sus ex "Camisas rojas" habían escalado posiciones de poder transformando en permanente y fructífera, en el plano personal, la adhesión a la monarquía que, para Garibaldi, había sido solamente una posición táctica.

En ese ambiente se formó ideológicamente Luigi Fabbri y junto a él, iba desarrollando Luce sus propias convicciones esencialmente coincidentes.

"La libertad -decía- presupone una justicia basada en la responsabilidad de cada uno y sobre el amor por los demás".

Ya desarrollando sus estudios en Bolonia, recuerda: "El espíritu republicano del Resurgimiento que, entre la generación de mi padre era todavía tan vivo, en la mía, en aquel ámbito, -se refiere al ambiente estudiantil y universitario- había casi desaparecido.

Prevalecía, en esos ambientes, en Bolonia, tanto el entusiasmo por la Revolución Rusa y sus derivaciones, como el entusiasmo por la victoria de Italia sobre los austrogermanos, dentro del alivio general por la finalización de aquella pesadilla de muerte.

En los primeros días de enero de 1929, Luce llegó a Francia como María Lépori, "mujer de Peretti", un compañero que acababa de conocer.

Este Peretti, un suizo antifascista, que era un buen alpinista, ayudó a pasar la frontera suiza a muchos perseguidos y perseguidas. Luce recuerda con humor que

en su pasaporte figuraron más mujeres que las que hubiera podido declarar el "Gran Pasciá".

Esto sucedía dos meses después de haber obtenido el título de Doctora en Letras, en la Universidad de Bolonia.

Después de esta estadía en Francia, vigilada y apremiada por la policía francesa de un gobierno supuestamente de izquierda, la historia continuará en nuestro país.

En 1927, estando el fascismo en Italia completamente afianzado, su padre, al igual que muchos otros antifascistas, debió exiliarse.

La primera etapa de esa emigración forzada, solamente por razones políticas, fue París que entonces acogía a gran cantidad de "fuorusciti", de expulsados por la dictadura.

Su padre y, posteriormente, su madre, pasaron en la capital francesa dos años, hasta 1929.

Durante esos dos años, el gobierno italiano, a través de su embajada, y utilizando una extensa y capilar red de espionaje con numerosos "infiltrados" entre los exiliados, presionaba cada vez más al gobierno francés de entonces que, aunque con ministros declarados de izquierda en su gabinete, era de franca tendencia derechista y colaboraba eficazmente con el régimen italiano.

En 1929 la orden de expulsión de Francia para los Fabbri -ya Luce se había unido a su familia, como vimos, luego de finalizar sus estudios- después de algunas postergaciones, se hizo efectiva.

El segundo refugio fue Bélgica, adonde les facilitó la entrada la propia policía francesa.

Allí, como antes en París, continuaron con la lucha ideológica a través de publicaciones, pero ya con la idea, que iban concretando en los preparativos, de su venida a Sudamérica.

El destino sudamericano de los Fabbri era nuestro país.

No tenían pasaportes, la documentación que exigían todas las compañías de navegación.

Únicamente contaban con un documento de llamada que les habían enviado sus amigos ya radicados en el Uruguay, lo cual era insuficiente para las empresas navieras, salvo para una: la Lloyd Royal Belga que, en sus pequeños buques de carga, tenía algunos camarotes para eventuales pasajeros.

En esos barcos, la "primera" costaba lo que se cobraba la tercera de los grandes transatlánticos y no era mejor.

Viajaron en el "Indier", cuya única cabina de "primera" ya estaba ocupada, por lo cual debieron contentarse con una de "tercera especial".

En eso, que Luce describe como "una cáscara de nuez" que el mar agitado "barría de proa a popa", viajaron durante 26 días, en compañía de un médico de abordó "quemado por el alcohol -continúo citando- de una pareja de ancianos belgas, que "no

hacían más que comer", y de "Madame la Baronne", una prostituta francesa que mantenía en continua agitación al Primer Oficial, al Segundo y al Tercero, del piróscapo y que conducía para los prostíbulos de Buenos Aires -fingiendo no tener nada que ver con ellas- a una veintena de muchachas polacas, amontonadas en un dormitorio común, en la estiba, donde permanecieron durante los 26 días del viaje, sin subir jamás a cubierta.

Llegados a Montevideo, como el barcucho no tenía mercaderías para descargar en este puerto y para evitar tener que pagar la "entrada a puerto", tuvieron que desembarcar en el antepuerto, donde había echado el ancla el "Indier", a un bote con el que algunos compañeros ya residentes en Montevideo, habían ido a buscarlos.

Llegaron a nuestra ciudad en mayo de 1929.

Un día luminoso los acogió en Montevideo; "un cielo claro como el de Roma", recuerda Luce, así como los colores del otoño montevideano: "los rosales florecidos y los mandarinos cargados con sus frutos", contrastaban con el invierno europeo, ese año especialmente crudo.

Pero eso sólo pareció un símbolo de la realidad, porque había otros contrastes mucho más importantes: el desembarco tuvo lugar prácticamente sin formalidades y, al fin, "se podía respirar libremente".

En los días siguientes al desembarco se tramitaron los documentos de identidad y, transitando libremente por las calles, nadie los detenía para exigirles "les papiers".

El Uruguay, dice Luce, era para nosotros un país extraño y fascinante.

"Desde el desembarco habíamos respirado una libertad intrínseca de la gente y de las cosas, una aspiración natural del espíritu público, que se reflejaba aun en los pequeños detalles".

"Había un respeto difundido por todas las ideas".

Cuando llegamos, recuerda Luce, estaba muriendo una personalidad excepcional, que dio su nombre al primer trentenio del siglo XX en la historia del Uruguay y cuya obra, tanto su partido como el partido adversario, emplearon el resto del siglo para lograr su destrucción.

Se llamaba José Batlle y Ordóñez.

Fue director del principal diario del país, "El Día", y dos veces Presidente de la República.

En una época en la que todavía ningún partido socialista del mundo había accedido al poder, Batlle, en nombre de una fracción del Partido Colorado, había aplicado una política socialdemócrata de leyes sociales y de nacionalizaciones.

Algunos notorios anarquistas, como fue el caso de Orsini Bertani, habían sido amigos y/o admiradores de Batlle. En el caso de Bertani, todo su sistema mental había cambiado, sin que él dejara de considerarse anarquista.

Luce consideraba que con tales estructuras, habría bastado que los Entes estatales hubieran sido puestos en manos de sus trabajadores y del pueblo que los utilizaba, para tener tres cuartas partes de la revolución realizada.

Sus compañeros la advirtieron sobre peligrosas ilusiones: "el Batllismo, me dijeron, ha adormentado a una parte del anarquismo en este país".

Ella mantuvo su opinión. Lo que le decían sus compañeros era verdad, pero no constituía, según ella, una objeción.

"Se adormece sólo quien se deja adormecer".

Pero, agrega, al no producirse esa evolución, los Entes cayeron en manos de los partidos y, por lo tanto, de la corrupción.

Esa fue una de las utopías que abrazó Luce, creyendo firmemente en el valor positivo del ser humano.

Muchos sueños y muchas utopías cayeron y, seguramente, muchos otros caerán.

Pero no hay dudas acerca de que, después de cada tropiezo, algo quedó en ganancia para la Humanidad.

Se supone que las utopías, tan necesarias, tan imprescindibles, surgen de la constatación de que la realidad que nos circunda está mal, o tiene algo o muchas cosas que están mal.

A partir de esa constatación, se trata de imaginar los cambios que sería necesario efectuar a esa realidad.

En general, se piensa en un cuerpo de cambios que abarque el mayor espectro posible.

Hay dos posibilidades de efectuar esos cambios desde el momento en que vaya siendo posible hacerlos.

Una, en forma total e inmediata. La otra, de manera gradual, persistente, sostenida, permanente, corrigiendo sobre la marcha los inevitables errores que se cometen.

Teoría, pero, también, práctica, que puede ir modificando la teoría. Porque, en definitiva, los cambios se llevan a cabo para mejorar material y espiritualmente una sociedad y a cada uno de sus integrantes.

Ello debe hacerse en un ambiente de libertad irrestricta, discutiendo, aportando ideas y posibles soluciones. Trabajando, trabajando siempre; arremangados y con los pies en el barro.

Algo de cada utopía es realizable y ello significará un avance.

Las utopías de Moro o de Campanella, sin posibilidad práctica de aplicación, quedaron sólo como ideales irrealizables, porque no tuvieron en cuenta la idiosincrasia del ser humano y no se parte de una entelequia inexistente sino de hombres y mujeres reales y que se diferencian entre sí en cada estado de evolución, y en cada cultura.

Estas utopías que ya son clásicas por su falta de practicidad, por lo cual los conservadores, quienes sacan partido de situaciones actuales injustas, que agreden a las mayorías, las sacralizaron por su inoperancia, pretendiendo convencer con ellas a quienes queremos cambios, de que, así como están las cosas, están lo mejor que puedan estar.

Inútil pensamiento panglossiano.

El anarquismo de Luce, que recibió lúcidamente de su padre, es el anarquismo malatestiano, que coloca al hombre, al ser humano, como centro de la concepción ideal.

Cito: "El hombre con todas sus contradicciones que, ubicándose en la medida de las cosas, las relativiza, el hombre con su voluntad, tan débil, tan dominable por los factores externos, pero insuprímible, volvía a ocupar el centro de la historia.

Agotadas las explicaciones mecanicistas: "la culpa es de la sociedad", "cambiando las cosas, se cambia a los hombres. . . ", resurgía la idea de la responsabilidad, base de la conciencia moral".

Porque "la libertad presupone una justicia basada no en pesas y medidas, sino sobre la responsabilidad de cada uno y sobre el amor por los demás".

Éste es el concepto central del anarquismo de Luce Fabbri.

En base a esta concepción, se hace necesario, entonces, actuar sobre y con cada individuo; por el razonamiento, por la convicción y, sobre todo, a través del ejemplo.

Siempre en la búsqueda constante de la verdad (il vero y Vero era el nombre de su hermano) y de la luz del intelecto (la luce, que era su nombre).

Estos nombres de los hermanos, seguramente idea de Luigi Fabbri, son, junto al ejemplo de su vida, junto a las ideas compartidas y también discutidas, la herencia que les dejó a sus hijos.

Herencia más preciada y apreciada, que si les hubiera dejado una fortuna, que nunca tuvo.

El avance continuo hacia esta utopía, que era una meta, fue lo que impulsó la vida de Lucé hasta el último día de su vida, que duró 92 fructíferos años.

Ese amor por la libertad la acercó a la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo desde sus inicios, luego de la dictadura.

También coincidiría, habrá coincidido, con las permanentes actitudes libertarias de Garibaldi y con su tendencia anárquica, que muchas veces debió sofrenar -no extinguir -para lograr objetivos políticos para él fundamentales, en una época muy difícil en Europa.

Eran pasos que, sin abdicar de sus principios, se debían dar para seguir avanzando, ideológica y políticamente, en favor del pueblo. De los pueblos.

Luce, naturalmente, marcaba las diferencias que tenía, puntualmente, con la acción de Garibaldi porque, era claro, su concepción global de la sociedad no coincidía con la concepción garibaldina, muy apegada a la realidad circundante, pero que podía hacer pensar en una vida organizada según una concepción anarquista, como en una utopía sana y vivificante.

Por último, quisiera hacer algunas reflexiones acerca de Luce como escritora, con un estilo literario que se inserta naturalmente en la mejor tradición de la gran literatura italiana.

A los 87 años publicó su libro, "LUIGI FABBRI. storia d'un uomo libero", en cuyas páginas hace alarde de una utilización magistral de su lengua natal, que se nota

especialmente cuando se refiere a sus seres más queridos. Los del ámbito familiar, en primer lugar y los del ámbito fraterno de quienes profesaban la misma fe, laica y humanitaria.

En el número 11 de nuestra revista de historia "GARIBALDI", correspondiente al año 1996, publicamos su primer capítulo, traducido, pero no pudimos evadir la necesidad de publicar en la versión original, para así poderlo disfrutar cabalmente, el inicio del mismo.

Describe el lugar donde nació Luigi Fabbri:

"Fabriano è una piccola città delle Marche, non lontana da Ancona. Nell'ultimo quarto del secolo scorso era poco più di quello ch'è oggi il suo centro storico, raccolto sulla parte alta d'una collina; ancora non s'era estesa come ora per la verde pianura circostante. Consisteva come quasi tutti i borghi d'origine medievale che coronano tante cime minori della zona preappenninica d'Italia, d'un mucchio compatto di case grigie, così vicine che sembrano coperte da un solo tetto molto accidentato, rotto sporadicamente dai buchi verdi degli orti, appena rigato dalle viuzze in salita. Verso l'alto, la piazza, che a Fabriano è monumentale: un lungo porticato, il teatro, il Palazzo del Podestà e quello del Comune, la Biblioteca, la fontana, l'arco grande da cui parte il Corso. . . quasi tutte costruzioni medievali, modificate variamente attraverso i secoli.

Nell'anno in cui nacque il figlio maggiore del farmacista del paese, Curzio Fabbri, le carceri, con cui il neonato Luigi doveva fare più tardi conoscenza, erano nel palazzo del Podestà e le loro finestre davano sulla Piazza proprio sopra il grande arco ogivale, rappresentando un punto di riferimento abituale e quasi domestico per tutti i fabrianesi".

Como ven, esta es una verdadera obertura en la que ya se escuchan las notas que van a ser desarrolladas a lo largo de la obra: el lugar, que no será el único, caro a los sentidos y a los sentimientos; el padre, a quien Luigi será tan diferente, y la presencia imponente del edificio de la cárcel, que haría reafirmar en el joven su amor imperecedero por quien habrá de ser su eterna novia: la libertad.

Hace luego una magistral descripción de la pareja constituida por los padres de Luigi.

Con una ejemplar economía de palabras hace este retrato físico y espiritual, con una pizca de humor: "Una coppia male assortita, quella dei genitori di mio padre: lui, alto, magro, severo; lei piccola e dolce, con gli occhi pieni d'una mansuetudine rassegnata, retaggio della lunga educazione conventuale. Tra l'autorità inflessibile e spesso arbitraria del padre e la tenerezza infinita della madre, che per i suoi figlioli ritrovava a volte un'energia che sembrava impossibile in lei, crebbero i quattro figli del farmacista Curzio Fabbri."

Se notará que las palabras elegidas para definir a cada uno de los personajes están de acuerdo con su carácter: ásperas y cortantes, las que corresponden al padre; suaves,

acunadas en vocales y consonantes afelpadas, para la pequeña madre. Toda una lección de literatura de primera calidad.

No es casualidad que Luce amara tanto a Dante.

En el gran adelantado de su época, que tanto influyó en la consolidación del idioma italiano y que, por sus conocimientos generales, ya se había introducido en el Renacimiento italiano, que aunó arte y ciencia, creo que Luce encontraba a un referente que coincidía con su propio carácter.

El poeta capaz de las más fuertes pasiones, que poseía un claro concepto de la belleza y la sensibilidad necesaria para apreciarla a través de la mujer ideal, que hacía alarde de sus buenos sentimientos hacia el ser humano; que sentía admiración por el misterioso y, al mismo tiempo, simple funcionamiento de la Naturaleza, en la Tierra y en el Universo, del que la primera es, sólo, una mínima parte; su concepción de la divinidad como una luz engeguedora, porque es nada menos que lo que todavía desconocemos.

¡Qué lejos de la visión antropomorfa que describe a un Señor y Padre al que se debe adorar, obedecer y aceptar sin protesta todo lo que provenga de él, o cuya proveniencia se le atribuya, que tanto beneficio causó a quienes medraron y medran con la creencia de la gente, a los verdaderos señores de acá abajo, que usaron y usan esa concepción errónea como instrumento eficaz para ejercer su poder y llevar a cabo sus abusos!

Por eso Dante llamó a su obra magna "La commedia", refiriéndose al devenir de la humanidad, sin darle en ningún momento el carácter de "divino", como si se tratara de un libro sagrado.

Ese agregado fue obra de quienes pretendieron que ese magno estudio del hombre y de la sociedad humana, se transformara en un simple acto de pleitesía hacia una divinidad que estaba muy lejos de la concebida por aquel espíritu investigador, capaz de amar y capaz de odiar; de premiar y de castigar. Él, no otro. No olvidemos que su maestro era Virgilio.

Para terminar estas reflexiones, que tienen relación con la identificación de Luce Fabbri con estos autores que ella consideraba de fundamental importancia, es bueno releer, íntegra, la "Conclusión" con que termina su estudio sobre "El Príncipe" de Machiavelli: "Considerado en su conjunto, "El Príncipe" tiene para nosotros un doble interés: como documento psicológico del choque entre dos épocas en un espíritu excepcionalmente lúcido, aunque acomodaticio y siempre en busca del mal menor, y como análisis de la técnica del poder. Desde este segundo punto de vista, El Príncipe, leído sobre el trasfondo de los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio, es un libro objetivamente anarquista, pues se caracteriza por lo fundamental de la posición libertaria, ya que ve la historia como una tensión continua provocada por la lucha por el poder (entre rivales) y entre el poder y la libertad (entre príncipe y pueblo), a la vez que hace coincidir el

bien común con la libertad y demuestra, como nadie antes lo había hecho, la fundamental inhumanidad del poder. De ahí a la negación del poder no hay más que un paso, que el autor no da, porque piensa que la libertad fatalmente degenera: "Del mal procede el bien (del despotismo, a través de la rebelión popular, la libertad), del bien, el mal (de la libertad, ya que el hombre no sabe autodisciplinarse, resurge el despotismo)". Cada uno de los dos términos, piensa, contiene el germen del otro. Nosotros diríamos que la libertad es una conquista continua, en lo íntimo de cada uno y en la acción colectiva, y que, en cuanto individuos y colectividades bajan la guardia, pierden posiciones".

Su vida, a pesar de los golpes recibidos, fue un canto a la libertad.

Por eso, en su "Camisas Negras", dice: "La libertad, por más heridas que tenga, no llegará nunca a ser un cadáver, porque representa un principio elemental y eterno".

De su libro de poemas "I canti dell'attesa", editado en nuestra ciudad en 1932, extraemos el que tituló "Montevideo".

En él, la esperanza sigue viva, porque es su fe, pero ya va vislumbrando que el día del retorno está cada vez más lejano y se deja mecer por esta nueva patria porque, en definitiva, el mundo todo, es patria.

MONTEVIDEO (1)

Y la espera fue larga.

*Ti voglio bene, terra degli incontri,
cerulea terra della nostra attesa.
Il vento che ti muove gli orizzonti
la nostra rispettò lampada accesa.*

*Chi dirà le tristezze dello sbarco
nel tuo gran porto dalle braccia aperte,
e la quiete ansiosa nel profumo
degli eucaliptus sulla sabbia inerte?*

*C'incontriam nel tuo sole, pellegrini
di libertà, dal multiple linguaggio;
le man che sanno i rovi dell'esiglio
nella stretta si scambiano il coraggio,
e si toccan gli sguardi adamantini.*

*Viva ci trema ancor fra ciglio e ciglio
l'ampia vision dei nostri di marini,
quando la lenta nave dell'esiglio
tacita proseguiva il gran viaggio
che cominciammo in sogno da bambini.*

*E'morto il sogno azzurro e il suo dolore.
Tu, dolce patria della nostra attesa,
giovane terra nel doman protesa,
regali la speranza al nostro cuore.*

Montevideo, 21 febbraio 1932

La exiliada se convirtió, como en un sueño, en emigrante y, como sucedió a lo largo de la historia de la inmigración italiana en el Uruguay, se insertó, natural y profundamente en la vida nacional.

Pacifista por plena convicción, vivió en Europa la primera Guerra Mundial; a ésta siguió la guerra civil española que pasó, sin solución de continuidad, al desastre de la segunda Guerra Mundial, que dejó millones de muertos y una destrucción de la que no se salvaron monumentos históricos y artísticos que sufrieron los "errores" de los bombardeos que, en realidad, lo que buscaban era quebrar la moral de los pueblos, que debieron enfrentar el fascismo y el nazismo, que se extendió por toda Europa y luego, la destrucción causada por los "libertadores".

Los pueblos respondieron con la lucha guerrillera, para rescatar su libertad y sus naciones.

En el interín, grandes empresas de ambos lados de los frentes: del nazi, fascismo y del capitalismo de las "democracias", hacían grandes negocios que eran la frutilla de la torta con la que culminaban el negociado de la muerte de los fabricantes de armas de uno y otro lado.

Se destruyeron iglesias y monasterios que era jalones de la cultura del continente.

Se salvaron. éstas sí, "milagrosamente". grandes fábricas que habían sido vendidas al "enemigo", durante el conflicto.

Nuevamente, los enemigos eran los pueblos, no las grandes empresas que habían organizado la matanza.

Luce, sin dejar de ser ni de sentirse italiana, luchando siempre por la paz y el entendimiento entre los pueblos, se hizo uruguaya, manteniéndose como parte del pueblo del mundo, como lo concebía Garibaldi.

La antorcha libertaria es la única que no quema; es fuego sagrado que los pueblos tenemos la obligación de mantener siempre encendido y romper las cadenas si, como puede volver a suceder siempre, nos pasa lo que a Prometeo.

(1) MONTEVIDEO

*Te quiero, tierra de los encuentros
celeste tierra de nuestra espera.
El viento que mueve tus horizontes
respetó nuestra lámpara encendida.*

*¿Quién narrará las tristezas del desembarco
en tu gran puerto con sus brazos abiertos,
y la calma ansiosa en el perfume
de los eucaliptus sobre la quieta arena?*

*Nos encontramos en tu sol, peregrinos
de libertad, de variadas lenguas;
las manos que conocen los amargos
frutos del exilio
estrechándose se comunican el valor,
y se tocan las miradas adamantinas.*

*Vibra, viva aun en nuestros ojos,
la amplia visión de nuestros días marinos,
cuando la lenta nave del exilio
callada continuaba el gran viaje
que comenzamos en sueños desde niños.*

*Ha muerto el sueño azul y su dolor.
Tú, dulce patria de nuestra espera,
joven tierra que hacia el mañana avanza,
regalas la esperanza a nuestro corazón.*

Traducción libre: C. N.

TRES PLANOS (INCLINADOS) SOBRE LUCE FABBRI-CRESSATTI

Pablo Rocca

Ensayaré tres planos o, si se quiere, tres acercamientos sobre la profesora Luce Fabbri-Cressatti. Diré mejor, tres planos *inclinados*, sólo para jugar con una doble metáfora, entre cinematográfica y geométrica. Se trata de una triada de la *visión* que podría vincularse, para el caso, a la *evocación*. Según el *Diccionario de la Real Academia Española*, *evocar* admite dos acepciones: 1. "*Llamar a los espíritus y a los muertos, suponiéndolos capaces de acudir a los conjuros e invocaciones*"; 2. "*Traer alguna cosa a la memoria o a la imaginación*". Evocar sería, entonces, un arriesgado acto de videncia. O un poner en evidencia discursiva lo ya inmaterial.

Lo de plano en sentido geométrico debería entenderse como imagen que pretende resguardarse en su parcialidad, en su provisionalidad, en la dificultad, en suma, de la mirada que a menudo se propone como total pero que, de hecho, apenas si puede provocar un efecto ilusorio. Estos dos recursos –lo visual-cinematográfico, lo geométrico– obedecen a una especie de imperativo que se impone en situaciones como en la que ahora estamos empeñados, cuando la *evocación* supone la recuperación, el recuerdo en acto, la participación nada ambigua, por tanto, de quien habla.

En un sentido fuertemente testimonial, yo no sería el más apropiado para tomar aquí la palabra. Conocí a la doctora Luce Fabbri-Cressatti sólo en el correr de sus últimos ocho años de vida, es decir una porción ínfima de tan larga y riquísima trayectoria. No fui su alumno, y sólo tuve el privilegio de conversar con ella, por cierto largamente, en apenas cuatro ocasiones. Sin embargo, uno es uno y es la suma de las voces y de las memorias ajenas. La unanimidad de quienes conocía y que la conocían desde muchas décadas atrás, me hablaban de su calidez, su dulzura, su fineza,

de una inteligencia y sabidurías que se concentraban, como un curioso milagro, en esa mujer pequeña, frágil y firme. Una nada frecuente garantía de calidad humana. De algún modo esa imagen de los otros se reforzó, también, en mi lectura de algunos de sus textos. En especial sus ensayos sobre Dante recogidos en la fenecida *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias* y de su libro sobre *La poesía de Giacomo Leopardi*, publicado por el Istituto Italiano di Cultura de Montevideo y, finalmente, la edición-antología de algunos cantos de la *Commedia* de Dante, traducidos por Luce con la colaboración del profesor José Pedro Díaz, libro que editara nuestra Universidad a poco de que la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación nombrara Profesora Emérita a Luce Fabbri. Con motivo de la aparición de este libro escribí un pequeño artículo para un semanario. Nunca había visto a la profesora Fabbri. Ella consiguió mi dirección, me envió una carta generosa y así pude aprovechar para visitarla y tratar de recuperar un mínimo del tiempo perdido.

En una de esas entrevistas, mientras naturalmente la trataba de "usted", de pronto hizo un silencio, bajó la cabeza y me dijo: "*¿Podríamos tutearnos, no le parece?*" Yo le contesté que no, que no podía. Que ella sí, claro. Cuando me inquirió, con sorpresa, por qué no podía, le hablé del respeto, la admiración... Me miró como si estuviera ante un ser de otro planeta, y dijo: "*Bueno, entonces yo tampoco lo voy a tutear*". La modestia y la discreción no tienen en nuestra era posmoderna mucho prestigio. Quisiera hacer la exaltación de estos valores que esta mujer representó a cabalidad.

Un *segundo* plano puede reconstruirse desde la distancia, sin necesidad de la intromisión del testimonio. Luce Fabbri y el universo social y político. Es sabido, pero no hay por qué no traerlo a colación aquí. Es decir, conviene evocar esa dimensión de su vida en cuanto ejercicio de memoria y de convocatoria. Su padre, Luigi Fabbri, uno de los principales teóricos del anarquismo italiano, debió escapar de su tierra, con su mujer y sus dos hijos. En la precipitada huida, el único país que no reclamaba pasaportes era el Uruguay. Esta política, aquí, se agotó pronto; pero qué buen ejemplo para las políticas migratorias europeas en la actualidad.

Luce acababa de terminar su doctorado, pero sólo conocía rudimentos de la lengua española. No es muy difícil imaginar el dolor, el desconcierto de esos primeros años, la segura soledad amortiguada por el cálido recibimiento de algunos pocos compatriotas y de varios uruguayos, como Emilio Frugoni o las hermanas Paulina y Luisa Luisi. En el capítulo XI del libro que escribió sobre su padre, *Luigi Fabbri. Storia d'un uomo libero* (Pisa, 1996), hay un pasaje que me permití traducir, a pesar de que circula una muy buena traducción de este libro editada por Nordan, en Montevideo, pocos años atrás. Es una pequeña pero significativa anécdota sobre aquellos días primeros:

"Un día, recibimos [...] la visita de un señor muy gentil, casi obsequioso, quien poco después hizo el siguiente discurso: «Señor Fabbri, pertenezco a la

policía y vengo a pedirle un favor. Su Legación insiste en conocer sus actividades. Quieren saber cómo vive, a quién recibe, dónde trabaja... Hemos llegado a un punto en que debemos responderles cualquier cosa. Usted dígame qué tenemos que informar». Papá comenzó a responder: «Informe la verdad. No hay nada que ocultar. Mis medios de vida son...» El otro lo interrumpió: «No nos interesa su vida privada, ni la exactitud de la información. Sólo díganos cualquier cosa para que podamos responder». Eso era el Uruguay de 1930. Pero no duró mucho”.

En efecto: esa tolerancia de la democracia radical uruguaya duró muy poco. Pero en Italia la situación era aún peor, mucho peor que la que se precipitó sobre Uruguay después del golpe de Estado de marzo de 1933. Como sea, la marca de ese país tolerante al que Luce y su familia llegaron, me animo a decir que contribuyeron de manera decisiva a la idea de un quehacer sereno y plural a pesar de la siempre firmeza de sus convicciones ácratas. Del pasaje precedente sale claro que en Luce hubo, además, una virtuosa capacidad para narrar. Es decir, además de una ética, un estilo. Y este es un punto crucial. Luce siempre fue anarquista, hasta el último día de su vida. Hasta que le dieron sus fuerzas colaboró con los grupos y las publicaciones en las que creía, como la pequeña revista *Opción Libertaria*, en la que hay algunos artículos doctrinarios y políticos de una lucidez asombrosa. Antes, allá lejos en el tiempo, su padre había editado en Montevideo la revista *Studi Sociali*. Revista del *libero esame* y cuando murió, en 1935, según nos informara la propia Luce: *“seguí sacándola como pude – con la ayuda de mi madre y de mi marido– hasta 1946. La mayor parte de la revista se distribuía entre italianos en Francia y en Estados Unidos y se solventaba con la colaboración solidaria de los lectores”*. Acto de entrega y de coraje. Pero no el único, porque ser anarquista en Uruguay, entonces, no era nada fácil. Recurriré, para fundar este último aserto, a otro testimonio que acaba de difundirse. En la reedición de la polémica novela *Rebelión en la granja*, de George Orwell (Montevideo, Banda Oriental, 2008) Heber Raviolo escribió un breve pero notable prólogo, entre testimonial y reflexivo, que empieza de este modo:

“Cuando a comienzos de la década de los años 50 iniciamos nuestra actividad gremial estudiantil en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo (IAVA), lo hicimos adhiriendo a una recién formada Agrupación Reforma Universitaria (ARU) que, bajo su adhesión a la reforma cordobesa de 1918, apenas podía disimular su filiación anarquista. Ese disimulo no se debía a ningún tipo de maquiavelismo sino a lo impotable que para la mayor parte de ese alumnado de 16 a 18 años resultaba la sola palabra «anarquista», cuando todavía estaban frescas en ambas orillas del Plata las acciones de los «anarquistas expropiadores», con sus violentos asaltos y atentados de la década

del 20, la mítica fuga del Penal de Punta Carretas en 1931 y el asesinato del comisario Luis Pardeiro y su chofer en febrero de 1932".

Los escritos de Luigi y de Luce Fabbri fueron, para aquellos muchachos, una guía, un ejemplo, un descubrimiento para reorientar sus opciones libertarias. Porque en Luce el anarquismo fue, siempre, una convicción teóricamente asentada, una racional profesión de fe (para decirlo un poco paradójicamente), una práctica indeclinable. Su bibliografía sobre el punto es extensa y elocuente, diseminada en publicaciones periódicas y, en particular, en su trabajo de 1983: *El anarquismo más allá de la democracia*. Anarquismo fue, para ella en los terribles años treinta –como para muchos italianos de entonces– un camino esperanzador e ineludible de resistencia al fascismo. En su libro *Camisas negras*, de 1935, resalta el conocimiento de primera mano de la represión fascista, pero también el paciente trato con la bibliografía disponible entonces, cuando tan lejos estaba la Segunda Guerra Mundial y, consiguientemente, el fin de Mussolini y el de su siniestra invención política.

De hecho, los primeros pasos de Luce Fabbri por estas latitudes no fueron inadvertidos por los representantes diplomáticos del fascismo. Esa vigilancia la unió a otro imprescindible inmigrante italiano, el editor Orsini Bertani (Cavriago, 1869 – Montevideo, 1939). De origen anarquista, Bertani cultivó amistad, entre tantos otros, con Malatesta y con Luigi Fabbri en Buenos Aires y Montevideo. Luego de efectuar una amplísima y sacrificada labor editorial en Montevideo, Bertani suspendió sus actividades. Regresó con un último título: *I canti dell'attesa*, el único libro de poemas que Luce dio a conocer y que, por cierto, cuando una vez le dije que lo había conseguido en una librería de viejo, recibí como única respuesta el rubor que tiñó la blanca piel de su rostro. Debo a mi colega Clara Aldrichi un documento elocuente, que encontró en el Ministero dell' Interno, en Roma, sobre el control que la diplomacia fascista ejercía sobre estos animadores culturales. No por sensibilidad poética, estos diplomáticos creyeron relevante informar a sus jerarquías la aparición del "*volumetto* [di Luce Fabbri] *in parola dal titolo I canti dell'attesa, sarebbe stato editato da un tal BERTANI, pure anarchico, tipografo, con stamperia in Montevideo, forse Calle Juncal N° 1527, ed abitante in Calle 21 de Septiembre N° 586 della predetta città*".

El tercer plano tiene que ver con lo que podríamos llamar la pasión humanística de Luce Fabbri y que, por cierto, no puede deslindarse de los anteriores. Por el contrario, habría que verlo como una continuidad estricta con los anteriores: la calidez humana, la militancia por un ideal que procura cambiar el mundo, la reivindicación de la plena libertad que podría epitomizar a todos estos términos. Inmersa en los avatares del terrible siglo XX, Luce reflexionó siempre sobre un problema que hoy está, felizmente,

en ardua discusión en Uruguay: memoria e historia y, aun más, en el dilema historia reciente o historia contemporánea.

En 1991, se dio a conocer, en el N° 6 de la revista *Garibaldi*, la última entrega de una serie de conferencias de Luce Fabbri sobre "Italianos en el Uruguay". El tema no era nuevo. Pero el enfoque, que aunaba erudición auténtica con claridad y sólida serenidad expositivas, removía todo lo conocido hasta entonces. Cuando no sin ansiedad uno esperaba la evaluación de las seis décadas precedentes de las que la autora había sido testigo, saltó esta declaración: "*de lo que se vive no se puede hacer historia*". Luce Fabbri enseña, así, los riesgos de interpolar historia y memoria. Ciertamente parece postular que el distanciamiento en el relato historiográfico sería capaz de estatuir una suerte de contrato de verdad hasta cierto punto infalible. O, por lo menos, parece inducirse a creer que hay un mecanismo cuya operatividad se pondría en duda cuando la primera persona, atributo básico del testimonio, pasa a confundirse con el objeto. Como sea, experiencia de trabajo y aventura vital, le habían dado credenciales suficientes como para pensar esta distinción.

Este tercer plano, el de su vocación y pasión humanística, se bifurcó en dos caminos que a su vez vuelven a entrecruzarse: la actividad en la enseñanza y la práctica de trabajo intelectual en cuanto investigadora. Lo primero, en Educación Secundaria, a la que tanto contribuyó como docente pero también con su reflexión sobre la necesaria autonomía técnica y política. Y, luego, con su incorporación, en 1949, a la entonces Facultad de Humanidades y Ciencias en la cátedra de Literatura Italiana, en la que permaneció hasta que la dictadura la expulsó. Y a la que pudo volver en 1985 cuando concluyó este régimen ominoso. Lo otro y complementario, la investigación, está en la raíz de su formación universitaria en Italia, y siempre se continuó, aunque como lo prueba su bibliografía, cobró fuerza con su labor en la Universidad de la República.

Tanto en sus clases en la Facultad como más tarde en el Instituto Italiano di Cultura, trabajó sobre temas y problemas de la literatura italiana con un grado de amplitud y comprensión asombrosos: de Dante a Eugenio Montale, de Leopardi a Cesare Pavese. Suyos son los trabajos más penetrantes, y aún no superados, sobre el diálogo entre la literatura italiana y la del Río de la Plata en su etapa de consolidación en los alrededores del medio siglo XIX. Muy pocos especialistas los han citado porque, seguramente, no los han leído a pesar de que en ese estudio las fuentes literarias, prensa periódica y textos doctrinales y políticos peninsulares son examinados con esmero y clarividencia para ahondar en la alta cultura letrada.¹ Con todo, no fueron estos textos clave los que han sufrido este destino de divulgación homeopática. Supe por la propia autora, pero también por Diego González Gadea, quien se ha desempeñado a lo largo de muchos años como librero, que no era infrecuente que llegaran a Montevideo investigadores europeos en procura del libro *La poesía de Leopardi* (Instituto Italiano di Cultura, 1972). Una vez le pregunté a Luce cómo había sido la recepción de este libro monumental. Su respuesta fue algo melancólica: "*Trabajé*

*mucho con ese libro y en verdad lamento que no se haya difundido, a veces tengo la sensación de que nunca salió”?*²

Poco antes de morir, a fines de 1999, después de cierta insistencia y con bastante escepticismo de su parte, la Dra. Fabbri nos legó su papelería para que se la custodiara en el archivo literario, que acabábamos de fundar en la Facultad, y que hoy se llama Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras (SADIL, FHCE, UDELAR). En verdad, nos entregó lo que aún conservaba, porque durante la dictadura había enviado a Europa la documentación política, antes de que esta cayera en manos de la represión. Nos quedan decenas de inéditos, cursos enteros que escribió prolijamente como una muestra más de su responsabilidad profesional; y también artículos, ensayos, notas. Hasta ahora, y a pesar de ingentes esfuerzos –en los que nos ha acompañado, siempre, el Doctor Alcides Beretta–, apenas hemos conseguido rescatar su biblioteca particular, que Luce indicó a sus herederos que legaran a nuestra Facultad, y que sólo en el correr de los últimos meses comenzó a catalogarse.³ Pero la obra inédita sigue, todavía, en esa condición.

Ahora, en el centenario del luminoso nacimiento de Luce, ¿hay otra forma mejor de evocarla y de convocarla que publicar su obra? No creo que exista mejor homenaje que este en el que memoria e historia se aunarian, quizá, por lo menos en el curso del próximo siglo.

Notas

- 1 Se trata de *Influenza della letteratura italiana sulla cultura rioplatense*. Montevideo, Nuestro Tiempo, 1966. (Con el título “La Letteratura”, incluido en el volumen colectivo *Influenza della Filosofia, della Letteratura e della Lingua Italiana nella Cultura del Río de la Plata*. Montevideo, Istituto Italiano di Cultura in Uruguay, 1966), así como “Algunas raíces italianas del romanticismo rioplatense”, en *Presencia italiana en la cultura uruguaya*. Montevideo, FHCE, 1994.
 - 2 Esta declaración y la anteriormente citada en “Con Luce Fabbri Cressatti: Humanista en el siglo XX”, Pablo Rocca, en *El País Cultural*, Montevideo, Año X, N° 492, 9 de abril de 1999: 10-11. [Entrevista].
 - 3 En 2005, se recibió un apoyo económico para la compra de algunas estanterías con destino a la biblioteca de la Prof. Fabbri por parte del Dr. Angelo Manenti, exdirector del Istituto Italiano di Cultura, luego de gestiones que realizáramos por iniciativa del Dr. Beretta. Con precisión y eficacia, el inventario de la Colección Luce Fabbri-Cressatti fue efectuado, en 1999, por Luis Volonté, Colaborador Honorario de la actual SADIL, entonces Programa de Documentación en Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas.
- * La traducción corresponde a la Prof. María Sagario (Nota del R.).



Parte del público que colmó las instalaciones del Paraninfo, destacándose la presencia de la Senadora Margarita Percovich, del Director del Museo Histórico Nacional, Dr. Luis A. Rodríguez, del Agregado Cultural de la Embajada de Italia, Dr. Francesco Jurlaro, del ex Ministro del Interior, Dr. José Díaz, de la Secretaria del COMITES, Sra. Filomena Narducci, de la Inspectora de Italiano Prof. Ana María Lolli, así como de autoridades universitarias, de la Enseñanza y de instituciones italianas.

(Foto gentileza del Sr. Ignacio Palermo)



SIGNIFICACIÓN POLÍTICA E INTERNACIONAL DEL 20 DE SEPTIEMBRE

Héctor Gros Espiell

El 20 de septiembre se recuerda una fecha - se rememora lo ocurrido ese día en Roma, en 1870 -, que ha tenido una trascendencia ideológica y política que todos tenemos interés en recordar y valorar. Se trata de una trascendencia ideológica y política, que se mantiene viva, que no se agotó en sus efectos inmediatos, tanto internos como internacionales, sino que, por el contrario, continúa vigente, generando reflexiones de total pertinencia actual.

El análisis de la significación política, tanto interna como internacional, del 20 de septiembre, es algo sumamente importante no sólo para Italia y los italianos, sino también para todos los hombres que, a nivel mundial, creen y defienden determinados valores y principios y son conscientes de su importancia en el proceso, nunca agotado, de la búsqueda de la Justicia y de la Libertad.

Para comprender el significado y proyección de esa fecha es preciso, primero, situarla en el complejo marco histórico de la unidad italiana, a partir de 1859, en que se produjo, y ubicarla cronológicamente en la historia de Italia y de Europa.

Luego será necesario referirse a su contenido conceptual, a su significación política y a su proyección e influencia, tanto italiana como europea y, por ende, en su incidencia universal, en el último cuarto del siglo XIX y en el siguiente siglo XX, prólogo ineludible del actual.

Pasemos primero revista a lo ocurrido ese día, consecuencia de un proceso histórico iniciado años antes, para luego resumir sus consecuencias, a corto y mediano término en Italia y en el contexto internacional, para luego intentar extraer un juicio actual, visto desde el Uruguay sobre la significación de lo acaecido en esa fecha histórica.

El 20 de septiembre de 1870 las tropas italianas, al mando del General Cadorna, luego de abrir una brecha en las murallas de Roma, ocuparon la ciudad, defendida por un minúsculo ejército al mando del General Kanzler.

Sólo defendía la ciudad pontificia una pequeña tropa desde la retirada de la guarnición francesa en agosto de 1870.

La retirada de las tropas francesas, consecuencia de la guerra franco – prusiana y de las primeras derrotas galas, privó al Pontífice de la única posible defensa efectiva ante la posible conquista de Roma por las tropas italianas y selló la suerte de la ciudad.

Únicamente quedaron exceptuados de la ocupación los palacios del Vaticano y de Letrán y la Villa de Castel Gandolfo.

Ocupada Roma, se ponía fin a la epopeya de la unidad italiana y al proceso político y bélico de la unificación de la Península italiana, en torno al Reino de Piamonte y de la Casa de Saboya, y terminaba, en los hechos, la existencia de los Estados Pontificios.

Este fin se confirmó de jure por el plebiscito de 2 de octubre de 1870 organizado por los ocupantes, que confirmó la anexión de Roma al Reino de Italia. Sobre los 167.000 romanos con derecho al voto, 133.000 votaron a favor de la anexión al Reino de Italia y sólo 1.500 por el mantenimiento del gobierno pontificio.

En consecuencia, por Real Decreto del 9 de octubre de 1870, Roma quedó formalmente incorporada al Reino de Italia y proclamada como capital del Estado.

Quedaba así concluido el ciclo histórico dirigido a lograr la unidad italiana, en torno a la expansión del reino del Piamonte, iniciado en 1859.

Se producía, asimismo, el fin del Estado Pontificio, como expresión de la soberanía temporal del Papado, luego de una existencia más que milenaria.

La finalización exitosa de la unidad italiana y la unidad alemana, constituye uno de los hechos políticos más importantes de la segunda mitad del siglo XIX.

Fue una unidad, la italiana, fruto de un complejo proceso, interno e internacional, en el que se enfrentaron fórmulas distintas y personalidades opuestas, monárquicas o republicanas, intransigencia o pactismo, Cavour o Garibaldi.

Finalmente la unidad italiana se logró con una fórmula monárquica, bajo la Casa de Saboya, facilitada en su etapa final por la guerra franco prusiana y la derrota francesa.

El fin de los Estados Pontificios, en 1870, bajo el Pontificado de Pío IX, se producía luego de la convocatoria por el Papa del Concilio Ecuménico del Vaticano en diciembre de 1869, es decir un año antes de la guerra franco prusiana y de la ocupación de Roma.

Ocupada Roma, el gobierno italiano se instaló en la ciudad, el Rey Víctor Manuel II se trasladó al Palacio de Quirinal y Roma pasó a ser la capital del Reino de Italia.

El Papa se consideró como un prisionero en el Palacio del Vaticano al que se había retirado, excomulgó a todos los que habían participado en el proceso que llevó al fin

del poder temporal y territorial de la Santa Sede y cortó toda relación diplomática con el Reino de Italia.

Lo ocurrido el 20 de septiembre no produjo una seria reacción internacional en contra. Se aceptó, por el contrario, el hecho consumado y las naciones católicas no adoptaron ninguna acción relevante en contra del Reino de Italia. Y esto es así porque, entre otras causas, cuando se concretó la ocupación de Roma se produjo en momentos en que se asistía a la realidad de una Francia vencida y ensangrentada y de una Austria debilitada y enfrentada momentáneamente a España, de forma pacífica, por un tema dinástico.

Quedaba con la ocupación de Roma, abierta e iniciada la llamada "cuestión romana" que, con diversas alternativas, avances y retrocesos, habría de durar hasta su solución en 1929 por los acuerdos de Letrán, es decir el tratado de Letrán y el Concordato.

Luego del plebiscito ratificatorio posterior a la ocupación de Roma y a la declaración de capitalidad de ésta, el Reino de Italia, ya unificado, con su capital en la Ciudad Eterna, adoptó la ley de Garantías, el 13 de mayo de 1871. Esta ley, que declaraba a la persona del "Soberano Pontífice" "sagrada e inviolable" (art. 1), trataba de resolver en dos títulos "Prerogativas del Soberano Pontífice y de la Santa Sede" y "Relaciones del Estado con la Iglesia" la grave cuestión resultante de lo acaecido el 20 de septiembre.

Esta ley, que no tuvo, lamentablemente, la virtud de resolver el conflicto entre el Reino de Italia y la Santa Sede, generó opiniones encontradas en los partidos políticos y en la doctrina. Benedetto Croce, en su "Historia de Europa en el Siglo XIX" la llamó, sin embargo, "monumento de sabiduría jurídica". Era una aplicación de la fórmula que Cavour había anunciado en su discurso del 27 de marzo de 1861: "Libera Chiesa in Libero Stato", cuando expresó: "... noi siamo pronti a proclamare nell'Italia questo gran principio: Libera Chiesa in Libero Stato". Lo dijo poco antes de morir el 6 de junio de 1861.

Esta ley, acto interno del Estado Italiano, que nunca llegó a tener carácter internacional, estuvo vigente hasta que dejó de tener existencia jurídica como consecuencia del Tratado de Letrán de 11 de febrero de 1929 y de la ley italiana de ratificación y aplicación del 27 de mayo de 1929.

Fijaba al Papa una generosa dotación (art.4), proclamaba la inviolabilidad del Papa (art.1) y le daba el goce de los palacios del Vaticano y de Letrán y de la Villa de Castel Gandolfo (art. 5).

Pero pese a la sabiduría de esta norma de Derecho Interno italiano, la crisis se mantuvo sin solución.

La "cuestión romana" quedaba abierta, a partir de 1870, y duraría hasta 1929 con todas sus graves consecuencias internas e internacionales.

Pío IX rechazó formalmente la ley de Garantías el 15 de mayo de 1871 en la Encíclica "Ubi Nos".

La posición pontificia de rechazo y condena a lo ocurrido el 20 de septiembre de 1870 y de los actos jurídicos inmediatamente posteriores, quedó plasmada en sucesivas encíclicas papales, que es necesario enumerar para tener clara comprensión de la posición del Pontificado.

Ya el 1 de noviembre de 1870, en la Encíclica "Respicientes", Pío IX historió los "atentados del gobierno del Piamonte contra el poder civil de la Santa Sede" (párrafo 1), "la nefasta guerra" (párrafo 2), los "engaños y pretextos del gobierno piamontés" (párrafo 3), la "ayuda francesa" (párrafo 4), "la guerra franco prusiana y la carta del Rey del Piamonte" (párrafo 5), "la reivindicación de la libertad y la soberanía temporal de la Santa Sede" (párrafo 7), "la reprobación de lo actuado por el Reino del Piamonte y su enorme y sacrílego crimen" (párrafos 8, 9 y 10).

Como consecuencia de lo cual, declarándolo "cautivo", condenó la "usurpación" (párrafos 10 y 11).

En la Encíclica "Ubi Nos" del 15 de mayo de 1871 se repudió y no se aceptó la ley de Garantías, que había sido precedida por la "Epístola Ecclesia Dei" del 2 de marzo de 1871.

En la Encíclica "Etsi Multa" del 21 de noviembre de 1871, Pío IX volvió a criticar y condenar lo actuado el 20 de septiembre del 70 y los actos posteriores.

Pío XI, que ya había lamentado la subsistencia de la cuestión romana en su Encíclica "Ubi Arcano" del 22 de diciembre de 1922, celebró el 23 de diciembre de 1929, en la Encíclica "Quim quagesimo Ante Anno", la firma del tratado de Letrán y el Concordato con Italia.

Se puso fin así, con los "Pactos" de Letrán - Tratado y Concordato -, a lo que el Pontífice calificaba como "intolerable e inicua situación" y se solucionó, así, a juicio del Papado, el "arduo problema", sin "una vana codicia del reino terreno", asegurando "la plena soberanía del Principado divino" (párrafos 4, 5, y 6).

Al finalizar la cuestión romana, quedaba reconocido por todos, sin excepción, la capitalidad romana de Italia y el término de la leyenda, por largo tiempo alimentada, del "Papa Cautivo" y del Rey como "Carcelero del Papa".

¿Cuáles fueron las consecuencias internas de la capitalidad de Roma y de la unificación total de Italia?

En primer lugar el establecimiento en toda la península italiana, de un sistema monárquico, parlamentario y liberal, bajo Víctor Manuel II, hasta su fallecimiento en 1878, y luego por sus sucesores Humberto I y Víctor Manuel III, hasta el advenimiento del fascismo.

La solución republicana quedaba descartada por el momento. Había triunfado el proyecto monárquico. Pero fue, por años, una monarquía parlamentaria y liberal.

Fue, además, la posterior a 1870 y hasta 1922, una Italia tolerante en materia religiosa, que comprendió y aplicó la separación de los asuntos políticos de los asuntos religiosos y la libertad de la Iglesia en un Estado igualmente libre.

El artículo 1 del Tratado de Letrán disponía: "Italia reconoce y reafirma el principio corregido en el artículo 1 y el Estatuto de Roma del 4 de marzo de 1848 por el que la religión católica, apostólica y romana es la única religión del Estado".

Se volvía al régimen jurídico relativo a la relación entre el Estado y la Religión Católica establecido en 1848, debilitado fácticamente después de 1870, pero nunca derogado expresamente.

La Constitución republicana italiana de 1947 no contiene ninguna norma igual al artículo 1 de la de 1848. No proclama que haya una sola religión verdadera que sea la del Estado, no protege especialmente a ninguna religión. Supone, por el contrario, como lo afirma Balladore Palliesi el "agnosticismo" en materia religiosa. El artículo 7, cuya interpretación ha dado origen a opuestos criterios y opiniones, dispone: "El Estado y la Iglesia Católica son, cada uno en su propio orden, independientes y soberanos. Sus relaciones están reguladas por los pactos de Letrán"

La mayor parte de la doctrina ha sostenido que esta norma no significa que la religión católica sea la única religión del Estado, ni que de ella resulte que los acuerdos de Letrán hayan pasado a formar parte de la Constitución.

Pero el contraste entre el artículo 1 del Tratado de Letrán de 1929 y el artículo 7 de la Constitución de 1947, objeto de interminables disquisiciones jurídicas, se mantienen hasta el Protocolo de 1948, por el que Italia y la Santa Sede declararon que: "No se considera más en vigor el principio, en origen tomado de los Pactos de Letrán, que reconocía a la Religión Católica como única religión del Estado italiano".

Entre 1870 y 1929 Italia fue un Estado que algunos llegaron a llamar "laico", pese a la subsistencia formal del artículo 1 del Estatuto del Reino de 1848.

Pensamos que jurídicamente no era Italia, en ese período estrictamente, un Estado laico, en el sentido que la expresión tiene, por ejemplo, en el Uruguay y en Francia, pero era un Estado tolerante, que reconocía y protegía la libertad religiosa y garantizaba la actividad de una Iglesia Católica Libre, actuando en un Estado Libre.

El proceso hacia la plena existencia de un Estado laico en Italia, se realizaría después con la Constitución Republicana de 1947 y el Protocolo de 1948 modificadorio de los Pactos de Letrán.

La unificación final de Italia en 1870 tuvo también importantes efectos internacionales. Constituyó un elemento esencial de la realidad europea y de lo que

fue la política externa en el Viejo Continente en las tres últimas décadas del siglo XIX, en los inicios del siglo XX y en la Primera Guerra Mundial.

Con la unificación de Italia y la proclamación casi simultánea del Imperio Alemán, en 1870, desapareció el mapa político de Europa que había surgido en 1815.

Las derrotas de Austria en 1866 y de Francia en 1870, obra de la política de Prusia, junto con la constitución de dos nuevos Estados, Alemania e Italia, alteraron fundamentalmente la situación europea. Se inició un nuevo período histórico – ya sin la presencia del poder temporal de la Santa Sede – que terminó, a su vez, con el fin de la Primera Guerra Mundial, en 1918, período en el que Italia jugó un papel, como Estado unificado, en proceso de expansión colonial en África, que no habría podido tener la Italia dividida en una multiplicidad de Estados coexistentes en la Península con los Estados Pontificios.

En la evolución de la política externa italiana posterior a 1870 y en el complejo proceso que condujo a la guerra de 1914, hay que destacar algunos actos jurídicos de especial trascendencia.

La guerra franco prusiana terminó con la derrota de Francia y con los Preliminares de Paz de Versailles del 26 de febrero de 1871 y con el Tratado de Frankfurt del 10 de mayo de 1871.

El predominio universal de Inglaterra y su dominio de los mares se mantuvo como elemento esencial.

El surgimiento y el poderío creciente del Imperio Alemán, la importancia del Imperio Austro Húngaro y la significación internacional del Imperio Ruso, caracterizaron estos años, marcados inicialmente por la “Entente”, de los tres Emperadores, de Alemania, Austria y Rusia (1873).

Italia, nuevo Estado nacional, todavía débil y la menos poderosa de las grandes potencias, con su capital en Roma, se insertaba sin embargo, progresiva y trabajosamente, en este nuevo panorama europeo, sin abandonar las relaciones que nacían de sus raíces latinas y su necesaria vinculación con Inglaterra, especialmente en el Mediterráneo.

Pese a ello, en mayo de 1882 Italia firmó con Alemania y Austria el Tratado de la Triple Alianza, tratado originariamente de alianza defensiva, de acuerdo con su artículo 2, prorrogado por el Tratado de Berlín del 20 de febrero de 1887.

Este tratado era la consecuencia circunstancial de los temores italianos de una expansión francesa, en su perjuicio, en el Mediterráneo y de previsibles y posibles conflictos con Austria. Esto último estaba relacionado con la cuestión romana, pues Italia necesitaba debilitar el apoyo austriaco a la Santa Sede, enclaustrada en el Vaticano y la leyenda del Papa Cautivo, y además, ante los rumores de que el Papa podría llegar a exiliarse abandonando Roma, alimentados por el lenguaje empleado en la carta de León XIII al Emperador Francisco José de Austria Hungría, del 18 de agosto de 1881.

La posterior evolución internacional y la mejora gradual de las relaciones franco italianas, llevaron al acuerdo de julio de 1902 entre Italia y Francia, que encaraba la neutralidad italiana en caso de agresión directa o indirecta contra Francia. Era el primer acto de una política que llevaría progresivamente a un cambio internacional, a la neutralidad de Italia en la guerra iniciada en 1914, transformada luego en su participación bélica activa, como aliada de Francia y de Gran Bretaña.

La derrota italiana en Etiopía en 1896 conduciría a una política de expansión africana principalmente basada en Tripolitania. Y para esto se necesitaba el acercamiento con Francia.

La guerra ítalo – turca de 1911, terminó para Italia exitosamente con el Tratado de Lausana de 15 de octubre de 1912, que daba a Italia el dominio de Tripolitania y de Cirenaica.

El 20 de septiembre de 1870 tuvo y tiene significación importante para el Uruguay.

Esto lo ha reconocido siempre la historia intelectual y política de nuestra República.

No cabe ahora hacer un recuento de las referencias a este respecto. Sólo es el caso – y alcanza – con traer a la memoria, para señalar su significación, dos referencias a lo que en dos momentos diferentes de su vida, expresó José Enrique Rodó al respecto.

Rodó recuerda en su elogioso y emocionado homenaje a Garibaldi, publicado en su libro “El Mirador de Próspero”, el texto de la convocatoria por él redactada para la conmemoración en Montevideo del 20 de septiembre de 1870. Califica allí el proceso que culminó con la ocupación de Roma de “obra emancipadora” y a lo ocurrido ese día, como “el episodio que consagró definitivamente la realidad de la utopía secular, con la reivindicación de Roma intangible para la Italia una”.

Años después Rodó, en un artículo escrito en Palermo, pocos días antes de su muerte, que se mantuvo inédito durante años, publicado por la Revista Nacional en 1952, que se incluyó en 1957 en sus Obras Completas, y que ahora ha vuelto a serlo en el Anuario Garibaldi, titulado “¿Renunciará Benedicto XV al Poder Temporal?”, expresó:

“Pero lo importante es que empiece a abrirse paso, en círculos católicos, la disposición conciliadora, en cuanto al hecho consumado de la Roma secular e italiana. Lo demás será obra gradual de la persuasión.

La independencia recíproca y la completa libertad del poder eclesiástico y del civil fue el principio escrito por el gran Cavour en el programa de la Italia nueva. Y todo induce a pensar que el conflicto que aún se mantiene subsistente perderá con el tiempo su razón de ser y llegará a su solución final y perenne, siguiendo la evolución indicada por aquel a quien Roberto Peel llamó una vez, desde la tribuna de Inglaterra, el más grande estadista que haya conducido a pueblo alguno por el camino de la libertad”

Basta, para concluir, destacar que el liberalismo político - institucional y no partidista -, la laicidad del Estado y la amplia y comprensiva tolerancia religiosa han caracterizado constitucional, política y socialmente al Estado uruguayo y perfilado su carácter, luego de turbulencias y pasiones enfrentadas en la lucha ideológica y política - se nutrió - sin perjuicio de la existencia de otras fuentes coadyuvantes -, en lo que la Italia del "Risorgimento" aportó y de lo que se mostró luego plenamente en la Italia unificada, con Roma como Capital, luego del 20 de septiembre de 1870.

Este homenaje de la patria uruguaya a la trascendencia de una fecha de Italia, es también el reconocimiento agradecido al aporte de la inmigración italiana a la formación de la población uruguaya, inmigración recibida con los brazos abiertos, con sentido de integración, para fundar un solo pueblo, con conciencia plena de lo que ella contribuyó a la formación demográfica, cultural y humana del Uruguay, actitud que obligará siempre a una reciprocidad igualmente receptiva y humana.

RODÓ Y LA “CUESTIÓN ROMANA” EN 1917

Héctor Gros Espiell

En abril de 1917 Rodó se encontraba en Palermo, en Sicilia.

Entre los días 7 a 11 de abril, poco antes de morir, escribió un artículo titulado “¿Renunciará Benedicto XV al Poder Temporal? Actual Aspecto de la Cuestión Romana”, para enviar a la revista “Caras y Caretas” de Buenos Aires, de la que era corresponsal en Europa, que mandó el 12 de abril. Está fechado por el autor, con evidente error, en marzo de 1917.

El artículo llegó a la revista cuando Rodó ya había fallecido y no fue publicado.

Permaneció años trasapelado hasta que llegó a manos del Dr. Horacio Beccar Varela, quien lo obsequió al Dr. D. Dardo Regules, que lo donó a la Revista Nacional, que lo publicó en Montevideo, en el número 149, año XIV, de mayo de 1951.

La publicación fue acompañada de una nota informativa seria y correcta, pero que elude todo comentario y valoración sobre las ideas y la tesis sostenida por Rodó. La publicación de estas páginas en la Revista Nacional se hizo “al cumplirse el 34º aniversario de la muerte del ilustre hombre de letras”.

Este texto, quizás lo penúltimo que escribió en 1917 José Enrique Rodó,¹ pese a su publicación en 1951, ha permanecido casi ignorado.

No ha sido comentado y no se ha valorado su interés histórico, su importancia como precedente y su significación para el conocimiento del pensamiento político de Rodó.

Es preciso leer hoy este texto con especial atención. A 130 años del 20 de setiembre de 1870 –del fin de la soberanía territorial del Papado sobre los Estados Pontificios, de Roma como Capital del Reino de Italia, hechos ocurridos bajo el Pontificado de Pío IX y resuelta, luego del Tratado de Letrán de 1929, bajo el Pontificado de Pío XI, la “cuestión romana”–, es necesario conocer y valorar este texto rodoniano.

Fue escrito cuando “la cuestión romana” aún estaba vigente, en plena Guerra Mundial (1914-1918), cuando el Papa era Benedicto XV –había sucedido a Pío IX, León XIII y Pío X– y cuando la continuidad del conflicto entre Italia y la Santa Sede proyectaba sus efectos negativos, tanto interna como internacionalmente.

Rodó aparece en este artículo suyo como contrario a la permanencia de la soberanía territorial del Papado sobre los Estados Pontificios, como alguien que veía con simpatía la ley italiana de garantías del 13 de marzo de 1871 sancionada

generosamente por el Reino de Italia, pero rechazada por todos los papas que reinaron desde ese año hasta 1917 en que Rodó escribía, y condenada por la Encíclica "Ubi Nos" del 15 de mayo de 1871.

Rodó veía en la internalización, bajo el Derecho Internacional, de los criterios y garantías de la ley italiana, una forma de resolver la cuestión romana, asegurando así la independencia espiritual y religiosa de la Santa Sede y garantizándole la inmunidad del Pontificado y su autonomía financiera.

No fue esta la fórmula seguida por el Tratado de Letrán. Pero algo de las ideas de Rodó germinó entre 1917 y 1929, para que fuera posible encontrar en un tratado bilateral entre la Santa Sede e Italia y, con la creación del Estado "sui generis" de la Ciudad del Vaticano y por ende con la internalización jurídica del asunto, el fin y la solución de una cuestión, verdadera controversia, que a nadie beneficiaba y a todos perjudicaba.

El artículo de Rodó es muy útil para mostrar su ideología política, su sano y racional liberalismo, con el que yo no puedo ocultar mi coincidencia, su admiración por "el gran Cavour" y por "la Italia nueva" y su laicismo tolerante y comprensivo, como el que en 1918 resultaría de la Constitución uruguaya, laicismo nunca militantemente antirreligioso, compatible con una religión centrada en lo espiritual, que no necesitaba ni necesita de una amplia base territorial ni de extensos espacios soberanos –y que requiere– solo el mínimo territorial indispensable para el desarrollo pleno de su misión religiosa y espiritual.

1. El 14 del mismo mes de abril comenzó a escribir otro artículo titulado "Palermo", y lo continuó los días 15, 16, 17, 18, 19, 20 y 21. Como se advierte, el trabajo de redacción era lento y duro; por eso, al anotar la conclusión de los artículos agregaba estas siglas (B.S.D.) "bendito sea Dios", que era como un suspiro de alivio. El "Itinerario" se detiene el 22 de abril, y no consigna que el artículo "Palermo" haya sido terminado y enviado a su destino. Otros apuntes de Rodó revelan que los días 23 y 24, aunque acosado por la fatiga y las taquicardias, que de tiempo atrás combatía con dosis diarias de digital, permanecía aún en pie. La última anotación corresponde al día 25 de abril. Desde ese día debió guardar cama. El 1 de mayo de 1917, es decir cinco días después, falleció el ilustre escritor.

¿Renunciará Benedicto XV al poder temporal?

Actual aspecto de la cuestión romana

A mi paso por Roma, tuve frecuente ocasión de recoger pareceres e impresiones sobre un problema que, aunque aparentemente apartado de los afanes del momento, no ha perdido su interés esencial, ni ha dejado de constituir una de las más importantes

relaciones del porvenir político italiano. Me refiero a la situación del Pontífice católico, con sus aspiraciones, hasta hoy no renunciadas, al poder temporal, frente al Estado que ha instituido su soberanía y su unidad allí donde se asentó, por espacio de diez siglos, aquel poder.

¿Hasta qué punto y en qué sentido existe todavía una cuestión romana? Y ¿cuál puede ser la solución que le prepara el tiempo? Cabe suponer que, entre las infinitas ulterioridades del nuevo orden internacional que ha de sobrevenir a la guerra, se cuente la inmediata desaparición de aquel conflicto, que ya nos parece una anacrónica monstruosidad. Pero él no podrá menos de considerarse subsistente mientras el Pontificado mantenga, aunque sólo sea de modo tácito y pasivo, la reivindicación de su poder civil. Esta reivindicación tendrá moralmente la fuerza de una autoridad a la que gravitan aún millones de conciencias humanas; y por lo que toca a la Italia misma, tendrá la importancia de alentar una permanente causa de escisión entre la conciencia religiosa y la conciencia nacional de cierta parte de su pueblo.

Es, pues, condición indispensable para una verdadera solución de este problema, la franca renuncia del Pontificado a toda aspiración de dominio temporal y el reconocimiento expreso, por su parte, de la soberanía italiana sobre Roma. ¿Puede esto esperarse como probable conclusión de la política del Vaticano; y más concretamente, puede esperárselo de la inspiración personal del Pontífice que tiene hoy el gobierno de la Iglesia?

Para satisfacer estas preguntas, debe partirse del hecho inconmovible y de la idea casi indiscutida que ha llegado a representar, después de medio siglo de triunfante prueba, la nacionalidad italiana con su capital, Roma. La fundación de la Italia libre y una, contra la corriente, no sólo de intereses y egoísmos domésticos, sino también de tradiciones y sentimientos de fuerza universal, como los vinculados al poder político de la Iglesia, es de los esfuerzos más audaces, más arduos y más gloriosos de que haya ejemplo en la historia. Los hombres de 1870 consumaron su reivindicación de Roma para Italia, con indomable fe y con soberana energía; pero la magnitud de las dificultades que de todas partes rodeaban la consolidación de su obra era tan clara, que toda aquella fe no pudo evitar que, al entrar en Roma, lo hicieran –según acertadamente se ha dicho– con “cierto sentimiento de provisoriedad”. Sabían que esta ocupación había de ser el definitivo resultado histórico, pero temían que ella padeciera eclipses y reacciones; y el mundo, que había visto aparecer la Italia nueva a favor de un momento caótico y convulso de la historia de Europa, esperó que el tiempo resolviese si la secularización de la Roma pontificia no era sólo un accidente de aquella anormalidad.

Mientras esta expectativa tuvo alguna razón de prolongarse y mientras aquel temor halló cierta cabida en el espíritu de los liberales italianos, la protesta del Pontificado pudo tender resueltamente al rescate de la perdida potestad secular. Se recordaba que no era la primera vez que el Pontífice romano había sido privado de su autoridad política, se evocaban el largo destierro de Pío VII, despojado por Napoleón; la vuelta

de Pío IX, tras la efímera república del 49; y se esperaba la nueva reacción libertadora del cautivo jefe de la Iglesia. El pontificado del último Papa-rey terminó en medio de ese espíritu de esperanzas mesiánicas. Pero entretanto Italia, por su propia virtud y por la obra de sus estadistas, fortalecía su ser de nación, consolidaba su situación internacional; y como consecuencia de esta sanción del éxito, se vigorizaba y se imponía con avasallador empuje, aun a las clases más divorciadas de los orígenes del movimiento de unidad, el sentimiento de la patria italiana. La superior inteligencia de León XIII, que vio realizarse esa incontestable evolución, supo adaptar a ella la nueva política del Pontificado. León XIII, reaccionando contra la anterior famosa consigna clerical: "Ni elegidos, ni electores", autorizó la intervención de los partidarios de la Iglesia en las luchas legales de la monarquía; puso así el primer antecedente en el camino de una conciliación, y desde entonces una considerable parte de las fuerzas católicas, no sólo participan de la actividad parlamentaria, sino que suelen contribuir, en las mismas funciones del gobierno, al régimen nacido de la Revolución liberal. En la actualidad desempeña el ministerio de Hacienda, en el gabinete que preside Roselli, el "leader" de ese oportunismo católico. Y el estallido de la guerra en que hoy está comprometido este pueblo vino a poner finalmente a prueba la solidez de la unidad patriótica italiana. Pudo sospecharse, por quien no tuviera clara noción de esa unidad, que, siendo la guerra contra la gran potencia católica, como es el Austria, y descansando la única posibilidad visible de la restauración de la Roma papal, sobre la disolución de una Italia vencida, estas circunstancias obrarían, a favor de la intransigencia religiosa, para aminorar el estímulo patriótico. Pero la absoluta uniformidad y la decisión entusiasta con que el clericalismo más ferviente, sin exceptuar al propio clero, ha mantenido su fidelidad a la patria y ha llenado activa y heroicamente su deber, manifiestan cuán hondo ha arraigado el sentimiento de la nacionalidad y cómo este sentimiento se levanta ya sobre todos los intereses y todas las ideas.

En semejantes condiciones ¿qué consideración fundamental podría oponerse, de parte de la Iglesia católica, a una solución fundada en el sincero reconocimiento de la realidad? Supuesto que sus garantías de independencia se satisficiesen, ¿por qué habría de mantenerse ella apegada a una reivindicación que, en sus términos absolutos, ha llegado a ser tan evidentemente quimérica? Los que conocen las actuales corrientes del Vaticano piensan que esta disposición conciliadora no es, en principio, extraña al espíritu que allí domina, y esperan que, si las circunstancias históricas traen la oportunidad y la forma de su realización, el pontificado de Benedicto XV no terminará sin señalarse por el término del largo entredicho entre la Iglesia y el poder civil. La fórmula de este posible avenimiento; la condición a cambio de la cual renunciaría el Pontífice a sus aspiraciones sobre Roma, para reconocer la soberanía de Italia, sería la de que se diera carácter internacional, entre los pueblos católicos, a la "Ley de Garantías" que actualmente regula su situación dentro del Estado.

Es notorio que, después de producir la caída del poder temporal con la ocupación de Roma, Italia se propuso rodear la potestad espiritual del Pontífice de todas las seguridades de libertad y autonomía que pudieran compensar la pérdida de su independencia material y apaciguar las desconfianzas de los gobiernos católicos; y a este efecto, el Parlamento de 1871 dictó la ley que reconoce al jefe de la Iglesia prerrogativas y honores de soberano, le concede derecho a la representación diplomática y al privilegio de la "extraterritorialidad", y facilita en todo sentido el ejercicio de las funciones necesarias para el cumplimiento de los fines de la religión. Esta ley, que el Pontífice no ha reconocido nunca, pero que subsiste en cuanto a las obligaciones que para el Estado determina, tiene hasta hoy la naturaleza de un acto de la legislación italiana, de una regla de derecho interno. Se trataría de levantar la Ley de Garantías a la condición de un pacto internacional, mediante una conferencia en que las naciones con súbditos católicos se comprometerían en lo sucesivo a tutelar su fiel cumplimiento. Apuntada ya esta solución entre las que se arbitraron para tratar de obtener la conformidad pontificia, desde los orígenes de la cuestión romana, ella ha reaparecido después como idea de procedencia católica. Hace tres años, en un congreso religioso de Milán, un conspicuo prelado, el arzobispo de Udine, señalaba la ratificación internacional de la Ley de Garantías, como el único medio de sustituir al principado civil del jefe de la Iglesia, vuelto imposible dadas las actuales condiciones de la sociedad. Posteriormente ha sostenido la internacionalización órgano tan caracterizado del pensamiento clerical como "La Civiltà Cattolica".

¿Pero aceptaría la Italia liberal, aceptaría el Estado italiano esta fórmula de concordia con el destronado Pontífice? ¿Sería conciliable con la integridad de la soberanía un acuerdo que diera jurisdicción, y por lo tanto, virtualmente, facultad de intervenir con la fuerza, a Estados extraños, en las obligaciones de esta nación respecto de un sujeto jurídico radicado dentro de su territorio y puesto bajo el amparo de su libertad y de sus leyes?... Las resistencias que tal pensamiento levantaría, si se formalizase, pueden inducirse por las que provoca su discusión doctrinaria. Difícil será hallar la manera de internacionalizar la ley de 1871 sin herir los más respetables sentimientos de delicadeza patriótica. Difícil será idear, para el Pontífice romano, otras garantías que aquellas que positivamente le ofrecen las leyes y las autoridades de Italia.

Pero lo importante es que empiece a abrirse paso, en círculos católicos, la disposición conciliadora, en cuanto al hecho consumado de la Roma secular e italiana. Lo demás será obra gradual de la persuasión. El solo fundamento en que la Iglesia apoya todavía su reivindicación del poder temporal consiste en la necesidad de hallarse en condiciones políticas que aseguren su libertad de acción; y la experiencia histórica ha demostrado, y seguirá confirmando, que nunca la libertad de acción de la Iglesia ha sido tan real e ilimitada como dentro del régimen que se implantó el 20 de setiembre. Nunca el Pontífice-rey, custodiado por bayonetas extranjeras y estrechado por sus

concordatos con los príncipes católicos, gozó de la autonomía con que hoy ejerce su ministerio espiritual el voluntario cautivo del Vaticano. La independencia recíproca y la completa libertad del poder eclesiástico y del civil fue el principio inscrito por el gran Cavour en el programa de la Italia nueva. Y todo induce a pensar que el conflicto que aún se mantiene subsistente perderá con el tiempo su razón de ser y llegará a su solución final y perenne, siguiendo la evolución indicada por aquel a quien Roberto Peel llamó una vez, desde la tribuna de Inglaterra, "el más grande estadista que haya conducido a pueblo alguno por el camino de la libertad".

José Enrique Rodó

Palermo, marzo de 1917

GARIBALDI: MITO E REALTÀ NEGLI STUDI DEGLI ULTIMI 25 ANNI (1982-2007)

Alfonso Scirocco

Nel 1898 il ventiquattrenne Winston Churchill, militare in India, scriveva alla madre di volersi dedicare alla carriera di storico, e tra le prime opere da scrivere poneva una vita di Garibaldi. "Spero -aggiungeva-, se vivo ancora, di produrre qualche cosa che rimanga, e che studiando Garibaldi -del quale non esiste un buon racconto della sua carriera meravigliosa- e trovo che i materiali sono congeniali - farò forse un classico."¹

Il futuro statista non pose mano alla vagheggiata biografia, ma il proponimento da lui espresso sta a dimostrare quanto fosse sentito il fascino dell'Eroe, non solo nell'Italia. Già lui vivente in tutto il mondo giornalisti e storici avevano esaltato le sue straordinarie imprese e avevano divulgato le meraviglie della sua vita modesta e del suo disinteresse, e dopo la sua morte si erano susseguite biografie di ampio respiro ed operette popolari: oltre 800 ne registrò nel 1970 Anthony P. Campanella nella sua monumentale bibliografia.² Aggiungendo ad esse studi e ricerche documentarie sui vari aspetti della sua vita, sull'azione militare e politica, sulla tradizione che ne conservò il ricordo dopo la morte, il complesso della produzione a lui dedicata superava i 14.000 titoli. Né bastava. Dal 1969 al 1981, negli anni precedenti le manifestazioni del 1982 per il centenario della morte, si registravano 239 nuovi titoli con oltre venti biografie: a quelle in italiano (con tre successive della Mondadori di diversi autori, dimostrazione dell'intramontabile simpatia del grosso pubblico) se ne erano affiancate, tra lavori nuovi e riedizioni, 6 in inglese, 2 in tedesco, 1 rispettivamente in francese, in russo, in polacco, in cecoslovacco.³ Per riflesso, l'attenzione degli studiosi e il favore del pubblico avevano coinvolto Anita, oggetto di profili biografici spesso romanzzati, di drammi rappresentati in teatro, di commosse rievocazioni, non solo in Italia e in Brasile, ma in Inghilterra, in Ungheria, in Portogallo, nel 1903 in lingua bengali nella lontana India, con una fortuna editoriale ancora viva negli ultimi decenni.⁴

L'interesse per il Nizzardo non si affievoliva. Perciò, nel maggio del 1982, in uno dei primi congressi promossi per le celebrazioni, Raymond Grew prospettò la necessità di studiare sotto nuova luce "le ragioni del richiamo politico di Garibaldi e

della persistente durata di questo richiamo”.⁵ Una figura come la sua, egli affermava, “non può essere sepolta sotto montagne di documenti, non può essere ridimensionata dalle note a piè di pagina, non può essere afferrata solo da tutti quei dettagli che generazioni di studiosi eruditi possono aver accuratamente messi insieme... Gli storici in realtà –egli riconosceva– già hanno dato un quadro ragionevolmente ben informato e, in generale, completo del ruolo che Garibaldi ricopre nella storia d’Italia.⁶ I risultati che emergono dalla straordinaria vita di Garibaldi conducono a una più profonda comprensione e perfino a nuove scoperte, a patto, però, che vengano poste domande più attuali... che... nascano sia da prospettive nuove che da nuovi metodi”.⁷

Lo storico americano si soffermava a lungo su quelli che riteneva gli elementi suscettibili di illuminare aspetti più “moderni” della complessa personalità garibaldina. In primo luogo riteneva che non si fosse impostata chiaramente la domanda sul perché “il biondo generale fosse così popolare, il come egli fungesse da leader e mobilitasse il suo seguito, e, infine, perché centinaia di migliaia di persone ne facessero un simbolo”. Una spiegazione convincente non poteva risiedere nella sua personalità o nel suo carattere, ma andava esaminata come testimonianza “della natura della società italiana (e anche europea) del diciannovesimo secolo”, con una analisi scrupolosa dei valori popolari e degli interventi sociali che il fenomeno della popolarità di Garibaldi rivelava. Il numero e il tipo dei cimeli che la attestavano, da lui dettagliatamente elencati dagli oggetti riccamente ornati ai prodotti dell’artigianato locale fino ai souvenirs a buon mercato, era stupefacente. Essi rappresentavano “1) il riflesso autoconsapevole della cultura formale della classe media e popolare; 2) espressione e simbolo dei cambiamenti sociali che seguirono alla unificazione; 3) strumenti di propaganda importanti per il sorgere di una consapevolezza politica; 4) veicoli di un mito affascinante e di una serie di valori ristoratori”.⁸

In concreto Grew suggeriva di interessarsi “delle analisi sociali dei miti, dei simboli e delle credenze connesse con la figura di Garibaldi: l’analisi delle basi sociali della sua popolarità e delle strutture organizzative attraverso le quali era espressa *poteva* far luce sul vero contenuto della politica di Garibaldi. Perfino i suoi più convinti ammiratori –egli osservava ancora– sono restii a prendere Garibaldi troppo seriamente come pensatore politico. Qualora però i suoi atteggiamenti ed i suoi intendimenti siano intesi come espressione di una cultura politica popolare e di un seguito solo parzialmente organizzato, alcuni temi logici diventano anche significativi”. A suo avviso, Garibaldi rappresentava la speranza di una sorta di giustizia sociale semplice e diretta basata sull’onestà personale, condivideva la sensazione che la storia avesse una direzione progressiva in se stessa, era pronto a sostenere quelli che riteneva fossero movimenti popolari in Sud America o in Polonia. “La cooperazione nell’ambito dei movimenti nazionali, dei governi repubblicani, delle cooperative dei produttori e dei lavoratori, erano tutti parte di una stessa armonica visione”. In definitiva, egli sosteneva, “la mancanza di precisione o di originalità in tutto ciò, fu

parte importante della sua forza. Garibaldi legò strettamente gli scopi politici generali alla realtà politica del suo tempo e ai sentimenti popolari più profondamente radicati, come mai nessun leader politico era riuscito a fare", e raggiunse lo scopo personificando la libera ideologia che sosteneva, con una coerenza che faceva comprendere alla pubblica opinione perfino gli insuccessi di Napoli, di Aspromonte e Mentana e la disillusione degli ultimi venti anni, nella credenza comune che egli fosse stato sempre dalla parte dei suoi principi.⁹

La proposta di una riflessione su Garibaldi come "soggetto di storia sociale" si incontrava con una convinzione largamente diffusa. Non senza ragione il principale impegno scientifico del 1982 fu rivolto proprio alla individuazione dei motivi per i quali Garibaldi divenne un personaggio leggendario mentre era ancora in vita, ed all'esame della immensa popolarità che ebbe in Europa e nel mondo, dovunque giunse la fama delle sue imprese, del suo disinteresse, della sua disponibilità a combattere per la causa di tutti i popoli oppressi.

A *Giuseppe Garibaldi e il suo mito* fu dedicato il congresso dell'Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, tenuto a Genova nel novembre 1982. Le relazioni sul mito garibaldino (inteso come l'immagine suggestiva che si formò di lui nel sentimento popolare, cosa ben diversa dalla visione agiografica costruita da superficiali ammiratori), e di come esso "incise direttamente sul corso storico, strumento corposo di azione pratica, forza politica concretamente operante",¹⁰ le relazioni, dicevamo, sul modo di sentire il mito garibaldino in Messico, Stati Uniti d'America, Spagna, Inghilterra, Francia, Austria, Belgio, Scandinavi, Polonia, Romania, Europa centro-orientale, Giappone, affidate quasi tutte a studiosi stranieri, occuparono più della metà del volume degli Atti.¹¹ Sullo stesso argomento in altri congressi e con larga partecipazione di studiosi stranieri si soffermarono le relazioni su l'Ungheria, la Romania, la Polonia, la Bulgaria, la Spagna, ancora gli Stati Uniti, sull'antigaribaldinismo in Francia,¹² e quelle su Inghilterra, Germania, guerra di secessione americana, Europa danubiano-balcanica, Ungheria, Romania, Bosnia-Erzegovina,¹³ altre ancora su Svizzera ed Europa orientale,¹⁴ sulla politica internazionale, Francia, diplomazia statunitense, Romania,¹⁵ e sul filellenismo dell'Eroe ai tempi di re Ottone I di Wittelsbach.¹⁶ Inoltre, un denso volume di Angelo Tamborra su *Garibaldi e l'Europa*¹⁷ offrì un quadro sistematico della presenza del Nizzardo nell'opinione pubblica europea a partire dalla spedizione dei Mille. Sarebbe, poi, troppo lungo citare i molti articoli apparsi su riviste.¹⁸

Mentre completiamo queste note, nel settembre del 2007, possiamo tener conto di altri contributi. Nel congresso di Cagliari dell'Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, che nell'ottobre 2006 ha anticipato l'apertura delle celebrazioni garibaldine del bicentenario della nascita, due tavole rotonde su *Garibaldi in Europa* e *Garibaldi fuori d'Europa* hanno messo in risalto la presenza dell'Eroe nella riflessione storica internazionale e nei paesi dove il suo mito ha costituito motivo importante nella vita

politica e civile.¹⁹ Sull'argomento gli studiosi sono tornati o stanno per tornare in altri congressi.

Nell'ampio ventaglio di argomenti toccato dal 1982 soprattutto per l'Europa non si lamentano ripetizioni. I contributi un po' si integrano, un po' si accavallano, ma anche quando riguardano gli stessi paesi e personaggi, risultano diversi nel taglio cronologico e nei riferimenti a persone, a momenti, episodi, gruppi e movimenti politico-culturali.

Di fronte alla ricchezza dei punti di vista e della documentazione tocca allo studioso selezionare e distinguere tra i vari aspetti illustrati, secondo i suoi interessi e i suoi obiettivi, tenendo presenti due ordini di considerazioni. Innanzi tutto l'indagine sul mito si configura secondo una triplice dimensione, per come nasce, per come opera durante la vita dell'Eroe, per come si prolunga nel tempo dopo la sua scomparsa con addentellati col "movimento garibaldino", che a lui si ispira e si richiama. In secondo luogo, nella valutazione delle fonti che riguardano la formazione del mito in Europa e in America dobbiamo distinguere tra quelle che operano nell'immediato sulla formazione dell'opinione pubblica, e quelle che attestano l'ammirazione di uomini illustri, espressa in carteggi privati e con testimonianze operanti in ambiti ristretti e divulgate in tempi successivi.

Per la diffusione della popolarità di Garibaldi, base e premessa del mito, sono importanti soprattutto le prime, formate da quotidiani e riviste, da libri pubblicati nel corso degli avvenimenti che lo vedono protagonista, come quelli dovuti alla penna di Alessandro Dumas nel 1860-61, da fogli volanti illustrati in nero o a colori, fotografie, composizioni allegoriche, che raggiungono con le immagini i larghi strati della popolazione incolta.

Alla raccolta delle testimonianze che formano e accrescono il culto dell'Eroe contribuiscono le mostre, non sempre adeguatamente valorizzate nelle rassegne bibliografiche. Nelle molte organizzate nel 1982 nelle principali città d'Italia, per forza di cose l'attenzione si rivolse agli anni successivi al 1848, quando si aprì per Garibaldi la grande stagione italiana, e ad una documentazione di ambito locale, spesso, tuttavia, di notevole valore. Non possiamo soffermarci su di esse, ma non possiamo tralasciare la romana *Garibaldi. Arte e Storia*, ampia rassegna della sua vita, del ricordo storico, dei riflessi nella letteratura e nell'arte.²⁰ Nelle numerose sezioni (coordinate per la storia dal compianto Alberto Maria Arpino), risaltano le professionalità congiunte di storici, archivisti, bibliotecari, storici dell'arte. Attraverso sobrie introduzioni alle singole parti si ripercorre la vita dell'Eroe dalla giovinezza sul mare al Sud America, dalle guerre per l'unità italiana al testamento politico, dal romitaggio di Caprera ai progetti per il Tevere; si delineano i fondamenti dell'ideale patriottico del Risorgimento e si identificano i modelli a cui si ispira; si indica il modo in cui sono rappresentati dagli artisti i protagonisti dell'epopea nazionale e gli avvenimenti salienti che coinvolgono Garibaldi. Lo splendido catalogo, ricco di

illustrazioni corredate da precisi riferimenti, in particolare nella sezione dedicata a *Il Mito e l'Immagine* raccoglie ritratti, fotografie, stampe popolari, caricature, composizioni allegoriche e celebrative, oggetti di artigianato.

Nelle manifestazioni del 1982 sembrò trascurato il periodo americano in cui era nato il mito, poiché il Garibaldi che era tornato in Italia nel 1848 era già un personaggio di notorietà internazionale. La formazione della sua eccezionale personalità e la genesi del mito erano, infatti, da ricondurre fuori della patria, nell'esperienza sud-americana e nella connessa proiezione sul più largo palcoscenico della politica europea.²¹ La sua fama comincia a diffondersi nell'America del Sud durante la difesa del Rio Grande do Sul, e raggiunge l'Europa quando nel contrasto tra l'Argentina e l'Uruguay intervengono, per la difesa di interessi commerciali, i governi di Londra e Parigi, che inviano due squadre navali nel Rio della Plata. Garibaldi si trova ad affiancare la spedizione anglo-francese, di cui scrivono, oltre ai quotidiani delle potenze interessate, i grandi giornali illustrati diffusi tra la borghesia europea, la parigina *L'Illustration*, il londinese *The Illustrated London News*. In connessione con le operazioni militari il combattente italiano appare in primo piano. Garibaldi è conosciuto ed apprezzato da diplomatici ed ufficiali inglesi e francesi, ma all'opinione pubblica lo fa conoscere la stampa, riportandone le gesta e tracciandone biografie più o meno veritiere. Ne cominciano a parlare, nel bene o nel male, i giornali di Parigi e di Londra, di Amburgo, centro del commercio col bacino del Plata, di Lisbona. Alcuni riecheggiano la propaganda politica della stampa argentina, che lo dipinge come un avventuriero crudele ed avido, e il nome del "pirata Garibaldi" giunge anche alla cilena *Gaceta de Valparaiso* e al *Daily Union* di Washington.

In realtà sulle vicende garibaldine degli anni tra il 1836 ed il 1848 non si tornò diffusamente durante le manifestazioni del centenario poiché su di esse era stata fatta molta luce nei decenni precedenti, per opera di Salvatore Candido, con pubblicazioni che investigavano importanti aspetti dell'azione svolta dall'esule italiano. La larga documentazione reperita negli archivi brasiliani, argentini ed uruguayani aveva già permesso una rilettura della sua formazione politico-militare, sia nell'ambito dei rapporti con gli Stati per i quali aveva combattuto, sia nei riguardi del collegamento mantenuto con Mazzini e col nucleo mazziniano presente tra gli emigrati italiani.²²

Circa la partecipazione alla vita pubblica in Brasile ed Uruguay ci sembra opportuno richiamare l'attenzione su un altro importante contributo, anch'esso anteriore al 1982, a nostro avviso non adeguatamente considerato dagli studiosi. Ci riferiamo alla biografia di Jasper Ridley.²³ Ridley non conosce, e quindi non utilizza, i lavori di Candido, ma fa largo uso della documentazione offerta dai giornali pubblicati nei paesi in cui Garibaldi agisce. Ricordiamo che a Buenos Aires e a Montevideo le comunità inglese e francese, che o prendono parte alla lotta, o almeno ne subiscono le conseguenze, stampano giornali nella propria lingua, e da essi e

dagli organi dei vari governi sono riportate e commentate le vicende della guerra. Ridley, per sottolineare l'importanza di questo aspetto della sua documentazione, indica nella bibliografia l'elenco dei giornali consultati per alcune annate per gli anni dal 1837 al 1867. Sono 68; di essi 18 riguardano il Sud America tra il 1837 e il 1848.²⁴

Nel bene o nel male, come abbiamo osservato, si parla del ruolo notevole che vi gioca Garibaldi per mare e per terra. Nell'intreccio delle posizioni assunte dai molti organi di stampa, tra l'esaltazione dei suoi e gli attacchi spesso calunniosi dei nemici, seguiamo l'affermarsi della notorietà del Nizzardo, in una successione che dà un grande contributo alla esatta conoscenza dei momenti e delle ragioni dell'effettiva diffusione del suo nome.

Possiamo, così, individuare il sorgere della popolarità del Garibaldi "americano" in Europa e negli Stati Uniti, popolarità che precorre e prepara tra i contemporanei il sorgere del mito. Per questa ragione, lavorando alla biografia del Nizzardo, abbiamo ritenuto opportuno aggiungere alla documentazione pubblicistica nota lo spoglio sistematico de *L'Illustration* e del *The Illustrated London News*, non utilizzati dal Ridley e dagli altri biografi. I due periodici danno largo spazio alla descrizione di paesi lontani. La guerra del Plata, combattuta su grandi fiumi e nelle pampas, è un'occasione per corrispondenze ricche di colore, accompagnate da litografie.

L'Illustration nel giugno del 1845 parla a lungo della legione francese formata per difendere Montevideo (con pochi cenni ai volontari di altre nazionalità, e senza menzionare gli italiani), nel febbraio 1846 si sofferma sulla vittoria della flotta anglofrancese sugli argentini all'Obligado, e cita Garibaldi quando affianca i francesi, durante la spedizione sul fiume Uruguay. In seguito, in occasione della spedizione francese contro la repubblica romana, nel maggio 1849 metterà in prima pagina il ritratto di *Garibaldi, général romain*, e nell'agosto darà notizie fantasiose sulla sua fuga verso Venezia. Altri ritratti del generale, nella divisa dell'esercito piemontese, saranno pubblicati dalla rivista parigina e dalla consorella londinese nel 1859, mentre per la spedizione dei Mille non si contano i servizi litografici e fotografici sulle riviste europee ed italiane.²⁵ Per questa ragione ci sembra di non poter condividere la tesi sostenuta nel 2002 da Lucy Riall,²⁶ alla quale sembra che il mito del Nizzardo sia stato costruito a tavolino principalmente da Gian Battista Cuneo con la breve biografia del 1850.²⁷ Garibaldi era ben noto fin dai tempi della partecipazione franco-inglese alla guerra per l'indipendenza uruguayana, tanto che ad essa, ancora presente al pubblico francese, si rifece nel 1850 Alessandro Dumas, rievocando un episodio della difesa di Montevideo nel 1843 riguardante Garibaldi, con un volumetto, *Montevideo ou une nouvelle Troie*, subito tradotto in italiano.²⁸ Ma, come vedremo, la storica inglese è tornata in seguito sulla questione con un ampio volume.

Riportando l'attenzione sugli anni di Garibaldi in America, resta da considerare l'altro aspetto della sua formazione, quello del legame con gli esuli vicini a Mazzini,

non meno importante del primo ai fini della operatività del mito, perché proprio Mazzini promuove la conoscenza del Nizzardo in Europa e ne determina il ritorno in patria nel 1848. In questo campo abbiamo l'ottimo lavoro complessivo di Romano Ugolini, che studia il percorso politico dell'Eroe dall'adesione agli ideali mazziniani nel 1833 alla partenza da Montevideo nell'aprile del 1848.²⁹ Ugolini ne disegna le tappe, con attenta utilizzazione delle ricerche di Salvatore Candido e con l'esame critico della bibliografia precedente. Nella ricognizione a tutto campo diventano una sequenza logica gli entusiasmi iniziali dell'esilio brasiliano, la partecipazione per mare e per terra alla lotta per l'indipendenza del Rio Grande, il trasferimento in Uruguay, con la connessa maturazione delle capacità militari e delle qualità politiche richieste dall'esercizio del comando. Sono le esperienze che gli permetteranno di muoversi in piena autonomia da Mazzini nell'intricata selva del 1848 italiano.

Il fascino di Garibaldi persiste negli anni grigi del secondo esilio, quando il suo nome comincia a diffondersi perfino nella lontana Asia con incredibile immediatezza. Di sorprendente precocità temporale sono, infatti, le testimonianze sulla diffusione del suo nome, fatte conoscere per l'India, il Giappone e la Cina nelle celebrazioni per il centenario della morte.

Garibaldi, simbolo insieme di amore per la patria e di amore per la libertà, paladino del movimento per l'indipendenza nazionale non solo dell'Italia, ma di tutto il mondo, esercitò una grande influenza sul nazionalismo indiano e sui suoi maggiori esponenti. Con lui si incontrò nel 1853 Azimulla Kan, in visita in Europa, e durante la rivolta anti-inglese del 1857 si ritenne possibile che andasse in India in aiuto degli insorti. Da allora sono frequenti gli scritti che lo riguardano, tra i quali, accanto a molte opere di carattere popolare di larga diffusione, spicca una biografia pubblicata nel 1896 da Lala Lajpat Rai. Il Mahatma Gandhi ne lesse le *Memorie* e ne lodò la sincerità, la giustizia e la moralità, Jawaharlal Nehru ne apprezzò le virtù.³⁰

Egual continuità di interesse si riscontra in Giappone.³¹ La prima menzione del nome di Garibaldi in un giornale risale al 1867, con la costatazione che molti visitatori si recano a Caprera "come se facessero visita a un santuario", mentre giungono notizie della sua presenza al congresso della pace di Ginevra e del dramma di Mentana. Da allora dell'Eroe si parla spesso. "Il famoso ed eroico generale Garibaldi", "il grande difensore della democrazia italiana", è menzionato più volte nel rapporto della missione Iwakura, che si trattiene in Italia nel maggio 1873, nel giugno del 1879 un importante giornale dell'opposizione riporta la notizia, poi smentita, della morte dell'Eroe, e ne rievoca i momenti salienti della vita in 7 puntate, mentre nel 1882 è il più autorevole giornale governativo che ne ricorda la vita in 4 puntate. Un'ampia biografia del 1887, rimasta fino agli anni recenti la più completa, contribuisce a diffonderne la fama, tanto che il Nostro apparirà anche in un romanzo storico. In un saggio del 1888 Chōmin Nakae sottolinea che Garibaldi è stato soprattutto il

combattente per i diritti del popolo senza mai interessarsi a cariche ed onori. Che l'amore per Garibaldi non sia cessato lo dimostra l'aggiornata biografia che nel 1987 Fusatoshi Fujisawa ha dedicato a *Garibaldi eroe in camicia rossa. Da leggenda a mito*.³² È scritta in giapponese e non siamo in grado di leggerla. Però, parlandone con lui, abbiamo compreso come l'Autore conosca ed abbia bene utilizzato i risultati degli studi recenti.

Per quanto riguarda la Cina, l'attenzione per Garibaldi è documentata in due momenti assai significativi della storia del paese. Nel 1902, dopo la sconfitta subita nella guerra dei Boxers, Liang Qichao, una delle maggiori personalità culturali e politiche del tempo, scrive un'opera di carattere storico, *Biografie dei tre eroi costruttori dello Stato italiano*, cioè Mazzini, Garibaldi e Cavour, additati come modelli da seguire nella lotta contro gli stranieri, e dedica un melodramma (rimasto incompiuto) alla vita sentimentale del Nizzardo. Quindi, nell'ambito del rinnovamento seguito alla proclamazione della repubblica nel 1912, nel 1917 risulta giunta alla settima edizione una breve biografia di Garibaldi in 13 capitoli, destinata agli studenti delle scuole superiori, corredata alla fine di ogni capitolo da un breve commento, in cui le azioni dell'Eroe sono confrontate con quelle dei contemporanei e indicate come esempi.³³

La fama del Nizzardo vola molto al di là dei luoghi in cui agisce. Anche nel mondo occidentale, su cui si è scritto parecchio, la ricerca documentaria può essere ancora estesa, magari integrata con le riviste, oltre che con i principali quotidiani italiani e stranieri, dai quali sono precisati fatti ed espressi giudizi che mostrano alti e bassi della popolarità di Garibaldi nel corso degli anni. Per l'Italia, allo stato attuale degli studi, ci sembra che non si sia data adeguata importanza alla formazione del mito, componente essenziale del suo fascino, dal 1848 motore della sua influenza negli Stati preunitari e dopo l'Unità. Andrebbero approfondite le resistenze alle sue iniziative dei moderati e poi della Sinistra parlamentare, le riserve delle sfere governative e militari, gli entusiasmi e le delusioni dei democratici, le oscillazioni dell'opinione pubblica di fronte ad iniziative azzardate, con un esame comparativo di vari giornali di diverso colore. Alcune aperture mostrano quanto possa risultare proficua questa indagine. Augusto Comba si è soffermato su *Garibaldi e i moderati nel 1848: cronache e commenti della stampa liberale*,³⁴ Cosimo Ceccuti in *Garibaldi e la stampa democratica fiorentina fra 1860 e 1870* ha esaminato la diversità delle posizioni nell'interno della Sinistra;³⁵ Paolo Moretti ha dato un rapido sguardo alla caricatura, mostrandone l'importanza.³⁶

Il Garibaldi italiano ed europeo ci richiama al giudizio sulle qualità militari che gli hanno permesso di confrontarsi vittoriosamente con grandi eserciti moderni: un argomento obbligato, che è stato affrontato, a nostro avviso, con equilibrio. Tralasciamo i numerosi approfondimenti relativi allo svolgimento dei fatti d'armi

dal 1848-49 alla campagna dei Vosgi, per i quali rimandiamo all'accurata bibliografia di Stefania Magliani.³⁷ In questa sede ci soffermeremo sui tentativi di interpretazione complessiva della sua personalità di comandante e sui rapporti con l'ambiente politico e militare in cui operò.

Diremo, a questo proposito, che gli studi promossi per la celebrazione del centenario hanno avuto come caratteristica la concretezza e l'aderenza alla realtà dei tempi in cui l'Eroe visse. Molto opportunamente, per esempio, è stato messo in evidenza come l'eccezionalità delle sue imprese si inserisca nella eccezionalità delle circostanze in cui agisce. A proposito della formazione che Garibaldi dopo l'armistizio Salasco fa peregrinare per varie regioni fino a Roma è illuminante apprendere che nel 1848-49 agiscono in Italia circa 350 bande di volontari, formate per lo più da borghesi, in grado di mantenersi, almeno in parte, a proprie spese o col contributo di patrioti ricchi.³⁸ La colonna garibaldina, con un nucleo di reduci da Montevideo, priva di risorse proprie, grava più di altre sul territorio, ma è accolta nei paesi attraversati con simpatia o con rassegnazione, più che con ostilità, perché è un portato diffuso del momento calamitoso attraversato dall'Italia. Non diremo che rientri nella normalità, ma certo è un dato di fatto con cui in quel momento non è possibile non confrontarsi.

Per una riflessione complessiva, merita una posizione centrale la misurata rilettura di Giorgio Rochat.³⁹ Dopo alcune considerazioni preliminari sui limiti del movimento nazionale che portò all'unità politica della penisola e sul problema militare del Risorgimento, Rochat nota che della rivoluzione nazionale Garibaldi fu uno dei principali protagonisti sia sul piano politico che sul piano militare. Mettendo al primo posto della sua attività in Italia il raggiungimento dell'unità e dell'indipendenza, egli divenne leale sostenitore della monarchia piemontese quando questa assunse il ruolo di guida del processo risorgimentale, e in vari momenti accettò per i suoi volontari una posizione subordinata, senza mettere in discussione il ruolo preminente dell'esercito regolare. Non sarebbe corretto definirlo, per questo, guerrigliero o capo partigiano. È, piuttosto, un comandante di formazioni irregolari, e la sua fu guerra di popolo nel senso limitato che essa ebbe l'appoggio delle minoranze urbane politicizzate. I suoi eserciti furono sempre formati da volontari autentici, che rappresentavano il meglio della borghesia emergente.

Rochat richiama l'attenzione su un fatto che deve essere sempre tenuto presente: in una guerra che non aveva ancora il carattere di massa e la dimensione tecnologica che si sarebbe realizzata dopo la metà dell'Ottocento l'alto livello culturale e l'entusiasmo dei volontari erano sufficienti a colmare l'approssimazione del loro addestramento militare, permettendo, anzi, di ottenere prestazioni impensabili per un esercito regolare, più disciplinato che motivato. Nelle operazioni belliche, poi, Garibaldi, sempre con forze largamente inferiori a quelle nemiche, seppe proporsi validi obiettivi di carattere politico, mirando a spianare la via all'esercito regio, o a mostrare all'Europa la persistenza della rivoluzione nazionale, o a consolidare

un'insurrezione popolare. Dando la priorità alle forze morali, sceglieva per ufficiali uomini di grande capacità, che gli permettevano di tradurre in atto i piani strategici, con uno straordinario adattamento alle circostanze. In conclusione, Rochat sottolinea la capacità di Garibaldi di proporsi sul campo di battaglia gli obiettivi politico-strategici più validi, la straordinaria efficacia dell'esecuzione, la decisione con cui porta avanti i suoi piani, impiegando abilmente truppe improvvisate, ma di alto morale, che configurano, ripetiamo, una guerra di popolo, in quanto espressione della minoranza che volle e realizzò l'unità nazionale.

Intorno a questa ricostruzione, da noi sintetizzata al massimo, ruotano importanti contributi, che mettono a fuoco i problemi in essa adombrati. Ne notiamo solo alcuni. Oreste Bovio e Ferruccio Botti si soffermano sul "generale". Il primo ne delinea la capacità di condottiero, facendone risaltare gli aspetti positivi, il secondo tratta di Garibaldi teorico e scrittore militare, esaminando attraverso i suoi scritti, con un giudizio sostanzialmente favorevole, come l'Eroe abbia concepito la guerra, come abbia visto la condotta generale di una guerra, come abbia inquadrato tattica e strategia, con quanta precisione abbia impartito le disposizioni per le operazioni, con quanta cura abbia cercato di procurarsi l'appoggio delle popolazioni.

Passando alla effettiva situazione delle forze armate regolari e irregolari nella penisola negli anni cruciali del Risorgimento, Filippo Mazzonis ha esaminato le caratteristiche dell'esercito italiano, Piero Del Negro ha confrontato le forme del reclutamento nell'esercito sabaudo dell'Ottocento e le teorie garibaldine sulla nazione armata, Sergio La Salvia ha ricostruito con ricchezza di dati i momenti dell'incontro e dello scontro per la questione di regolari e volontari tra il 1860 e il 1870, Lucio Ceva ha lumeggiato i rapporti tra il Nizzardo e le gerarchie militari piemontesi nel 1849 e nel 1859 e i contrasti per l'ingresso degli ufficiali garibaldini nell'esercito regolare subito dopo l'Unità.⁴⁰

Ci sembra che l'ampio ventaglio di contributi relativi a questo settore delinei in maniera convincente le ragioni delle scelte e delle rinunzie dell'Eroe durante la più che trentennale partecipazione alla vita dell'Italia preunitaria ed unitaria. Si sarebbe desiderata una maggiore attenzione alle iniziative più propriamente politiche di cui il "mito" fu il motore, ed ai rapporti con le varie forze della democrazia parlamentare ed extraparlamentare. Oltre alla riedizione di un datato volume di Spadolini,⁴¹ si registrano pochi approfondimenti.⁴²

Non è stato trascurato l'approccio all'aspetto sociale degli interessi del Nizzardo, alla difesa dei diritti delle nazionalità e della elevazione delle classi diseredate.

L'inizio di un'era di pace e di concordia tra i popoli e di progresso sociale Garibaldi l'attendeva dai governi, ai quali si rivolse ripetutamente, o, al più, dalla pressione di associazioni legalmente costituite, quale gli apparve nel 1871 l'Internazionale, di cui difese il programma e gli scopi in polemica col mazziniano Giuseppe Petroni e con l'amico Giorgio Pallavicino. "Io appartenevo all'Internazionale quando servivo

la Repubblica del Rio Grande e di Montevideo, cioè molto prima di essersi costituita in Europa tale società", scrisse all'amico, mostrando l'equivoco in cui cadeva attribuendo alla nuova associazione intenti vagamente umanitari. L'equivoco sul significato che andava assumendo la questione sociale non era solo suo. "Repubblica e socialismo sono una cosa sola... Il mio socialismo data dal 1828", aveva affermato nel 1867 con una simile approssimazione Victor Hugo, uomo di ben altro spessore intellettuale e frequentazioni culturali.

Sui rapporti con l'Internazionale, si è soffermato Litterio Briguglio, che segue l'evoluzione della sua visione del socialismo dalle giovanili influenze sansimoniane alla famosa frase del 1872 "l'Internazionale è il sole dell'avvenire", riportando i testi delle prese di posizione garibaldine e del dibattito innescato da esse.⁴³ Michele Sarfatti ha esaminato la sua partecipazione al Congresso della pace del 1867, collocandola nel quadro complessivo delle proposte che affiorarono nelle discussioni tra le varie anime del pacifismo.⁴⁴ Aldo Alessandro Mola, in un volume che presenta la figura dell'Eroe con un taglio originale, ha dedicato vari paragrafi a quella che definisce "la grande riforma" da lui vagheggiata nei rapporti tra il cittadino e il potere, nell'attuazione della giustizia sociale, nei confronti della Chiesa cattolica.⁴⁵

L'attenzione non si è rivolta solo ai tre nuclei forti del mito, della guerra e dei diritti umani. Nel 1982 furono coinvolti nelle manifestazioni per il centenario i più eminenti storici dell'Ottocento, a partire da Emilia Morelli (nostra indimenticabile presidente), Alessandro Galante Garrone, Aldo Garosci,⁴⁶ antichi studiosi della democrazia, e l'interesse per il Nizzardo non ha avuto soluzione di continuità. Sono stati precisati molti momenti della sua vita, dalle tumultuose vicende del 1849 alla ripresa dell'attività di marinaio mercantile nel Pacifico, e sono state riesaminate le molteplici manifestazioni della sua personalità, partendo dalla rivisitazione di temi tradizionali, con le prospettive nuove e i nuovi metodi auspicati da Grew.

Il rinnovamento degli studi è stato agevolato da un fatto: negli ultimi venticinque anni la bibliografia garibaldina si è arricchita di un grandissimo numero di inediti. "Il materiale raccolto –ha osservato Stefania Magliani– in relazione anche alla sua mole, tocca praticamente tutti gli aspetti della vita dell'Eroe: in alcuni casi senza nulla aggiungere a fatti già noti, in altri chiarendoli e approfondendoli, in altri ancora indagandone alcuni in larga parte inesplorati".⁴⁷

Per dare un'idea della mole di inediti apparsi negli ultimi anni la Magliani ricorda i volumi dell'*Epistolario* pubblicati nell'Edizione Nazionale. Ai primi 3, relativi agli anni dal 1834 al 1858 (editi tra il 1973 e il 1981), comprendenti rispettivamente 325, 334, e 302 lettere,⁴⁸ si sono aggiunti dal 1982 al 1992 quelli dal IV al IX (anni 1859-1864). Su 2.875 lettere e 218 documenti presenti in questi 6 volumi ben 1.290 lettere e 130 documenti sono inediti: una percentuale del 44,86 per cento. Una percentuale di poco inferiore risulta per i volumi X-XI (anni 1865-66) e XII (gennaio-dicembre

1867), editi nel 1997, nel 2002, nel 2006. Si intrecciano nelle lettere pubblico e privato. Ci si consenta un esempio. Nel 1866, durante le operazioni militari, Francesco Crispi raggiunge Garibaldi al quartier generale, e gli consiglia l'indirizzo ai trentini del 18 luglio (vol. X, p. 118); nel dicembre da Caprera l'Eroe si rivolge a lui come avvocato, perché si interessi dell'azione legale per la separazione da Giuseppina Raimondi (ivi, p. 280) e per incaricarlo di rivendicare degli oggetti di sua proprietà lasciati in casa del suo antico amico Vincenzo Deideri, ora deceduto, messi in vendita dall'erede (ivi, p. 282).

In altri casi, come in quelli del carteggio con la marchesa Pallavicino, moglie del martire dello Spielberg, e delle lettere a Speranza von Schwartz l'intreccio tra politica e privato vede la prevalenza del secondo.⁴⁹ Intanto continuano ad essere segnalate lettere provenienti da archivi e raccolte pubbliche e private (tra esse ricordiamo quelle dirette a Benedetto Cairoli),⁵⁰ non sempre effettivamente inedite. Ai fini dell'integrazione dell'*Epistolario*, con l'approfondimento della trama di rapporti politici e umani tessuta dall'Eroe, sono importanti le lettere indirizzate a lui, anch'esse numerose.

Sarebbe troppo lungo elencare i tanti apporti documentari. Basterà dire che i maggiori risultati sono emersi dalle ricerche effettuate presso il Museo Centrale del Risorgimento di Roma e presso il Civico Museo del Risorgimento di Milano.⁵¹

Non solo lettere e documenti costituiscono le nuove acquisizioni. È stato pubblicato per la prima volta nel 1982 in due edizioni, negli Stati Uniti e in Italia, l'ultimo romanzo di Garibaldi, *Manlio*, scritto tra il 1874 e il 1879, probabilmente rimasto privo dell'ultima mano.⁵² L'Autore si proietta negli anni avvenire. Il protagonista, vissuto a lungo nell'America del Sud tra mille avventure, rientra in Italia sul finire dell'Ottocento, è oggetto di accuse infondate che lo portano in prigione, ma, in fine, rinnovando la guerra contro l'Austria per le terre irredente, col suo eroismo dà all'Italia il dominio dell'Adriatico. Il romanzo vuole essere contemporaneamente l'auspicio dell'affermazione militare della nuova Italia e la riflessione sulle disillusioni della politica e le amarezze delle ingiustizie sociali.

A tutta l'opera di romanziere e memorialista è affidato un messaggio civile. Garibaldi (lo dichiara nella prefazione a *Clelia*) è spinto "a farla da letterato" innanzitutto da un'urgenza morale: ricordare all'Italia tutti quei valorosi che caddero per essa, e trattenersi colla gioventù italiana sui fatti compiuti e "sul debito sacrosanto di compire il resto accennando colla coscienza del vero le turpitudini e i tradimenti dei governi e dei preti". I romanzi, sfogo dei sentimenti e risentimenti degli anni che seguono Mentana, risultano troppo carichi di vis polemica e non gli danno né la fama, né i guadagni sperati.⁵³ Per il centenario sono tornati nelle librerie *I Mille* (1982, 2 edizioni), *Cantoni il volontario* (1988), *Clelia o il governo dei preti* (1990 e 2006).

Il Garibaldi narratore raggiunge maggiore efficacia nelle *Memorie*, che rivede e completa nel 1871-72, chiudendole con la campagna dei Vosgi. In questa redazione,

la definitiva, pubblicata dopo la sua morte, Garibaldi non si preoccupa di dare continuità al racconto, rinuncia agli episodi romanzeschi che abbelliscono le pagine di Dumas o della Speranza von Schwartz, si diffonde sulle battaglie, si sofferma sugli uomini, sui paesaggi, sui momenti che pensa possano interessare il lettore. In effetti, le *Memorie* hanno avuto grande fortuna, e in questi anni sono state più volte ristampate, anche in edizioni economiche.

L'impegno letterario ci fa domandare quale sia stata la sua cultura e quali siano state le sue letture. Sulla formazione, sulle vicende e sulla attuale consistenza della ricca biblioteca di Caprera abbiamo da poco l'accurato saggio di Tiziana Olivari, dal quale desumiamo che non risultano gli elementi necessari per individuare quali siano stati gli autori preferiti.⁵⁴

Con i libri trovati nella sua casa ci introduciamo nel quotidiano del romito di Caprera, nella sua operosità di agricoltore, nella sua famiglia.⁵⁵ Sulla famiglia dell'Eroe pazienti ricerche ci hanno dato notizie sicure.⁵⁶ Per quanto riguarda i discendenti, dopo i puntuali profili di Menotti e Ricciotti dovuti a Giuseppe Monsagrati,⁵⁷ due volumi, uno di Anita Garibaldi (Hibbert),⁵⁸ un altro miscelaneo curato da Zeffiro Ciuffoletti, Arturo Colombo e Annita Garibaldi Jallet, hanno acceso i fari sui tre figli della sposa brasiliana, sulle nuore dell'Eroe, sui nipoti Bruno e Costante, morti nelle trincee francesi all'inizio della Grande Guerra, su Sante, su Ezio e la moglie americana, sulla tradizione garibaldina nella Massoneria italiana;⁵⁹ altri saggi hanno richiamato l'uso politico di Garibaldi fatto dal fascismo e dagli antifascisti.⁶⁰ Tra documenti, testimonianze di contemporanei, ricordi personali, si sta avviando la tessitura di una trama assai delicata per le ripercussioni tuttora condizionanti del ricordo dell'Eroe.

La nuova occasione del bicentenario della nascita, nel momento in cui terminiamo la stesura di queste note, nel settembre del 2007, sta dando ulteriore slancio ad un'attenzione mai venuta meno: è significativo che la Magliani, nella preziosa rassegna già segnalata, abbia potuto elencare ben 811 titoli dal 1982 al 2002. È un numero notevole, considerando che, opportunamente, sono stati esclusi gli articoli dei quotidiani, le recensioni e le pubblicazioni esclusivamente di occasione, che gonfiano la bibliografia di Campanella. Sono registrati, naturalmente, gli articoli, anche brevi, delle pubblicazioni periodiche dedicate specificamente a lui, da *Camicia Rossa* alla rivista *"Garibaldi" Publicación anual*, edita dal 1986 a Montevideo, dai *Quaderni Storiografici dell'Istituto internazionale di studi Giuseppe Garibaldi* di Roma, apparsi dal 1987, alla rivista *Studi Garibaldini* ed ai collegati *Quaderni* del Centro Internazionale di Studi Risorgimentali-garibaldini, operante dal 2000 a Marsala.

Negli anni recenti sono stati ancora toccati filoni importanti. Tra l'altro, si è ritornato con altre sfaccettature sul mito garibaldino, senza, con nostra sorpresa, tener conto degli apporti in materia degli anni 1992-94. Citiamo anzitutto *Il mito di Garibaldi. La*

formazione dell'immaginario popolare nell'Italia unita di Rossella Certini,⁶¹ un volume di ispirazione sociologica che, nell'ipotesi di un "progetto ideologico e politico di fine Ottocento relativo al mito-Garibaldi", prende in esame cinque biografie di consistenza e tempi diversi, quelle di G. B. Cuneo (1850), di Alexandre Dumas (del 1860, ma considerata nella riedizione del 1882, dovuta alla morte dell'Eroe), di Giuseppe Guerzoni (anche del 1882), di Achille Bizzoni (1883), di Jessie White Mario (nel testo del 1887, rifacimento di quello del 1882): all'Autrice le cinque biografie appaiono "esemplari", in quanto "ognuna di esse si occupa di un aspetto particolare del mito agiografico, politico e propagandistico del Generale Garibaldi",⁶² ma, a nostro avviso, non possono avere avuto effetti proficuamente comparabili, e sono, infatti, valutate dalla Certini singolarmente. Tra l'altro, non sono esaminate le coordinate prezzo-tiratura, che sole possono orientare sulla penetrazione delle interpretazioni esaminate nei vari settori della società e il reale effetto sull'immaginario collettivo. Oltre tutto, riteniamo che edizioni e riedizioni promosse dalle case editrici rispondano alla disponibilità del mercato, non ad un "progetto" imposto non si sa bene da chi.⁶³

Ribadiamo la stessa opinione a proposito del corposo volume di Lucy Riall (600 pagine), apparso nel giugno del 2007.⁶⁴ In *Garibaldi. L'invenzione di un eroe*, la storica inglese sviluppa la tesi di cui abbiamo già fatto cenno. L'Autrice ripercorre la vita del Nizzardo utilizzando una ricca documentazione giornalistica, letteraria, artistica, col proposito di dimostrare che "se il fascino di Garibaldi fu il risultato di una precisa pianificazione da parte di leader politici, la sua creazione e la sua affermazione come eroe politico furono il prodotto di una vasta collaborazione, che richiese il coinvolgimento e la partecipazione del pubblico oltre che la direzione dal palcoscenico", in ossequio al desiderio, tipico dell'epoca, di eroi romantici, "e Garibaldi modellò la sua immagine politica per venire incontro a queste esigenze popolari".⁶⁵ Affermazioni, quelle della "precisa pianificazione" e del consapevole appiattimento da parte di Garibaldi della sua personalità sul modello imposto dalle esigenze popolari, che ci lasciano assai perplessi.

È egualmente recente un volume di Eva Cecchinato,⁶⁶ in cui sono esaminati la persistenza dello *spirito garibaldino* dalla smobilitazione dell'esercito meridionale al 1870-71, l'eredità del Risorgimento nelle biografie e nei racconti dei reduci garibaldini, il garibaldinismo dopo la morte dell'Eroe, tra irredentismo e sovversivismo, e nei primi decenni del Novecento, fino all'intervento nella Grande Guerra. Con l'amorosa rievocazione di personaggi minori l'Autrice porta alla ribalta popolari e borghesi, nobili e artigiani, analfabeti e letterati, spretati, donne, spiriti liberi e politici navigati, dando del mondo garibaldino un mosaico composito di aspirazioni, passioni, ideali, percorsi di vita.

Intanto, in attesa della pubblicazione degli atti dei congressi programmati per il 2007 e il 2008 e in parte già realizzati, fioriscono le mostre e i relativi cataloghi, spesso arricchiti da buone introduzioni.⁶⁷ Continuano a godere del favore del pubblico

le biografie, dal momento che nei venti anni che vanno dal 1982 al 2002 se ne contano oltre 30, in varie lingue.⁶⁸ Di quelle apparse da tempo, resistono agli anni il bel *Garibaldi* di Ridley (ripubblicato in inglese nel 2001), e l'accurato *Giuseppe Garibaldi. Biografia critica*, di Mino Milani (riofferto ai lettori nel 2006), entrambi scritti prima della ripresa degli studi partita dal 1982, e, perciò, in qualche parte superati.

Della grande messe di nuovi contributi abbiamo potuto tenere conto noi, nel nostro *Garibaldi. Battaglie, amori, ideali di un cittadino del mondo*.⁶⁹ Costretti a parlare in prima persona, diciamo con un certo imbarazzo, ma lo diciamo per confermare le considerazioni sul perenne fascino dell'Eroe, che il libro è stato accolto bene dalla critica e dal pubblico. Si sono succedute varie edizioni in Italia, hanno avuto successo le traduzioni in francese e in inglese.⁷⁰ In questa sede ci preme dire che la scorrevolezza della narrazione, che ne ha favorito la diffusione, non nasce da indulgenza all'agiografia o all'aneddotica. Il libro è rigorosamente documentato, e si avvale dei risultati degli studi degli ultimi decenni, integrati, dove è sembrato necessario, da ulteriori ricerche personali. Ci auguriamo di aver portato un contributo alla riflessione sulla presenza di Garibaldi nel mondo contemporaneo, attestata da una popolarità che non tramonta, perché fondata sui valori di libertà e di pace tuttora e sempre attuali, di cui l'Eroe fu difensore.

Notas

1. Citato in ANTHONY P. CAMPANELLA, *Garibaldi e gli Stati Uniti d'America*, in *Garibaldi generale della libertà* (Atti convegno internazionale, Roma maggio 1982), a cura di Aldo A. Mola, Roma, Ministero della Difesa, 1984, p. 635.
2. *Giuseppe Garibaldi e la tradizione garibaldina. Una bibliografia dal 1807 al 1970*, voll. 2, Ginevra, Comitato dell'Istituto Internazionale di Studi Garibaldini, 1971.
3. Si veda STEFANIA MAGLIANI, *Garibaldi e la tradizione garibaldina. Bibliografia 1969-2002*, Centro Internazionale di Studi Risorgimentali-Garibaldini, Marsala, *Studi Garibaldini*, Quaderno 3/4, 2003.
4. Dalla *Bibliografia* della Magliani cit risultano, tra il 1970 e il 2002, 8 biografie in italiano, 12 in brasiliano, 1 in inglese. Sul valore degli studi su Anita cfr. SALVATORE CANDIDO, *Il rivoluzionario Garibaldi (1831-1854)*, in *Giuseppe Garibaldi a dieci anni dal centenario della morte. Bilancio storiografico* (Atti convegno Roma novembre 1992) a cura di Gaetano Massa e Romano Ugolini, Roma, Istituto Internazionale di Studi Giuseppe Garibaldi, Quaderni storiografici n. 18, 1999, p. 23 sg.
5. RAYMOND GREW, *Garibaldi come soggetto di storia sociale*, in *Garibaldi generale della libertà* cit., p. 552.
6. Il lato debole delle considerazioni di Grew consiste nel legame esclusivo che lo studioso stabilisce tra il Nizzardo e il Risorgimento italiano. Limitando l'approccio alla sua presenza in Italia, tra obbedienza monarchica e proclamazione di idealità repubblicane, riesce difficile mettere a fuoco il ruolo che ebbe nella mobilitazione delle masse non solo italiane, come d'altra parte sottolinea Grew.
7. R. GREW, *op. cit.*, p. 553.
8. Ivi, pp. 554-556.
9. Ivi, p. 561 sgg.

10. FRANCO DELLA PERUTA, *Garibaldi tra mito e politica*, in *Studi Storici*, 1982, n. 1.
11. Roma, Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, 1984.
12. *Garibaldi generale della libertà*, cit.
13. *Garibaldi e il socialismo*, a cura di Gaetano Cingari, Roma-Bari, Laterza, 1984.
14. *Garibaldi cento anni dopo* (Atti convegno Bergamo maggio 1982), a cura di Aroldo Benini e Pier Carlo Masini, Firenze, Le Monnier, 1983.
15. *Garibaldi e la Sicilia nel 1860* (Seminario internazionale Palermo aprile 1983), in *Archivio Storico Siciliano*, 1983.
16. *Garibaldi e il filellenismo italiano nel XIX secolo*, Atene, Istituto Italiano di Cultura, 1985.
17. *Garibaldi e l'Europa. Impegno militare e prospettive politiche*, Stato Maggiore dell'Esercito. Ufficio Storico, Roma, 1983.
18. Ne ricordiamo alcuni riguardanti la Francia: MARINA MILAN, *Opinione pubblica e antigaribaldinismo in Francia: la querelle sull'Unità d'Italia (1860-1866)*, *Rassegna Storica del Risorgimento*, 1983, gennaio-marzo; PHILIPPE GUT, *Garibaldi et la France, 1848-1882. Naissance d'un mythe*, ivi, luglio-settembre 1987; JEAN-YVES FRETIGNÉ, *Le ragioni della popolarità di Garibaldi in Francia dal 1848 alla grande guerra*, in *In Europa*, 2007, n. 1.
19. Gli interventi sono riportati nel presente volume.
20. Firenze, Centro DI, 1982, voll. 2.
21. Lo sottolineò S. Candido in *Garibaldi e il suo mito* cit., p. 411 sg.
22. Si vedano IVAN BORIS, *Gli anni di Garibaldi in Sud America, 1836-1848*, Milano, Longanesi, 1970, e S. CANDIDO, *Il rivoluzionario Garibaldi*, cit. in nota 4, p. 24 sgg.
23. J. RIDLEY, *Garibaldi*, London, 1974; traduzione italiana Milano, Mondadori, 1975.
24. Ivi, pp. 744-45.
25. A. SCIROCCO, *Garibaldi e il suo mito nelle grandi riviste illustrate*, in *Nuova Antologia*, n. 2242, aprile-giugno 2007.
26. LUCY RIAL, *Storie d'amore, di libertà e d'avventura: la costruzione del mito garibaldino intorno al 1848-49, in Immagini della nazione nell'Italia del Risorgimento*, a cura di Alberto Maria Banti e Roberto Bizzocchi, Roma, Carocci, 2002.
27. GIOVAN BATTISTA CUNEO, *Biografia di Giuseppe Garibaldi*, Torino, 1850, ripubblicata recentemente con prefazione di Giovanni Spadolini, Milano, Mursia, 1974.
28. La traduzione. *Montevideo o una novella Troia*, uscì a Genova, centro del movimento democratico nel regno sardo, nello stesso anno 1850.
29. ROMANO UGOLINI, *Garibaldi, Genesi di un mito*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1982.
30. DONATELLA DOLCINI, *Lala Lajpat Rai, un Arya-Samaji di fronte a Mazzini e Garibaldi*, e GITA SRIVASTAVA, *Garibaldi and the Indian National Movement*, in *Garibaldi, Mazzini e il Risorgimento nel risveglio dell'Asia e dell'Africa* (Atti convegno internazionale Pavia novembre 1982), a cura di Giorgio Borsa e Paolo Beonio Brocchieri, Milano, Franco Angeli, 1984.
31. FUSATOSHI FUJISAWA, *L'immagine dei personaggi risorgimentali italiani e dell'Italia nel periodo Meiji*, e TAKAHARU MIYASHITA, *Garibaldi, Mazzini, Cavour: tre grandi del Risorgimento italiano visti dalla missione giapponese Iwakura (1873)*, in *Garibaldi, Mazzini e il Risorgimento*, cit; ATSUSHI KITAHARA, *Il mito di Garibaldi in Giappone*, in *Giuseppe Garibaldi e il suo mito*, cit.
32. Tokio, 1987.
33. GIULIANO BERTUCCIOLI, *Il melodramma incompiuto di Liang Qichao sugli amori di Garibaldi. Xianginigi (Storia degli affetti di un eroe)*, e SANDRO BORDONE, *Garibaldi e lo sviluppo della coscienza nazionale cinese alla vigilia del 4 maggio*, in *Garibaldi, Mazzini e il Risorgimento* cit.
34. *Garibaldi sul Lago Maggiore* (Atti convegno Sesto Calende settembre 1982), in *Novara*, 1983, n. 4.
35. *Garibaldi e la Toscana* (Atti convegno Grosseto settembre 1982), Firenze, Olschki, 1984.

36. *Garibaldi cento anni dopo*, cit.
37. Citata nella n. 3.
38. CARLO JEAN, *Garibaldi e il volontariato italiano nel Risorgimento*, in *Rassegna Storica del Risorgimento*, ottobre-dicembre 1982. Ben diversa sarà la situazione politico-militare nel 1859, quando i volontari saranno organizzati sotto il controllo dell'esercito piemontese, in vista dell'integrazione tra guerra regia e guerra di popolo, di grande importanza sul piano nazionale e internazionale: ANNA MARIA ISASTIA, *Il volontariato militare nel Risorgimento*, Roma, Stato Maggiore dell'Esercito. Ufficio Storico, 1990.
39. *Il genio militare di Garibaldi*, in *Garibaldi condottiero. Storia, teoria, prassi* (Atti convegno Chiavari settembre 1982), a cura di Filippo Mazzonis, Milano, Franco Angeli, 1984.
40. I saggi di F. BOTTI, F. MAZZONIS, P. DEL NEGRO, L. CEVA, S. LA SALVIA sono in *Garibaldi condottiero* cit.; il saggio di O. BOVIO è in *Garibaldi generale della libertà* cit.; altro saggio di L. CEVA è in *Giuseppe Garibaldi e il suo mito* cit.
41. *I radicali dell'Ottocento da Garibaldi a Cavallotti*, Firenze, Le Monnier, 1982.
42. Tra questi ricordiamo A. SCIROCCO, *Garibaldi "politico" e la Lega della Democrazia*, in *Clio*, 1983, n. 1.
43. *Garibaldi e il socialismo*, Milano, Sugarco, 1982.
44. *La nascita del moderno pacifismo democratico ed il Congrès international de la paix di Ginevra nel 1867. Con un'appendice di scritti garibaldini relativi al Congresso di Ginevra ed alla Ligue internationale de la paix et de la liberté*, Milano, Quaderni de Il Risorgimento, 1982.
45. *Garibaldi vivo. Antologia critica degli scritti con documenti inediti*, Milano, Mazzotta, 1982.
46. Ricordiamo in *Giuseppe Garibaldi e il suo mito* cit, l'esame complessivo della vita del Nizzardo a partire dal 1848 nelle relazioni di E. MORELLI, *Garibaldi nel processo unitario*, di A. GALANTE GARRONE, *Garibaldi e la politica italiana dal 1861 al 1870*, di A. GAROSCI, *L'ultimo Garibaldi 1870-1882*.
47. S. MAGLIANI, *Nuove prospettive di studio: gli inediti di Garibaldi recuperati dalla storiografia nel decennio 1982-1992*, in *Giuseppe Garibaldi a dieci anni dal centenario della morte* cit., p. 43.
48. Sui primi 6 volumi dell'Edizione Nazionale si veda. S. CANDIDO, *Il rivoluzionario Garibaldi (1831-1854)*, ivi, p. 17, nota 2.
49. *Lettere inedite di Giuseppe Garibaldi alla marchesa Anna Pallavicino*, a cura di Giovanni Praticò, Pavia, EMI, 1982; G. GARIBALDI, *Lettere a Speranza Von Schwartz*, prefazione di Natalia Aspesi, Firenze, Passigli, 1982.
50. GIOVANNA ARCANGELI-GIGLIOLA FIORAVANTI, *Il carteggio Garibaldi-Cairolì*, in *Rassegna degli Archivi di Stato*, 1984, n. 1.
51. *Documenti garibaldini nell'Archivio del Risorgimento. Parte generale*, a cura di Danilo Luigi Massagrande, Milano, Cordani, 1986; D. L. MASSAGRANDE, *Documenti garibaldini nell'Archivio generale delle Raccolte storiche del Comune di Milano*, in *Il Risorgimento*, 1997, n. 3.
52. *Manlio. Romanzo storico politico contemporaneo*, a cura di A. P. Campanella, Sarasota, International Institute of Garibaldian Studies, 1982; *Manlio. Romanzo contemporaneo*, a cura di Maria Grazia Miotto, Napoli, Guida, 1982.
53. MARZIANO GUGLIELMINETTI, *Garibaldi romanziere*, in *Garibaldi dopo i Mille*, a cura di Alessandro Galante Garrone e Cristina Vernizzi, Torino, Museo Nazionale del Risorgimento Italiano, 1983; D. L. MASSAGRANDE, *Una disavventura editoriale di Garibaldi. Lettere di Giuseppe Garibaldi nell'Archivio Marcora delle Raccolte Storiche del Comune di Milano*, in *Il Risorgimento*, 1990, n. 1 (riguarda il romanzo *Cantoni il volontario*); MILLY MARTINENGO, *Garibaldi narratore. Vicende editoriali e stato attuale dei manoscritti*, in *Il Risorgimento*, 1996, n.1.
54. *I libri di Garibaldi*, in *Cattaneo e Garibaldi. Federalismo e Mezzogiorno*, a cura di A. Trova-G. Zichi, Roma, Carocci 2004. Si veda anche GIOVANNI LUSERONI, *La biblioteca di Garibaldi*

- nella Labronica di Livorno, in *La Sicilia, Garibaldi, i Mille di Marsala: fonti, memorie e mito* (Atti convegno Marsala maggio 1997), Marsala, Città di Marsala, 1998.
55. Per la conoscenza della vita nell'isola possono essere utili ANTONIO FRAU-GIN RACHELI, *Garibaldi a Caprera. Bibliografia cronologica della vita privata di Garibaldi nell'isola*, Calasetta, Vert Sardegna, 1982; R. UGOLINI, *L'attività politica di Garibaldi nei silenzi di Caprera*, in *Miscellanea in onore di Ruggero Moscati*, ESI, Napoli, 1985. Poco aggiunge GIOVANNA SOTGIU, *I Susini, storia e documenti inediti. I rapporti con Garibaldi*, La Maddalena, Paolo Sorba Editore, 2005. Nel presente volume degli atti del congresso di Cagliari dell'ottobre 2006 si vedano ZEFFIRO CIUFFOLETTI, *Garibaldi, la natura, gli animali*, e MANLIO BRIGAGLIA, *Garibaldi e Caprera*.
 56. LORENZO CARATTI, *La genealogia di Giuseppe Garibaldi*, in *Rassegna Storica del Risorgimento*, ottobre-dicembre 1979; GIANLUIGI ALZONA, *Gli antenati liguri di Giuseppe Garibaldi*, Torino, Genesi Editrice, 2006.
 57. *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 52, Roma 1999.
 58. *Nate dal mare. Le donne Garibaldi: Anita, Costanza e Speranza*, Milano, Mondadori, 2003.
 59. *I Garibaldi dopo Garibaldi. La tradizione familiare e l'eredità politica*, Manduria-Bari-Roma, Lacaita, 2005.
 60. Tra i contributi recenti segnaliamo PIER GIORGIO FRANZOSI, *Garibaldi tra mito e storia nell'Italia umbertina e giolittiana*, MARIO ISNENGHI, *Usi politici di Garibaldi dall'interventismo al fascismo*, ARRIGO BOLDRINI, *Dal primo Risorgimento alla resistenza*, ELISABETTA LECCO, *Garibaldi nella letteratura scolastica per l'infanzia durante il fascismo*, tutti in *Garibaldi condottiero cit.*; SANTI FEDELE, *Tradizione garibaldina e antifascismo italiano*, in *Garibaldi e il socialismo* (Laterza) cit.; UGOBERTO ALFASSIO GRIMALDI, *L'utilizzazione del mito garibaldino ad opera del fascismo*, in *Garibaldi generale della libertà cit.*
 61. Milano, Unicopli, 2000.
 62. Ivi, p. 105.
 63. Ci sembrano degni di menzione anche G. MONSAGRATI, *Garibaldi e il culto vittoriano dell'Eroe*, in *Studi Storici*, 2001, n. 1, e ADRIANO VIARENGO, *Mito e politica. Lorenzo Valerio e Giuseppe Garibaldi*, in *Cattaneo e Garibaldi. Federalismo e Mezzogiorno cit.*
 64. Roma-Bari, Laterza, 2007.
 65. Ivi, p. XXXIII sg.
 66. *Camicie rosse. I garibaldini dall'Unità alla grande guerra*, Roma-Bari, Laterza, 2007.
 67. Segnaliamo, tra i principali, *Giuseppe Garibaldi tra storia e mito* (Firenze), a cura di Cosimo Ceccuti e Maurizio Degl'Innocenti, Manduria-Bari-Roma, Lacaita, 2007; *Garibaldi nell'immaginario popolare* (Genova), a cura di Franco Ragazzi, Genova, De Ferrari, 2007; *L'Italia di Garibaldi* (Vittoriano), a cura di Giuseppe Talamo, Roma, Gangemi, 2007.
 68. Le biografie elencate dalla Magliani sono 35, 22 italiane e 13 straniere. Di queste 6 sono in inglese (3 pubblicate negli Stati Uniti, 1 a Londra, 1 in Australia, 1 a Hong Kong), le altre sono rispettivamente 1 in spagnolo, portoghese, francese, polacco, ungherese, tedesco, giapponese. Sono numerose anche le biografie di Anita, più o meno romanzate, in italiano, in brasiliano e in inglese. Altre biografie di Garibaldi e di Anita sono state pubblicate recentemente.
 69. Roma-Bari, Laterza, 2001, seconda ediz. riveduta ivi 2004.
 70. *Garibaldi. Citoyen du monde*, Paris, Payot et Rivage, 2005; *Garibaldi. Citizen of the World. A Biography*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

ORIBE: NUESTRO CORIOLANO

Carlos Novello

INTRODUCCIÓN

Cuando se estudia un personaje, en este caso, Garibaldi, que tuvo actividad política y militar y, por lo tanto, enemigos o, en el mejor de los casos, adversarios, creemos que es conveniente estudiar la personalidad de quienes estuvieron a su lado y de su lado, así como, también, la de aquellos que fueron sus contrincantes.

Que un americano, por ejemplo, y decimos americano del sur, del centro o del norte de América, pretendiera estudiar la historia de Garibaldi sin conocer la historia de Italia y de Europa, sería tan aventurado como pretender estudiar o explicar la historia de Garibaldi sin conocer la historia de la ex América Ibérica, de Brasil, de Uruguay y de Argentina o del proceso histórico que culminó con la creación de la actual República Argentina.

Sabemos -y nos remitimos a artículos del autor publicados en números anteriores de "GARIBALDI"- que Garibaldi, en el Uruguay, luchó junto al gobierno de la Defensa de Montevideo.

El gobierno de la Defensa, también se sabe, era "colorado" y estaba peleando contra un ejército conformado por uruguayos y argentinos, comandado por el Brigadier General don Manuel Oribe, militar oriental de carrera, que fue derrocado, como se explica en el artículo, mientras ejercía su mandato como segundo Presidente constitucional de la República.



Manuel Oribe (Óleo de Eduardo D. Carbajal)

Cuando Garibaldi arribó a Montevideo procedente de Río Grande del Sur, en Brasil, la guerra civil iniciada por Rivera, primer Presidente constitucional y primer Presidente inconstitucional del Uruguay, incitado y ayudado por los franceses y por unitarios argentinos, ya se había convertido, además, en una guerra internacional.

Entonces, el gobierno de Montevideo tenía dos enemigos-que eran, naturalmente, también los enemigos de Garibaldi-: la tiranía de Rozas, en Buenos Aires, y Oribe, el Presidente derrocado, que se alió a Rozas.

Oribe, después de desarrollar brillantes campañas militares en favor del gobierno de Buenos Aires en las provincias interiores de aquella Argentina aun en formación, sentó su campamento en el Cerrito y, desde allí, sitió su ciudad natal.

Es lícito preguntarse, entonces, ¿quién era Oribe?; ¿por qué actuó como actuó?; ¿cuál era su personalidad?

Esto es lo que trataremos de explicar en este artículo, sin desconocer que, tanto este personaje como Rivera y otros que actuaron en estos escenarios sudamericanos, son muy difíciles de aprehender, como es difícil poder entrar en la época en que les tocó vivir y, sobre todo, poder ingresar a la mente de estos hombres, apartando lo más posible las reglas que rigen en nuestra sociedad actual.

UN POCO DE HISTORIA

La Patria, para Artigas, era la Banda Oriental, pero era, también, el solar grande: las Provincias Unidas del Río de la Plata y era América.

La América que buscaba sacudirse el torpe yugo español para avanzar como una sociedad nueva, como debió ser desde un principio, uniendo culturas y no destruyéndolas.

El artiguismo marcó a fuego a los orientales, insertándose en sus genes.

Fue la única revolución democrática que hubo en la América que se emancipaba.

Luego de la gran traición de Pueyrredón, el Director "Supremo" que, gobernando desde Buenos Aires con la habitual mentalidad monárquica que caracterizó a los gobernantes bonaerenses de entonces, para evitar la expansión de las ideas republicanas y democráticas-que ya se había trasladado a varias provincias argentinas-que sostenían Artigas y el pueblo oriental, en vil acuerdo con el Imperio luso-brasileño, regaló a ese Estado la Provincia Oriental, con Artigas, los orientales y todo.

Se quitaba un "problema" de encima, aun cayendo en el vituperio y en el desprecio de los patriotas americanos.

Gobernantes posteriores intentaron recuperar la Provincia que había dado a la Revolución de Mayo el primer triunfo de las armas americanas contra la dominación española, el 18 de mayo de 1811, en Las Piedras, al mando de Artigas, quien, contrariando las costumbres de la época, ordenó a sus soldados que tuvieran clemencia con el enemigo vencido.

En plena ocupación brasileña de la Banda Oriental, que ellos habían llamado "Provincia Cisplatina", un grupo de orientales, ayudados por el gobierno bonaerense, que sólo aspiraba a la reconquista de esta provincia que su antecesor había regalado sin pronunciarse jamás en contra del acto despreciable de Pueyrredón-cruzó el río Uruguay desde Argentina, para iniciar un levantamiento contra la ocupación brasileña.

Eran los "33 Orientales". Quizás fueran algunos más o algunos menos, pero ese número como los Mil de Marsala, tenía su significado.

Como estaban interpretando el sentir nacional, recibieron el apoyo del pueblo oriental, cuyas ansias de libertad se hubieran manifestado, de todos modos, de alguna otra manera.

El jefe de este grupo libertador, era Juan Antonio Lavalleja.

El segundo jefe, era Manuel Oribe.

Corría el año 1825 y el 25 de agosto, en el paraje de la Florida, fue proclamada la libertad de los Orientales del dominio brasileño y de cualquiera otro poder, declarando la intención de volver a la unión con las provincias argentinas, de las que formaban parte desde la época del Virreinato español.

No fue fácil hacer reconocer al Imperio brasileño que debía desprenderse de esta presa tan codiciada desde la época de los portugueses.

Para hacer entrar en razón al gobierno brasileño fue necesaria la intervención de Inglaterra.

Inglaterra no movía un dedo para favorecer al Estado Oriental, sino en defensa de sus propios intereses.

Recordemos: "Gran Bretaña no tiene amigos permanentes, tiene intereses permanentes".

Es que a Inglaterra le alarmaba el siquiera suponer que el Río de la Plata pudiera pertenecer a un solo Estado, lo cual habría podido significarle dificultades para su libre navegación, al transformarse en un río interno, con todas las imaginables consecuencias nefastas para su comercio.

El acuerdo se logró en base a lo que quedó establecido en la Convención Preliminar de Paz de 1828.

Por dicho acuerdo, bajo los auspicios de Inglaterra-que jamás reconoció ser "garante" del cumplimiento del mismo-se decidió la creación de un Estado independiente: la República Oriental del Uruguay, que tendría su propia Constitución, naturalmente, y mantendría su soberanía bajo la garantía de Argentina y de Brasil (!), durante un lapso de cinco años.

La primera Constitución uruguaya se juró el 18 de julio de 1830.

Era una constitución "liberal", para la época y marcó el inicio del Uruguay como Estado independiente.

A todo esto, Artigas permanecía en el Paraguay. ¿Exiliado? ¿Preso?

Decepcionado, en todo caso.

Y aquí nadie siquiera se animaba a mencionar su nombre, a nivel oficial.

El primer Presidente constitucional del Estado Oriental fue Rivera, quien había luchado junto a Artigas y luego se ofreció para entregarlo a sus enemigos.

Rivera luchó junto a los "farrapos" que se levantaron contra el Imperio brasileño y también luchó dentro de las filas de los imperiales.

Un típico "caudillo"; palabra proveniente del latín "cauda": el hombre que lleva la cola de sus adherentes voluntarios, que lo admiraban por su don de mando, por ser dadivoso, por ser naturalmente "inteligente", astuto, por saber resolver problemas sobre la marcha, con rapidez mental y obteniendo siempre el mayor provecho, tanto si ganaba, como si perdía en alguna contienda.

Con esa forma de ser y de pensar llegó a la Presidencia, lo cual no le hizo cambiar demasiado su forma de vivir.

Raramente se le encontraba en la sede del gobierno, en Montevideo.

Desempeñaba una especie de presidencia itinerante, haciendo más base en sus "pagos" de Durazno que en la capital.

Disponía de los dineros públicos como si fueran suyos; no porque fueran a parar a sus bolsillos, sino porque consideraba que, siendo ahora el caudillo-presidente, sus dádivas no podían menguarse.

Durante el irregular gobierno constitucional de Rivera, Lavalleja-el ex jefe de los "33 Orientales", su compadre, que había ejercido el poder en forma dictatorial desde el gobierno de la Florida, intentó en dos oportunidades, en 1832 y en 1834, derrocar a Rivera.

El mismo Lavalleja y sus amigos buscaron a tal fin el apoyo de los Oribe-Manuel y su hermano Ignacio-recibiendo de ellos esta respuesta: "los hermanos Oribe no desenvainarán sus espadas para derrocar a los poderes constituidos.

En 1833 Rivera designa a Manuel Oribe, quien ya había alcanzado el grado de Coronel Mayor y, luego, Jefe de Estado Mayor y Comandante General de Armas del Ejército de la República, como Ministro de Guerra y Marina. En 1835 es ascendido a Brigadier General.

El 1º de marzo de 1835 la Asamblea General designó-de acuerdo a lo establecido en la Constitución, -y por unanimidad-al Brigadier General Don Manuel Oribe como segundo Presidente de la República Oriental del Uruguay.

Rivera había cumplido sus 4 años de gobierno legal dejando el tendal en lo económico y no habiendo hecho nada que permitiese recordarlo como gobernante.

El Presidente Oribe cometió el error de designar a Fructuoso Rivera como Comandante General de la Campaña, con lo cual permitió que siguiera ejerciendo un poder, en el ámbito en el que mejor se desenvolvía-el interior del país-que pronto lo hizo convertirse en rival del gobierno legal, del que llegaba hasta a desconocer órdenes precisas que recibía de éste.

Oribe, apegado a las leyes, respetuoso del orden y de la organización institucional, decidió terminar con la peligrosa dicotomía que significaba, en la práctica, la existencia de dos gobiernos paralelos.

Destituyó a Rivera de su cargo de Comandante General de la Campaña.

Dicen que al recibir la comunicación de esta justa y legal decisión presidencial, exclamó:

“¡El gobierno se me ha sublevado!”.

En apenas dos años de gobierno, Oribe saneó las finanzas públicas, se ocupó de la enseñanza y creó la primera Universidad de la República.

Ejerció la presidencia dándole una orientación democrática, que se manifestó ante la libre actividad de los exiliados “unitarios” argentinos, que se expresaron sin ninguna limitación en Montevideo, por medio de sus publicaciones, en reuniones, etc., cuando, seguramente, sus ideas y su prédica no eran compartidas por el Presidente de la República.

En el interín, Francia, que presionaba a Rozas para recibir de su gobierno las mismas prebendas que ya había otorgado a Inglaterra, sumando a esto, además, para reforzar la excusa, la exigencia del pago de una deuda que el gobierno de Buenos Aires mantenía con ese país, bloqueó el puerto bonaerense.

Pero, para tener éxito, principalmente económico-pero también militar-en la empresa, necesitaba una base para su flota de guerra y para los navíos que tomara en Buenos Aires como presas del bloqueo, así como una plaza para la venta de navíos y mercaderías obtenidos mediante estos actos de piratería con visos de legalidad.

El puerto ideal para cumplir con esos requerimientos, era Montevideo.

Oribe se mantenía neutral y, por lo tanto, no permitía que Montevideo fuera utilizado con tales fines por los franceses.

Éstos, conocedores de las profundas diferencias surgidas entre el Presidente Oribe y el ex Presidente Rivera, no vieron solución más simple y efectiva para lograr sus propósitos que fomentar un golpe de Estado por parte de Rivera, con el fin de derrocar a Oribe y tener así el campo libre para llevar a cabo sus fechorías imperialistas.

Para ello buscaron, también, con el apoyo de los “farrapos” riograndenses, que no habían obtenido de Oribe el apoyo que pretendían, sino una actitud de neutralidad, políticamente correcta.

Así, Rivera, trayendo sus tropas a la Plaza Matriz, frente al Cabildo, donde funcionaban las Cámaras, después de destituir a Oribe, se hizo “elegir” como tercer presidente constitucional, cuando se había transformado, desde ese momento, en el primer presidente inconstitucional que tuvo la República.

Poco tiempo después, Rivera le declara la guerra a Rozas, “no al pueblo argentino”, decía, dando comienzo a la que se conocería como la Guerra Grande, que unificaba conflictos internos: rozistas “mazorqueros”, contra “unitarios”, en Argentina; “farrapos” contra imperiales, en Brasil; Rivera contra Oribe, en Uruguay,

transformándolos también en conflictos internacionales: la lucha entre dos Estados imperialistas: Inglaterra y Francia y entre Uruguay y Argentina, en una guerra inconcebible sin el apoyo de Francia al gobierno títere de Rivera.

Pero lo más importante era que había, también, una lucha por la independencia del Uruguay de la tiranía rozista que, continuando con la tradicional política de los gobiernos bonaerenses, intentaba incorporar la ex Provincia Oriental a la Confederación Argentina, como una provincia más, dependiente del centralismo de la capital argentina, pese al proclamado "federalismo" de Rozas.

Había una lucha entre un gobierno de mentalidad liberal, abierto a la influencia de las ideas liberales provenientes de Europa, que se expandían, a pesar de la proliferación de gobiernos tiránicos y absolutistas.

Esas ideas liberales hallaban en esta zona de América del Sur, un campo propicio para su difusión.

Rivera había sido dejado de lado y las nuevas ideas permeaban a un grupo de dirigentes políticos que se unía con naturalidad con el grupo de exiliados europeos que, como los mazzinianos, encontraron aquí la posibilidad de poner en práctica los ideales resurgimentales, oponiéndose a una dictadura como la de Rozas con su "mazorca", aludiendo a la unidad de los granos de un choclo, con el mismo sentido que el "fascio del littorio"-antecedente directo de las tristemente célebres SS hitlerianas.

Pero a Oribe, traicionado y humillado, no le quedaba otro refugio que ese régimen inhumano, si no estaba dispuesto a salir de América.

En él encontró acogida favorable por parte del tirano que, seguramente, vio en el gobernante derrocado la oportunidad de ampliar su imperio.

¿QUIÉN ERA MANUEL ORIBE?

Oribe nació en Montevideo el 26 de agosto de 1792.

Cuando Artigas venció a los españoles en Las Piedras, Oribe tenía 18 años.

La Banda Oriental que lo vio nacer era sólo una región del Virreinato del Río de la Plata, poblada por alrededor de 40000 personas dispersas por su territorio de suaves colinas salpicadas por elevaciones que no son más que cerros de pocos cientos de metros de altura y, dentro de las murallas de Montevideo, vivían alrededor de 10000.

Cuando murió, en 1857, el país era una República independiente, que había logrado sobrevivir a duras pruebas que pusieron en peligro su existencia como tal.

Su territorio, en esa fecha, estaba poblado por más de 22000 personas y Montevideo era ya una respetable ciudad, con más de 60000 habitantes.

Era el octavo hijo de doce que tuvieron un capitán español destinado a la Plaza de Montevideo y la mayor de las hijas del Gobernador de la ciudad.

Su padre falleció cuando él tenía solamente ocho años y su madre tomó a su cargo, con energía y determinación, el destino de sus hijos.

Por poco tiempo sirvió a las órdenes de Artigas, de quien era casi treinta años menor.

Lavalleja y Rivera, actores destacados de nuestra Historia luego de la derrota de Artigas, eran ocho años mayores que él.

Rozas, el tirano que lo acogió luego de su derrocamiento por parte de Rivera, tenía su misma edad.

SUS ORÍGENES

El día siguiente al de su nacimiento, el cura don Pedro de Pagola bautizó en la Iglesia Matriz de Montevideo, con el nombre de Manuel Ceferino a un niño que era "hijo legítimo de don Francisco Oribe, capitán del Real Cuerpo de Artillería, natural de Laredo, y de doña María Francisca Viana, natural y vecina de esta ciudad."

Su madre era hija del Mariscal José Joaquín de Viana, primer Gobernador de Montevideo, y sobrina de don Francisco de Alzáibar, importante personaje que tuvo tanto que ver con la ciudad, desde su fundación.

Los Oribe eran de origen vasco. Las Provincias Vascongadas eran las de mayor densidad de población de toda España; población que debía vivir en tierras pobres, divididas en pequeñas propiedades, bajo el régimen de mayorazgo.

Tenían una amplia capa de nobleza menor, con grandes dificultades económicas para poder mantener su rango.

La emigración interna en busca de oportunidades fue una constante, así como su aporte humano a los ejércitos reales y a la colonización, por medio de clérigos y funcionarios, que poseían una aceptable cultura, una firme religiosidad y un particular sentido tradicionalista.

De esta estirpe eran los Oribe, los Viana y los Alzáibar.

Don Francisco de Oribe y de las Casas, padre de Manuel, era un militar español, como vimos, originario de Laredo, un puerto fortificado de la Provincia de Santander, con una población de larga historia guerrera.

El escudo de la familia: tres estrellas de oro de ocho picos sobre campo azul, pertenece, según los especialistas, al primer período heráldico de la Región, que se gestó entre los años 1100 y 1250.

Don Francisco era militar de escuela en el arma de artillería-particularmente aristocrática en la época, debido a los estudios que demandaba-y fue destinado al Río de la Plata en el año 1775.

Participó en la lucha contra los portugueses en San Pedro de Río Grande hasta 1777, cuando el tratado de San Ildefonso solucionó el pleito fronterizo entre España y Portugal en América. El Real Cuerpo de Artillería donde prestaba servicio el oficial Oribe, permaneció algún tiempo en Maldonado para pasar después a Buenos Aires donde establecerá su cuartel en el Retiro.

A comienzos de la década de los ochenta del siglo XVIII una parte del Cuerpo pasará a prestar servicios en Montevideo, donde don Francisco Oribe permanecerá casi 20 años.

Aquí formará su hogar y alcanzará alta graduación en su carrera militar.

En 1790, con el grado de Capitán, aparece en los libros de la revista del Real Cuerpo de Artillería de Montevideo, teniendo a su mando la primera compañía que tiene "un parque contra la muralla, cerca del Portón Nuevo".

Referencias posteriores lo presentan participando en los trabajos de fortificación de la Plaza y en distintas comisiones en la circunscripción de la ciudad, que sigue creciendo al amparo del comercio y de la riqueza de la región y tiene ya, en 1778, más de novecientas casas.

En 1798 es ascendido a Teniente Coronel.

En 1800 se produce un hecho fundamental en la carrera militar de don Francisco Oribe, cuando, por una Real Orden, se decretó su traslado a Lima, como Comandante de aquella Plaza que fue siempre, junto con México, para los españoles, las dos grandes capitales de la América Hispana.

Este traslado a Lima de su padre, culminando una carrera militar, debe haber marcado en gran manera a la familia y, muy especialmente, a Manuel, para quien su padre era un referente principal.

Pero, a menos de un año de su estancia en Lima, el padre fallece, debiendo la familia emprender su retorno a Montevideo.

Este detalle de la trayectoria militar del padre de Oribe, lo traemos a colación porque la imagen de aquel hidalgo español, como dice José de Torres Wilson, de una España pre-borbónica, de profundas convicciones cristianas, unidas en su misma raíz a un sentido de orden y de autoridad militar, cuya más plena realización vital era la carrera de las armas, está unida también a un sentimiento aristocrático, profesional, de clase, que no significaba privilegios, sino deberes para con Dios, para con la Patria y para con el Rey, personificación éste del Estado.

Estos conceptos esenciales estarán unidos a la personalidad de Oribe durante toda su vida, aun después que el vendaval de la revolución hubiese arrasado con el mundo que le dio origen.

LA MADRE

Doña María Francisca de Viana y Alzáibar no tenía menos prosapia en su tradición familiar que la de su marido.

Tenía 23 años cuando se casó con don Francisco Oribe, catorce años mayor que ella.

De esa unión nacieron doce hijos: seis hombres y seis mujeres, que se emparentaron con el patriciado oriental.

Doña María Francisca enviudó a los cuarenta y un años.

Volvió, como vimos, con su prole luego de la muerte de su esposo en Lima y adoptó funciones tutelares respecto a sus hijos, transformándose en digna heredera de su madre, a quien se conocía en su época como "La Mariscala".

Murió después de finalizada la Guerra Grande, con más de noventa años, habiendo sido durante toda su vida un referente ineludible en la vida de la familia.

Con esta fuerte presencia materna, el hogar de los Oribe tendrá un sólido arraigo en estas tierras americanas.

La historia de los Viana repite, superándola en dimensión, la trayectoria de los Oribe: también ellos, como los Zabala, los Alzáibar y los Achucarro, con quienes estaban estrechamente vinculados, provienen de la nobleza del país vasco.

Don José Joaquín de Viana nació en 1715 en Lagrán, provincia de Álava, de familia noble, cuya ascendencia algunos vinculan hasta con el Cid Campeador.

Su hermano, el marqués de Viana Alegre, desempeñó altos cargos en México: participó activamente, a las órdenes del Duque de Alba, en las guerras de Italia, derivadas del advenimiento de los Borbones al trono hispánico, con comando superior en acciones de entidad, mereciendo en algunas de ellas especiales felicitaciones del rey.

Probablemente gracias a la influencia de Alzáibar en la Corte de Madrid, a mediados del siglo XVIII fue destinado al Río de la Plata. Ubicaba así en la recién creada gobernación de Montevideo a una persona que ya estaba vinculada con él por lazos familiares.

Don José Joaquín llegó a Montevideo en momentos en que, en la jurisdicción de la naciente ciudad recrudecía la lucha contra los indígenas.

Trató de suavizar, en esa instancia, la durísima orden del Gobernador del Río de la Plata, don José de Andoanegui-otro vasco-de "pasar a cuchillo a todos los varones mayores de doce años" porque, agregaba, "el verdadero bautismo de los indios era el de sangre".

Digno ejemplar de los colonizadores españoles.

Viana luchó en la Guerra Guaranítica como segundo jefe del gobernador, rindiendo el pueblo de San Lorenzo, último baluarte de los indígenas y dio muerte-se dice que en combate singular-al famoso jefe guaraní Sepé Tiaragü.

En estos tiempos el nombre del futuro mariscal aparece vinculado a la fundación de las poblaciones de Salto y de Maldonado.

Viana ocupó la gobernación de Montevideo en marzo de 1751 y permaneció en el cargo hasta 1764.

Vuelve a ocupar la gobernación de Montevideo durante otros dos años, desde 1771 hasta 1773.

Durante los 15 años en que desempeñó la gobernación de Montevideo, el Mariscal Viana sostuvo con celo y energía los derechos administrativos y judiciales de

Montevideo frente a la autoridad de Buenos Aires, llevando en varias oportunidades sus protestas ante el rey y ganando todas las instancias.

Durante su gobierno la población de Montevideo se duplicó en nueve años, triplicándose la riqueza ganadera.

Construyó fortificaciones en Casupá y en Santa Lucía.

Esta exitosa gestión lo consustanció con el naciente espíritu localista de la ciudad, del que se constituyó en el primer representante notorio.

En este ambiente material y espiritual se crió Manuel Oribe.

Estirpes de hidalgos, con mucha historia y pocos medios en su tierra de origen, hicieron de su prosapia un signo muy conciente de real y efectiva distinción en la nueva sociedad que se gestaba a orillas del Plata, de la que eran fundadores y de la que se sentían los primeros en jerarquía.

Cuando nació Manuel Oribe, el Mariscal, su abuelo materno, ya había fallecido hacia más de diez años, pero en el ambiente familiar se mantenía muy presente el sonado matrimonio con doña María Francisca de Alzáibar, que había constituido un episodio de gran resonancia en la vida social del Montevideo de los primeros tiempos.

Para ese acontecimiento, numerosos regalos habían llegado desde Buenos Aires, que fueron transportados en dos lanchas.

En este ambiente de aristocracia, con un relativo nivel cultural, que se iba respaldando con la sucesiva posesión de bienes materiales en estas tierras, ambiente celosamente conservado por la tradición familiar, se fue desarrollando la niñez de Manuel.

Todo esto, apoyado por las dignidades y grados militares que habían ganado los miembros más conspicuos de la familia: abuelo, padre, tíos, primos y, en el seno de su hogar, por la autoridad omnipresente de su abuela, "La Mariscala", y de su madre, que, seguramente, abrumaron al pequeño, haciéndolo sentir apartado del común de los niños de su edad.

Definido tempranamente por la carrera de las armas, es muy posible que hubiera continuado los pasos de su hermano Tomás, ocho años mayor que él, habiendo sido enviado a España, a estudiar en la Real Academia de Artillería de Segovia.

Cuando se acercaba a la edad en que hubiera debido realizar esos estudios, comenzaron a sucederse en España y en América, una serie de hechos que distorsionaron esos planes.

Las invasiones inglesas al Río de la Plata de 1806 y 1807 conmovieron la apacible vida del virreinato, que se alzó en defensa del orden hispánico, que consideraba como propio.

Montevideo, que había surgido como plaza fuerte para contener el avance portugués en la región, había crecido y prosperado como puerto rival de Buenos Aires, sobre todo luego de la Cédula de Libre Comercio de 1778, que lo habilitaba para comerciar directamente con España.

El natural localismo que surgió en una ciudad que podía no depender del puerto de Buenos Aires, fue acrecentado por la presencia inglesa que, a las ventajas de comerciar directamente con la metrópolis-licita e ilícitamente-sumaba la posibilidad y la tentación de poder comerciar con la principal potencia del mundo.

También estaba presente la rivalidad, siempre promovida por España, entre los nacidos en su territorio y los descendientes de españoles nacidos en América.

A la conmoción producida por estos hechos, se agregó la noticia de la invasión napoleónica a España, poniendo en seria crisis a su monarquía.

Comenzaron a llegar al Río de la Plata emisarios de Napoleón, de la Junta de Sevilla y de la Corte portuguesa, cada uno de los cuales, con sus intrigas, quería sacar partido para sus representados.

El virrey interino, Liniers, héroe de la lucha contra los ingleses, pero francés de nacimiento, resultó sospechoso de querer entregar estos territorios a José Buonaparte, pasando el Gobernador de Montevideo, Francisco Javier de Elío a convertirse en el portaestandarte del legitimismo español.

El 21 de Septiembre de 1808, un cabildo abierto resolvió, en Montevideo, "obedecer, pero no cumplir" las órdenes del virrey Liniers e instalar una Junta de Gobierno, como las que se habían creado en España para luchar contra los franceses.

La crisis había alcanzado de pleno a América y a la región.

El joven Oribe veía cómo se desmoronaba el régimen jerárquico al que él y su familia estaban firmemente adheridos.

La considerada primera Junta de Buenos Aires, siguiendo los pasos de la de Montevideo de 1808, juró, el 25 de mayo de 1810, fidelidad al monarca español Fernando VII.

Artigas, en sus Instrucciones a los representantes del pueblo oriental, que debían actuar en el Congreso Constituyente de 1813, establecía ya que "primeramente se declarará la independencia absoluta de estas provincias con respecto a la Corona de España y a la familia de los Borbones".

Estos fueron los representantes que, arbitrariamente, no fueron aceptados por las autoridades de Buenos Aires.

El gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata recién proclamó formalmente su independencia en el Congreso de Tucumán, el 9 de julio de 1816.

El gobierno de Montevideo desconoció a la Junta de Buenos Aires de 1810, creando entre los sectores dirigentes de la Banda Oriental, en especial, entre los de mentalidad militar, como era el caso de los Oribe, un dilema de fidelidad difícil de resolver.

Cuando el gobierno de Montevideo bloqueó con su escuadra el puerto de Buenos Aires-recordemos que aquí estaba asentada la escuadra española- los militares y marinos de la familia de los Oribe-Viana tomaron el partido de su ciudad, por considerarlo la prolongación más legítima del orden constituido.

Pero, posteriormente, las actitudes arbitrarias y poco inteligentes de los gobernantes españoles de Montevideo, que establecieron impuestos confiscatorios para obtener recursos y hasta llegaron a colocar una horca en la Plaza Matriz, para amenazar a quienes se oponían a estas medidas, comenzaron a provocar dudas y reacciones entre quienes, en un principio, los apoyaron.

Mientras tanto, en la campaña oriental, a medida que aumentaban las arbitrariedades de los "regentistas" españoles, se iba creando el clima propicio para la adhesión al "juntismo" de Buenos Aires.

Un momento decisivo de este cambio de actitud, fue cuando José Artigas, entonces segundo jefe de la guarnición de la Colonia del Sacramento y fiel, hasta entonces, al gobierno de Montevideo, se pone a las órdenes de la Junta de Buenos Aires, en febrero de 1811.

Solamente tres meses después, le dará a la Junta la primera victoria americana contra las fuerzas españolas, el 18 de mayo de 1811, en Las Piedras, cerca de Montevideo.

En mayo de 1811 se establecerá el primer sitio a Montevideo.

La lucha era contra los "godos" o "chapetones" españoles, pero pronto fue, también, contra algunas actitudes del gobierno de Buenos Aires, que ya estaba gestando un armisticio con las autoridades españolas de Montevideo, desconociendo los intereses y la opinión de los orientales que, decepcionados, y fieles a sus principios, luego de la firma de este "armisticio" el 20 de octubre de ese año, provocaron el episodio extraordinario del llamado "Éxodo del pueblo oriental", que abandonó sus "pagos" y se retiró al Ayuí, del otro lado del río Uruguay, siguiendo al Jefe que había elegido democráticamente: José Artigas.

A este hecho, sus protagonistas con una crudeza más acorde con la realidad, denominaron simplemente "la redota", la primera derrota sufrida a causa del contubernio establecido entre la Junta de Buenos Aires y los españoles de Montevideo.

Un año después, en octubre de 1812, las avanzadas artiguistas, al mando de José Culta, aparecieron en la loma del Cerrito, a las que se les unieron, tres semanas más tarde, las fuerzas comandadas por Rondeau, provenientes de Buenos Aires.

Comenzaba el segundo sitio del baluarte hispano, demostrando la inútil traición que significó el armisticio pactado a espaldas de los orientales, un año antes.

Ese fue el momento en que los Oribe pasaron al bando juntista.

UNA ROMANA ACTITUD

Como otra Cornelia rediviva, después de tantos siglos, en tierras americanas, a fines de ese año 1812, doña María Francisca Viana de Oribe, acompañada por sus

hijos Manuel e Ignacio, se presentó en el campamento del ejército sitiador para ofrecer los servicios y las vidas de los dos jóvenes a la causa de la patria.

Su bautismo de fuego se produjo pocos días más tarde, el 31 de diciembre, cuando las tropas de la Plaza, en un intento de romper el asedio, son derrotadas por los patriotas en los campos del Cerrito.

El 7 de enero de 1813, la madre se dirige por nota al General en Jefe del Ejército, Rondeau, en los siguientes términos:

"Exc.mo Señor: Doña Francisca Viana de Oribe, madre de don Manuel y de don Ignacio Oribe, hace presente a V. E. que, contando con la larga lista de sus ascendientes porción de militares cuyo valor y conocimientos han sido benéficos a la Provincia, no ha podido desentenderse jamás de inspirar a sus hijos una noble emulación de imitar sus virtudes.

Reducida por su numerosa familia a vivir dentro de la plaza enemiga, donde tenía sus propiedades, no ha querido, por más esfuerzos que hicieron los contrarios, se enrolase en el catálogo de los opresores de América, el apellido de los Oribe.

Ellos se hallan en las legiones de la Patria y unidos con ella el 31 del pasado, han cooperado a sus glorias. En esta virtud elevo la presente solicitud para que vaya informada al Superior Gobierno, a fin de que puedan ser condecorados sus hijos con el empleo honorífico de subtenientes sueltos de artillería, cuerpo que, a más de adaptarse a sus inclinaciones, es análogo a desplegar por grados los conocimientos que tienen y adquirirán en lo sucesivo. Dios guarde a V. E. muchos años.

Cuartel General en el Cerrito, enero 7 de 1813. María Francisca Viana de Oribe".

Al abandonar el orden "regentista", descalificado por sus propios actos, la primera preocupación de esta familia, amante del orden, es instalarse "jurídicamente" en el nuevo orden -ahora reconocido como válido- de la autoridad de la Junta de Buenos Aires, a la que consideraban heredera del poder de los virreyes.

Aceptados en el ejército por la Junta, se dispone que Manuel e Ignacio Oribe pasen a cursar estudios como cadetes, en la Escuela de Matemáticas de la capital, para optar por el grado de subtenientes de artillería.

Con el grado de Subteniente 2º del Regimiento de Artillería, Oribe regresa al sitio de Montevideo, donde comenzará a vivir el contraste entre su modo ordenado y regular de concebir la guerra y la tumultuosa realidad de los paisanos alzados en armas que fueron lanzados a la lucha por la revolución, en el medio rural.

Encontró, dentro del propio bando patriota las diferencias entre dos mundos distintos: el del ejército regular, dependiente de Buenos Aires, con sus mandos y cuadros jerárquicamente organizados, y el de las milicias gauchas orientales, tropa irregular

de vecinos y hombres sueltos, sólo disciplinados por la firme conducción de Artigas, ampliamente consentida por sus paisanos.

Ya las dos tendencias internas del bando patriota: el que dependía de Buenos Aires y el de las milicias orientales, habían empezado a adquirir matices ideológicos.

Artigas había exigido "que la soberanía particular de los pueblos sea precisamente declarada y ostentada como el objeto único de nuestra revolución".

El rechazo, absolutamente irregular, de los diputados orientales enviados a la Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que se reunía en Buenos Aires, agregado al fracasado intento de acuerdo entre Artigas y Rondeau en un nuevo Congreso Oriental, reunido en diciembre de 1813 en la Capilla Maciel, determinaron que la ruptura se concretara en los hechos: el 20 de enero de 1814 Artigas se retira con sus tropas del segundo sitio de Montevideo.

Oribe no tuvo dudas en cuanto a la actitud a tomar: permaneció con el ejército sitiador.

Los reclamos de Artigas debieron parecerle una formal insubordinación, que él consideró solamente desde el punto de vista militar. Artigas, además de militar, era un estadista.

Cuando cayó Montevideo, Carlos María de Alvear entró en la ciudad con su ejército bonaerense.

Oribe había sido ascendido a Teniente 1º del Regimiento de Granaderos y, pocos días después, nombrado ayudante del nuevo gobernador de la ciudad, Miguel Estanislao Soler.

Alvear actuó en Montevideo como en una plaza enemiga, desconociendo los términos del armisticio celebrado para su rendición.

El saqueo sistemático de los bienes públicos y privados, así como el tratamiento brutal con la población civil, hará que Oribe, cuando a fines de febrero la Plaza es entregada a las tropas artiguistas, decida permanecer en ella, quedando bajo la autoridad del Jefe oriental.

Ascendido a capitán del flamante Cuerpo de Artillería por el gobernador militar de Montevideo, Fernando Otorgués, Oribe entrará entonces en contacto directo con aquel mundo rural que, dinamizado por la revolución, irrumpía tumultuosamente en la capital.

Como vimos, el Director "Supremo", Pueyrredón, entregó la Provincia Oriental al Imperio de Brasil.

Cuando, en 1822, el Imperio de Brasil se separó de Portugal y, desilusionados, muchos de los que habían apoyado al invasor cuando llegó a disfrutar del regalo del gobierno bonaerense, previendo beneficios que después no se concretaron y ante la división del ejército de ocupación en dos: brasileños y portugueses, comenzó a actuar la sociedad secreta de los Caballeros Orientales, en cuyas filas ingresará Oribe para buscar el camino hacia "la libertad de la Patria".

Esta Sociedad era de carácter masónico.

Oribe seguramente tenía conocimiento de la Masonería a través de su tradición familiar, pues su abuelo, el Mariscal, había sido masón. Ello avalaría una decisión de Oribe en ese sentido, al haber estado respaldada por la tradición de su propia familia, a la que se sintió siempre tan ligado.

Los fines de esta Sociedad eran los de reincorporar la Provincia Oriental al seno de las demás que integraron el antiguo Virreinato del Río de la Plata.

Se hacen dueños del Cabildo en 1823 e inician una gradual campaña de desobediencia a las autoridades ocupantes.

Las autoridades de Buenos Aires, si bien querían incorporar nuevamente la Provincia Oriental, sobre todo ahora que ya no estaba Artigas a su frente, sabían que la consecuencia inmediata de esta reincorporación sería la guerra con el Brasil, por lo cual, le daban largas al asunto.

Entonces el Cabildo, cara visible de la Sociedad de los Caballeros Orientales, decidió iniciar las hostilidades para forzar una definición por parte de Buenos Aires y las demás provincias.

Lavalleja fue designado para asumir el mando, dadas su experiencia militar y su condición de caudillo rural, indispensable para obtener el apoyo de la campaña. En su ausencia, Oribe asumió el mando. En 1823 las acciones militares promovidas por el Cabildo culminaron con una victoria de Oribe sobre Rivera-que luchaba a las órdenes del Imperio-en Casavalle.

Oribe es ascendido a Teniente Coronel por el Cabildo montevideano

En 1824, retiradas las tropas portuguesas, Lecor, el "Barón de la Laguna" entra a Montevideo iniciando la plena dominación brasileña.

La reacción comenzó por parte de los exiliados orientales en Buenos Aires, culminando con el desembarco, el 19 de abril, en la Agraciada. El apoyo que encontró entre la población este pequeño grupo, al frente del cual venía Lavalleja, siendo Oribe su segundo jefe, demuestra que el ambiente para comenzar la lucha contra los brasileños ya estaba pronto.

En apenas dos meses de lucha los patriotas lograron expulsar a los brasileños de prácticamente todo el territorio, al punto de poder formar un gobierno provisorio en la Florida.

Ante los éxitos de Lavalleja, Rivera se une al movimiento, cambiando nuevamente de frente.

Este retorno de Rivera provocó un éxito de las armas patriotas: en septiembre de 1825, mediante una típica acción de guerrillas, obtuvo sobre los brasileños el triunfo de Rincón, reafirmado el 12 de octubre por Lavalleja, con su triunfo de Sarandí.

Los orientales, solos, logran estos triunfos y, ante ellos, el Congreso de Buenos Aires proclama la reincorporación de la Provincia Oriental, provocando que en

septiembre el Imperio declare la guerra a la Confederación Argentina, que se prolongó hasta agosto de 1828, cuando se firmó la Convención Preliminar de Paz.

Durante estos acontecimientos, la figura de Oribe se va perfilando como la de uno de los jefes militares más destacados de nuestro país y de la región.

En Sarandí es ascendido a Coronel. Fue en Ituzaingó el encuentro más importante de la guerra contra Brasil que dio otra muestra de su carácter:

Al frente de sus tropas, vestido de gran gala, como lo hacía siempre cuando iba al combate, debió presenciar el desbande de sus tropas ante las descargas de la artillería brasileña. Muerto su caballo por la metralla enemiga, e instado por su ayudante a ponerse a cubierto, reacciona de acuerdo con su carácter: en un impulso de indignación se arranca sus charreteras arrojándolas al suelo con violencia. Este acto hace que sus soldados detengan su huida y se vuelvan contra el enemigo, recuperando el terreno perdido.

Esta personalidad fue la que debió sufrir la humillación de verse derrocado, en 1836, después de haber sido electo legalmente Presidente de la República.

CORIOLANO

Los Volscos eran un pueblo de origen osco-umbro que, desde el siglo V antes de N.E. habitaba en Italia la zona entre Velletri y Formia.

Los Oscos eran una antigua población de la región de Campania, que constituyó la federación de Capua, Nola y Nocera. Fueron fieles a los Romanos hasta que tuvo lugar la batalla de Canne, una antigua localidad sobre la ribera del río Ofanto, en la Puglia, entre Romanos y Cartagineses, en el 216 antes de N. E..

A partir de entonces, los Oscos se aliaron con Aníbal y cumplieron en esa zona de Italia una función mediadora entre la cultura griega y la latina. Una de las principales ciudades de los Volscos fue Corioles, contra la cual aquella Roma primitiva luchó en repetidas oportunidades.

El general romano Caio Marzio fue el mayor enemigo de los Volscos, encabezados por Tullio Aufidio, su general más famoso.

Luego de obtener brillantes victorias contra los Volscos enemigos, Caio Marzio es candidato indiscutido para ocupar el cargo de Cónsul pero, para que el Senado pueda avalar su nombramiento, el candidato debe ser elegido por el pueblo, tal cual lo indica la tradición.

Caio Marzio pertenecía al patriciado romano. Era el primero en la lucha por la defensa de su patria; se sentía orgulloso de ser Romano y arriesgó su vida en incontables ocasiones, enfrentando con coraje inusitado a los enemigos de Roma.

Se vanagloriaba de su origen en aquellas guerras que eran guerras entre Campeones, homéricas, en las que la plebe participaba en un segundo plano, casi como el coro en la tragedia griega. Marzio despreciaba a esta plebe, que iba detrás de

quien le ofreciera un mendrugo más de pan o le rebajara en algo el precio del trigo. Los Tribunos, como es sabido, representaban en Roma al pueblo más bajo: la plebe. Conociendo el prestigio más que merecido que tenía Marzio, su carácter orgulloso y su desprecio por la plebe, iniciaron una campaña para desprestigiarlo y evitar así que fuera electo Cónsul, en cuyo caso opacaría su gestión y la ascendencia que los Tribunos tenían sobre la plebe, lo cual les garantizaría la continuidad en sus cargos.

Los Volscos vuelven a atacar.

Caio Marzio, que seguramente irá una vez más al frente de los Romanos a luchar por Roma, se alegra doblemente: porque sabe que obtendrá una nueva victoria sobre sus enemigos y, al mismo tiempo, se podrá quitar de encima a esta plebe, a la cual desprecia más que al jefe enemigo, Aufidio.

Los Tribunos habían sublevado al pueblo para que se le diera más trigo. Ante esta nueva situación de peligro el Senado ordena al pueblo amotinado que se vuelva a sus casas y Caio Marzio responde: "no, que nos sigan, los Volscos tienen mucho trigo; llevad a estas ratas a sus viviendas para que puedan roer en sus graneros".

Frente a los Volscos, Marzio les grita a sus tropas: "Avanzad, amigos míos, al que retroceda le tomo por un Volco y le hago sentir la punta de mi espada".

Los Romanos son rechazados. Marzio exclama: "¡Que todas las plagas del sur caigan sobre vosotros, afrentas de Roma!". Continúa imprecando contra los suyos: "Almas de gansos que lleváis forma de hombres, ¿cómo habéis podido huir delante de esclavos que batirían los monos? ¡Todos heridos por detrás; espaldas rojas y caras pálidas por la fuga y el terror nervioso! ¡Reaccionad y volved a la carga o, por los fuegos del cielo, voy a dejar al enemigo y a haceros a vosotros la guerra!

Recordemos que, en una situación similar, Oribe tira al suelo sus charreteras y ese hecho hace reaccionar a sus soldados, que vuelven al ataque.

Los Romanos reaccionan ante estas imprecaciones. Se reanuda la lucha y los Volscos son perseguidos hasta dentro de sus murallas.

Caio Marzio vuelve a Roma simplemente con la satisfacción del deber cumplido, pero sus amigos y las autoridades lo colman de elogios y, como se usaba entonces, le agregan a su nombre el de Coriolano, esto es: el vencedor de Corioles. El próximo honor será su nombramiento como Cónsul. El Senado lo nombra en medio de los mayores elogios y él acepta ese nombramiento, que proviene de sus pares. Pero falta el otro ritual: presentarse, vestido con las telas más humildes, ante el pueblo y mostrarle sus heridas, para obtener el voto popular, que validará definitivamente el nombramiento.

Coriolano pide ser exonerado de este acto, que él considera humillante. Su espíritu aristocrático no puede sufrir este acto que, si bien está de acuerdo con la tradición, para él es degradante. Les dice a sus amigos: "Es un papel que no podré representar sin sonrojarme y de cuyo placer debiera eximirse al pueblo. ¡Venir a elogiarme delante de ellos, diciendo "Yo he hecho esto y aquello; mostrarles las cicatrices cerradas, que quisiera ocultar, como si las hubiera recibido por el salario de sus votos solamente!"

(Todos los textos citados son del "Coriolano" de Shakspeare, quien supo interpretar y transmitir como nadie el carácter de este noble guerrero).

Al fin accede, a pedido de sus amigos a vestirse pobremente, pero le resulta imposible mostrar y hablar de sus heridas y solicitar el voto de la plebe. Al fin lo hace, pero en un tono de burla que aprovechan los Tribunos para que, antes de la aprobación definitiva del Senado, el pueblo retire sus votos para evitar estar a la merced de uno que lo desprecia y se burla de él. Convencido de la superioridad de la clase dirigente, es enemigo jurado de la demagogia.

El manejo del pueblo por los "políticos profesionales", como se diría hoy, le repugna.

Cuando se repartió trigo gratis a la plebe, llamó a quienes propiciaron esta medida "cortesanos de circunstancias, aduladores, enemigos de la nobleza".

Eso también lo usaron sus detractores para ponerle al pueblo en contra.

El respeto hacia el orden constituido lo expresó reafirmando lo dicho contra el pueblo y sus aduladores: "tratándola-a la plebe-con dulzura, sostenemos contra nuestro Senado la cizaña de la rebelión, de la insolencia, de la sedición".

Finalmente, es desterrado de Roma.

Es muy difícil soportar una humillación tal. Sabe que fue injustamente abatido por insidias domésticas, que le resultaron más dañinas que los más furiosos embates del enemigo.

La herida infligida a su dignidad es más lacerante que todas las heridas juntas recibidas en todas las batallas en las que intervino por la salvación de su patria.

Roma merece un castigo ejemplar.

Grandes ofensas producen grandes venganzas en los espíritus altivos.

Se presenta ante la casa de su enemigo de siempre: el general Volscos Aufidio, a quien le propone luchar juntos contra los Romanos.

Una secreta admiración mutua se esconde detrás del odio tantas veces declarado entre estos jefes militares.

Y Roma despierta un día teniendo ante sus puertas a los Volscos, comandados por Coriolano y por su general, Aufidio.

Un hecho histórico que, muchos siglos después, se repetiría en los campos del Uruguay, cuando el Brigadier General Don Manuel Oribe emplazó su ejército, reforzado con soldados argentinos, frente a su ciudad natal: Montevideo.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí, un paralelismo asombroso marca la personalidad y las actitudes de estos dos hombres, confirmando que el ser humano está "programado" -como tanto se usa decir ahora- de la misma manera, y que circunstancias similares o iguales, lo hacen reaccionar de la misma manera, aunque hayan transcurrido, como en este caso, entre ambos hechos, 2500 años.

Luego, los destinos de los protagonistas divergieron.

Aufidio, el general Volco, pronto se arrepintió de haber otorgado tanto poder al ex enemigo que, al prestigio que ya tenía entre los Volcos, por su reconocida bravura y genio militar, agregaba ahora el que se sumaba entre el pueblo que lo había tenido y sufrido siempre como enemigo, al constatar desde cerca su capacidad militar y su fuerte y atrayente personalidad.

Acicateado por sus consejeros, los celos y el temor de Aufidio de verse totalmente desplazado por Coriolano del poder sobre su propia ciudad y su propio pueblo, comenzaron a corroer la breve amistad.

No debemos olvidar que estas guerras de la joven Roma contra ciudades del Lazio, eran verdaderas guerras civiles, entre pueblos del mismo origen, que hablaban la misma lengua y tenían las mismas costumbres.

A esto se agregó que, cediendo finalmente a los ruegos de su madre y de su mujer y ante la presencia del propio hijo en el campo ahora contrario, hicieron desistir a Coriolano del ataque definitivo contra Roma.

Tampoco Oribe se decidió a llevar a cabo un ataque final contra Montevideo, concretando un sitio de ocho años y nueve meses que Alejandro Dumas-uno de los efectivos propagandistas de Garibaldi-definió como de características homéricas, cuando escribió "Montévidéo ou une nouvelle Troie".

Este sitio, de características tan particulares, muy probablemente nos ocupará en otro artículo en algún otro número de "GARIBALDI".

Coriolano firma un tratado con Roma, por el cual levanta el sitio a su ciudad.

El general romano se ufana de las condiciones impuestas a Roma, muy duras, por ese tratado, con lo cual considera su orgullo vengado.

Aufidio lo denuncia ante su pueblo de Corioles como traidor.

Luchan y Aufidio mata a Coriolano.

Oribe queda solo cuando el Gral. Urquiza, uno de los principales puntales militares de Rozas, en las provincias, deja de apoyarlo e invade Uruguay para apoyar al gobierno de Montevideo, haciendo pasar nuevamente a la Argentina las fuerzas que habían apoyado a Oribe durante el sitio, para asestar el golpe final contra su ex jefe.

La firma del tratado entre las fuerzas sitiadoras y el gobierno de la Defensa de Montevideo se llevó a cabo el 8 de octubre de 1851: "Sin vencidos, ni vencedores".

Hubo, sí, vencidos. En los artículos 6º y 7º de este tratado, se establecía: "El General Oribe, como todos los demás ciudadanos de la República, queda sometido a las autoridades constituidas del Estado" y, en conformidad al artículo anterior, el General D. Manuel Oribe podrá disponer libremente de su persona".

El gobierno legal de Oribe quedaba desconocido y se reconocía como legal al Gobierno de la Defensa.

El 3 de febrero de 1852, las fuerzas unidas de Montevideo, de Urquiza y de Brasil, derrotaban definitivamente a Rozas, en Caseros.

Ahora Urquiza descubría que Rozas había sido “un salvaje unitario”, utilizando la misma frase por la cual miles de argentinos habían caído bajo las cuchillas y las lanzas rozistas, como justificativo para eliminar a sus enemigos.

Luego, la historia, en ambas márgenes del Plata, siguió más complicada que la de Roma y Corioles en el siglo V antes de N. E..

NOTA

La información más valiosa para descubrir o, por lo menos acercarnos lo más posible al carácter y a la personalidad de Oribe, la obtuve del valioso libro titulado “Oribe-El drama del Estado Oriental”, del Prof. José de Torres Wilson nuestro estimado amigo, ya fallecido, que tuvo una larga y proficua trayectoria de investigación y de docencia, en torno a la Historia Nacional y Americana, temas sobre los que tiene varias importantes publicaciones. Fue Director del Museo Histórico Nacional. De este libro sobre Oribe transcribimos algunos párrafos enteros, por considerarlos extremadamente ajustados para definir la compleja personalidad estudiada -C.N.

IO VULESSE TRUVÀ PACE

Eduardo De Filippo

Io vulesse truvà pace;
ma na pace senza morte.
Una,mmiez' a tanta porte,
S'arapesse pè campà!

S'arapesse na matina,
na matin' 'e primmavera,
e arrivasse fin' 'a sera
senza dí: "nzerràte llà!"

Senza sentire cchiù 'a ggente
ca te dice: "io faccio...,io dico",
senza sentire l'amico
ca te vene a cunziglià.

Senza senter' 'a famiglia
ca te dice: "Ma ch' 'e fatto?"
Senza scennere cchiù a patto
c' 'a cuscienza e 'a dignità.

Senza leggere 'o giornale...
'a nutizia impressionante,
ch'è nu guaio pè tutte quante
e nun tiene che ce fà.

Senza sentire 'o duttore
ca te spiega a malatia...
'a ricett' in farmacia...
l'onorario ch' 'e 'a pavà.

Senza sentire stu core
ca te parla 'e Cuncettina,
Rita, Brigida, Nannina...
Chesta sì...chell'ata no.



Eduardo De Filippo

Pecché, insomma, si vuò pace
e nun sentire cchiù niente,
'e 'a sperà ca sulamente
ven' 'a morte a te piglià?

Io vulesse truvà pace
ma na pace senza morte.
Una,mmiez' a tante porte
s'arapesse pè campà!

S'arapesse na matina,
na matina 'e primmavera...
E arrivasse fin' 'a sera
senza dí: "nzerrate llà!"

YO QUISIERA ENCONTRAR PAZ (1)

Eduardo De Filippo

Yo quisiera encontrar paz;
pero una paz sin muerte.
Una puerta que, entre tantas,
se abriera para vivir!

Se abriera una mañana,
una mañana de primavera,
y llegara hasta la tarde
sin decir: "¡cierren ahí!"

Sin oír más a la gente
que te dice: "yo hago..., yo digo",
sin oír más al amigo
que te viene a aconsejar.

Sin oír a la familia
que te dice: "Pero, ¿qué hiciste?"
Sin tener que pactar más
con la conciencia y con la dignidad.

Sin leer más en el diario
la noticia impresionante,
que es una desgracia para todos
y no puedes hacer nada para remediarla.

Sin oír al doctor
que te explica la enfermedad...
la receta en la farmacia...
el honorario que tienes que pagar.

Sin oír a este corazón
que te habla de Concetta,
Rita, Brigida, Nannina...
Esta sí... aquella otra no.

En fin, ¿por qué, si quieres paz
y no tener que oír más nada,
debes pensar que sólo lo lograrás
cuando venga a buscarte la muerte?

Yo quisiera encontrar paz;
pero una paz sin muerte.
Una puerta que, entre tantas,
se abriera para vivir!

Se abriera una mañana,
una mañana de primavera,
y llegara hasta la tarde
sin decir: "¡cierren ahí!"

Traducción libre: Carlos Novello

- 1 Sessant'anni fa Eduardo De Filippo scrisse questa poesia.
Adesso la pubblichiamo non soltanto per ricordare il grande Eduardo, ma perché di notevole attualità.



L'ANTICONCILIO DI NAPOLI

In memoria di Luce Fabbri, studiosa e docente, forgiatrice di coscienze e di spiriti liberi

Giampaolo Colella

Il 24 gennaio 1869 i lettori del "Popolo d'Italia" di Napoli lessero uno strano annuncio che destò in tutti non poca curiosità. In concomitanza con l'apertura a Roma del Concilio Vaticano, prevista per l'8 dicembre del 1869, veniva indetto a Napoli un "Anticoncilio". Promotore dell'iniziativa era il conte Giuseppe Ricciardi di Napoli,¹ deputato al parlamento italiano, del quale riporto integralmente il testo del sensazionale e imprevisto annuncio.

"Napoli, ai 21 gennaio, del 1869.

Raccomando alla libera stampa di tutti i paesi civili la proposta qui appresso:

Il Papato tenta l'ultime prove contro la civiltà ed il progresso, convocando in Roma, pel dì 8 del prossimo dicembre, un concilio ecumenico, coll'intento di rafforzare una potestà mostruosa, e ribadire negli animi i ceppi della superstizione.

Or bene: il dì stesso, i liberi pensatori di tutto il mondo civile riuniscansi in Napoli, coll'intento di opporre alla cieca fede, su cui si fonda il cattolicesimo, il gran principio del libero esame e della libera propaganda, in Napoli prima città

L'ANTICONCILIO DI NAPOLI

del 1869

PROMOSSO E DESCRITTO

DA

GIUSEPPE RICCIARDI

GIÀ DEPUTATO AL PARLAMENTO ITALIANO

NAPOLI
STABILIMENTO TIPOGRAFICO

Strada S. Pietro a Majella, 24

1870

Frontespizio della relazione sull'Anticoncilio di Napoli redatta dal conte Giuseppe Ricciardi e pubblicata a proprie spese nel 1870. L'esemplare trovasi attualmente nella Biblioteca di Senato Italiano.

d'Italia, e la quale, pure nei tempi più scuri del medio evo, lottava contro la Curia romana, e respingeva l'Inquisizione.

Alle voci dell'oscurantismo e della menzogna rispondano quelle della ragione e del vero, ed il credo della libertà e della scienza suoni sul nostro labbro, in opposizione a quello del servaggio e dell'ignoranza, sicché un'era novella incominci, non che per l'Italia, per l'umanità!"

La prosa classicheggiante, paludata e un po' pomposa del conte fece affiorare sulle labbra di alcuni un risolino divertito, in altri una smorfia di disgusto, molti ancora rimasero perplessi e forse anche preoccupati.

In particolare se ne preoccupò il governo del nuovo e giovanissimo Regno d'Italia, proclamato appena il 17 marzo 1861, che con il Papa di beghe d'ogni genere ne aveva più d'una fin dai tempi della comparsa sulla scena politica del conte di Cavour. Gli scontri tra la Chiesa e Casa Savoia avevano già fruttato a questa ben tre scomuniche² e la stravagante proposta del conte Ricciardi non era da prendere alla leggera, specialmente dopo la pubblicazione di un lungo Manifesto indirizzato il 27 gennaio, "Ai liberi pensatori di tutto il mondo civile", ancora sul "*Popolo d'Italia*" ma anche sul giornale "*L'Italia*". Il 15 marzo il testo veniva anche riprodotto in lingua francese sulla stampa estera.

Riporto di seguito alcuni tra i passi più significativi del documento tratto dalla relazione che lo stesso Ricciardi scrisse sulla genesi e lo svolgimento del concilio e che diede poi alle stampe a proprie spese.³

"Ai liberi pensatori di tutto il mondo civile

Un'importanza non lieve, al veder nostro, debb'essere attribuita al Concilio ecumenico, che apprestasi in Roma nel giorno 8 del prossimo dicembre.

Crediamo anzi poter risultare da esso qualche pericolo per la gran causa della civiltà, della libertà e del progresso (omissis) Ora qual'altro argomento adoperare potremmo contro i novelli sforzi dell'antico ed implacabil nemico d'ogni libertà e d'ogni luce, se non una lega forte, attiva ed estesa quanto la sua, la sacra lega dei liberi pensatori di tutti i popoli, che vedasi opporre alla cieca fede, su cui è fondato il cattolicesimo, il gran principio del libero esame e il gran fatto di una vastissima propaganda? (omissis) Che il dì 8 dicembre del 1869, contrapposta si veggia, nelle due città principali d'Italia, la verità e la ragione all'accieciamento ed alla menzogna (omissis)"

Dopo alcuni pesanti epiteti all'indirizzo del Papa e della Curia e dopo aver ribadito il rigetto ad ogni forma di religione dogmatica, il conte Ricciardi esponeva alcune delle linee che avrebbero dovuto servire da falsariga al programma del convegno:

"faremo ogni possibile sforzo, onde esercitare la carità in due maniere:

- 1. procacciando lavoro a chiunque, pure essendo abile a lavorare, a impiegare non trovava l'opera sua;*

2. accertando la sussistenza d'ogni persona, che non sia in grado di provvedervi per via del lavoro, non potendosi considerare siccome civile un paese, dove un sol uomo possa patire la fame! Quanto poi all'istruzione, pane dell'anima, altrettanto necessario, quanto quello del corpo, la nostra associazione dovrà adoperarsi a farvi partecipare l'universale, massime per ciò che spetta all'istruzione primaria".

In sintesi: lavoro, assistenza sociale, istruzione, tre pilastri sui quali si era basato gran parte del programma politico della destra liberale di Cavour e che era stata appoggiata, con le diverse logiche sfumature, dai vari movimenti repubblicani sia moderati sia della sinistra radicale.

All'annuncio dell'Anticoncilio la stampa italiana dette pochissimo risalto, come ammise lo stesso Ricciardi: *"l'annuncio del 27 gennaio (omissis) mentre veniva riprodotto in gran numero di giornali d'oltremonte e oltremare, era negletto od irriso dai più fra i diarii italiani, non esclusi quei che si spacciano amici più ardenti di libertà, ed acerbi nemici del papa e d'ogni superstizione"*.

Ma il Manifesto, riprodotto in diversi giornali esteri ebbe ben altra ripercussione. Così ce ne informa l'autore che non tralascia di riprodurre la prima lettera di adesione ricevuta e che non poteva essere se non quella di Giuseppe Garibaldi:

"Il manifesto infrascritto, da me riprodotto in francese, colla data dei 15 marzo del 1869, era appena diffuso qua e là, che da tutte le parti del mondo cominciavano a giungermi lettere di adesione. Ed io, riserbandomi di trascrivere in calce di questo lavoro quel maggior numero che lo spazio assegnatomi sarà per concedermi, alquante ne verrò registrando fin da questo momento, disponendole in ordine cronologico, e cominciando da una lettera scrittami dal general Garibaldi pur prima che l'edizione italiana del manifesto fosse venuta fuori:

"Caprera, 19 gennaio 1869.

Mio Caro Ricciardi.

Riunire in un solo campo tutti i liberali⁴ e poi nel dicembre prossimo i liberi pensatori del mondo in Napoli, è opera veramente grande, e ve ne auguro la realizzazione. Col primo progetto voi tentate di sanare le piaghe sociali che affliggono questo nostro paese, e col secondo recidere la cancrena sacerdotale che lo appesta.

Dio benedica il santo proposito, e sono

Vostro - GARIBALDI".

Garibaldi scriverà ancora al conte Ricciardi: l'iniziativa aveva ormai preso l'avvio e le lettere di adesione cominciarono a pervenire numerose all'ideatore dell'Anticoncilio il quale, non senza compiacimento le ha trascritte quasi tutte nella sua citata relazione. Riporto in rapida successione solo qualche frammento tra le più significative. La prima a giungere dall'estero fu quella di Victor Hugo:

"Hauteville Home, le 20 avril 1869.

En face du concile des dogmes, assembler le concile des idées, c'est là, monsieur, une pensée efficace et haute, et j'y adhère (omissis) Opposer aux faux principes des religions les principes vrais de la civilisation; confronter le mensonge avec la vérité; combattre l'idolâtrie et toutes ses variantes par l'immense unité de la conscience; ce sera beau et grand. J'applaudis d'avance.

Victor HUGO".

Segui due giorni dopo quella di Claude Louis Michelet, eminente studioso e Segretario della Società Filosofica di Berlino

"Berlin, le 22 avril 1869.

Monsieur

J'ai reçu pour le contre-concile du 8 décembre l'invitation du 15 mars que vous avez bien voulu m'adresser. Je n'ai pas manqué d'en donner communication à la société philosophique de Berlin, dans la séance du 27 mars. (omissis) Vous ne pouviez choisir de meilleur centre de réunion, pour faire opposition à Rome retrograde, que cette capitale de l'Italie inférieure, qui depuis Pithagore et Parménide jusqu'à nos jours, a continuellement été fertile en libres penseurs.

Au nom de la société philosophique de Berlin,

Le docteur en philosophie et professeur

Monsieur, Votre très-devoué, MICHELET, Secrétaire de la Société philosophique"

Fu poi la volta di Edgar Quinet, storico francese, deputato anticlericale che si oppone sempre all'intervento della Francia a sostegno del Papa, ardente fautore della più netta separazione tra Stato e Chiesa che concludeva il suo scritto di adesione con un enfatico:

"Monsieur (omissis) à l'œuvre donc (omissis) Les ténèbres s'effacent, la lumière reparaitre.

Edgar QUINET"

Segui una lunghissima lettera di Jules MICHELET, profondo studioso francese della Rivoluzione, resosi famoso in Francia per aver tenuto lezioni di positivismo anticlericale al Collège de France nel corso delle quali amava definire l'evoluzione dell'umanità *"un puissante travail de soi sur soi"*. Il Michelet fu inoltre strenuo fautore dell'emancipazione femminile.

"Paris, le 25 septembre 1869.

L'admirable projet! monsieur, et que je vous remercie de m'y avoir associé! (omissis) L'appel de la libre Italie, de Naples contre Rome, me touche fort, monsieur.

Je serais trop heureux de siéger avec vous au vrai concile qui va juger le faux. Votre glorieuse ville, qui si obstinément a repoussé l'Inquisition, avait le plus beau titre pour recevoir le haut jury du droit, de la libre pensée.

J. MICHELET"

Ricciardi si compiace inoltre di segnalare *"le molte donnesche (sic) adesioni da me ricevute"*. Tra le firmatarie spiccano i nomi della contessa Sartori, la Marchesa Fiorenti Waddington, Enrichetta Caracciolo in Gruther *"che prima fra tutte, seppe, di monaca, farsi libera pensatrice e della di lei sorella la contessa Cigala"*. La nobiltà in primo piano, è vero, ma seguono poi una decina di altri nomi e per tutte il Ricciardi ha una parola di elogio per la loro passione nel difendere la libertà di pensiero, nel combattere l'oscurantismo considerando prezioso l'apporto femminile *"vano essendo sperare il trionfo della verità e della ragione, finchè la metà del genere umano (il mondo femminile) continui ad essere affatto ligia di quelli che diconsi ministri di Dio"*.

Ma non tutte le adesioni erano senza riserve: il libero pensatore francese A.S. Morin, più noto con lo pseudonimo di "Miron" ebbe delle perplessità e formulò alcune critiche. Non saranno le uniche: tra queste ritengo opportuno citare qualche passo della lettera circolare che il Gran Maestro Luigi Frapolli della Massoneria di Firenze, nonché deputato al Parlamento, indirizzò alle altre Logge:

"Ai presidenti delle officine massoniche in Italia.

Carissimi fratelli.

Il bando, a generale Concilio, dei capi della Chiesa cristiana cattolica per parte del pontefice di Roma, è un fatto reso notorio da tutta la stampa periodica.

Noi avremmo giudicato che il miglior contegno a tenersi, per parte dei liberi pensatori, rimpetto a simile antiquata rappresentazione, si fosse di non darsene neppure per intesi. Tale condotta a seguirsi ne additava il buon senso delle popolazioni profondamente indifferenti, le quali sembrano dirci: 'Lasciateli cuocere nella lor broda'. (omissis) Quanto alla Massoneria, come corporazione, superiore alle vertenze religiose, fallirebbe completamente alla propria missione e si farebbe partigiana, se venisse a preoccuparsi di ciò che un Capo-setta qualsiasi dispone co' suoi fedeli. (omissis) vorrete intanto, Venerabili Fratelli, nel comunicare ai singoli membri delle Officine queste nostre parole, far comprendere alle Logge la posizione piena di riserbo che loro è imposta dalla stessa loro forza, per il bene dell'Ordine.

Firenze, 17 ottobre 1869.

dell'aff.mo F. vostro L. FRAPOLLI, Gran Maestro"

Alla circolare del Gran Maestro Frapolli fece eco, ma con toni diversi, una lunga lettera polemica del professor Pietro Sbarbaro di Modena, già Venerabile della loggia

del Grande Oriente di Firenze, scritta il 21 ottobre. Egli riteneva che la Massoneria non dovesse "ignorare" il Concilio indetto dal Papa, ma che doveva invece far sentire la propria voce e cogliere l'occasione per opporre *"al culto dell'odio... il culto del vero secondo il disegno di Giuseppe Ricciardi"*. Ne seguì un vivace scambio di lettere, alcune apparse anche sulla stampa.⁵ Non tutti dunque erano d'accordo con l'iniziativa di Ricciardi, vuoi sull'impostazione del convegno vuoi sulla sua opportunità.

Egli stesso lo riconosceva con molta onestà nella sua Relazione:

"Non poche obiezioni essendo state fatte al programma dei 15 marzo, sì in Italia, che fuori, e in ispecie dai giornali razionalisti 'Il Libero Pensiero' di Milano, diretto dallo Stefanoni, e 'Il Libero Pensatore' di Milano, diretto dal Demora, e dal 'Excommunié' di Lione, stimai utile il ristampar quello scritto, aggiungendovi alcuni schiarimenti, colla data dei 22 settembre del 1869". Ma questo suo secondo Manifesto, redatto in francese, anziché sopire le polemiche le ravvivò, specialmente a causa d'una frase programmatica che riproduco dalla Relazione del Ricciardi stesso e che recita così: *"Nous écartérons toute discussion théologique, en nous contentant de présenter la formule suivante aux hommes droits et raisonnables de tous les pays et de toutes les religions:"*

S'ABSTENIR DU MAL - FAIRE LE BIEN - S'AIMER LES UNS LES AUTRES DANS L'INTÉRÊT COMMUN" (la frase in tutte lettere maiuscole è dell'autore).

"Non fare il male, fare il bene e amarsi gli uni agli altri nell'interesse comune" può essere un bellissimo programma, ma così espresso sembra piuttosto ingenuo e puerile. E le critiche piovvero, in particolar modo da parte dei presidenti delle Associazioni di Libero Pensiero che avevano in mente programmi ben più concreti e battaglieri. Fra i primi a esprimere le proprie perplessità fu Luigi Stefanoni, direttore e redattore del periodico di Milano *"Il Libero Pensiero"* -sottotitolo- *Giornale dei Razionalisti"* fondato nel 1866 e organo della società dei liberi pensatori milanesi. Stefanoni fu personalità di spicco tra i razionalisti, con idee ben precise e radicali, ma anche pieno di buon senso e all'occorrenza prudente. E *"Il Libero Pensiero"* assunse un atteggiamento prudente. Stefanoni temeva che l'attacco diretto al Concilio potesse accrescere l'interesse per il Concilio stesso e al riguardo suggeriva una silenziosa indifferenza. Inoltre criticava il carattere troppo generico del programma di Ricciardi. In particolare non gli piaceva che nel programma del 15 marzo gli anticonciliari si proclamassero quasi i veri discepoli di Gesù (affermazione piuttosto impegnativa), quando poi nel Bando del 22 settembre il programma della manifestazione anticlericale si riduceva ad un vago *"embrassons-nous"*. Egli pretendeva che il programma fosse più concreto nel riunire tutti i razionalisti che avversavano le religioni rivelate, ma lottavano anche per la libertà di coscienza, la

soppressione dell'art. 1 dello Statuto, e per temi di interesse sociale, primi fra tutti quello dell'emancipazione della donna e quello della pubblica istruzione.⁶ Ricordo a questo proposito che nel 1861 l'Italia aveva un tasso di analfabetismo che oscillava, a secondo delle fonti, tra il 78% e il 74,7% con punte massime nel meridione del 90%. Nello stesso periodo Spagna e Portogallo avevano percentuali simili a quelle dell'Italia; la Francia, pur essendo la patria dell'Illuminismo, era intorno al 47% mentre l'Inghilterra registrava un 31%, Germania, Svizzera, Stati Uniti un 20% e i paesi scandinavi solo il 10%. Le statistiche parlano da sole: nei paesi protestanti, ove ai fedeli è fatto obbligo di leggere la Bibbia, l'analfabetismo era decisamente inferiore (ai primi del '900 sarà quasi inesistente) mentre nei paesi cattolici, ove la Chiesa vieta il libero esame, avocando a sé la retta interpretazione delle scritture e dove, all'epoca, l'indottrinamento religioso e morale si svolgeva esclusivamente dal pulpito, il tasso di analfabetismo era elevatissimo. Per la Chiesa l'istruzione non era una priorità, tutt'altro. Luigi Stefanoni inoltre, fu al centro di una triste vicenda familiare che lo ferì profondamente. Come tanti altri agnostici, non volle battezzare suo figlio, ritenendo che spettasse a questi decidere in età adulta se abbracciare le verità della ragione ovvero quelle della fede. Ma il fanciullo, affidato ad alcuni parenti, all'insaputa del padre, venne consegnato al vescovo di Bergamo, monsignor Luigi Speranza che lo fece battezzare per sottrarlo a quella che egli reputava essere la nefasta scuola paterna. La reazione di Stefanoni fu aspra e in un articolo apparso nel suo giornale accusò il vescovo di aver violato *"quella libertà di coscienza che i liberi pensatori difendono per tutti, anche per il clero e per i cattolici"* e che l'atto compiuto sull'ignaro fanciullo gli procurava *"una amarezza indicibile"*.⁷ Si ripeteva così, ma con minore risonanza pubblica e internazionale lo scandalo suscitato dai battesimi forzati dei bambini ebrei, Giuseppe Coen nel 1864, ma soprattutto quello di Edgardo Mortara nel 1858, battezzato segretamente da una domestica cristiana e sottratto alla famiglia. Quel grave fatto suscitò in tutta l'Europa vive proteste da parte di diverse personalità della cultura e della politica, tra le quali anche quella del barone Rothschild.⁸

Stefanoni dimostrò la sua rettitudine, con l'astenersi da usare l'Anticoncilio, come magari avrebbe fatto qualcun altro, come tribuna anticlericale dalla quale lanciare virulenti attacchi contro la Chiesa per denunciare il penoso incidente che tanto l'aveva amareggiato. Egli aderì all'iniziativa di Ricciardi ma senza parteciparvi e delegò a rappresentarlo un collega, il valente giornalista Mauro Macchi, affinché il mondo clericale non pensasse ad una sconfitta del libero pensiero ed a una sua scissione.

Le società di Libero Pensiero sparse in tutta Italia si adoperarono per compiere un capillare lavoro preparatorio seguendo un programma ben preciso. Punti chiave del dibattito dovevano essere: libertà di espressione e di stampa, libertà di culto, soppressione dell'Art. 1 dello Statuto che proclamava *"La religione Cattolica,*

Apostolica, Romana è la sola religione dello Stato", quindi separazione tra Stato e Chiesa, emancipazione femminile, istruzione pubblica obbligatoria e gratuita.

L'Anticoncilio comunque non doveva significare un Controconcilio. Non doveva essere una gratuita provocazione nei confronti del Papa e della Chiesa dal momento che nessun liberale si sarebbe mai sognato di contestare al Papa il legittimo diritto di convocare i vescovi per discutere e decidere su questioni inerenti la fede e la dottrina cattolica, a meno che l'assemblea deliberante non avesse poi sconfinato nell'ambito del temporale: è proprio quello che vedremo più avanti.

Ma perché mai l'annuncio della convocazione di un Concilio suscitava tanto scalpore, tanta agitazione? Bisogna rifarsi a tre momenti storici ben distinti che segnarono in modo profondo i rapporti tra la Chiesa e lo Stato. Il primo periodo abbraccia tutto il secolo XVIII fino all'esaurirsi della spinta rivoluzionaria che era seguita alla presa della Bastiglia. Dalle teorie illuministiche e razionalistiche che si opponevano dialetticamente ai principi teologici della Chiesa, si passò ai fatti concreti dei rivoluzionari che stravolsero e misero in crisi il cattolicesimo francese. Il rescritto del 13 febbraio 1790 abolì gli ordini religiosi e tutti i privilegi del clero, i beni ecclesiastici furono incamerati dallo stato, venne proclamata la libertà di culto. Cinque mesi dopo, la Costituzione del Clero ridusse i sacerdoti al livello di impiegati statali, obbligati a prestare giuramento di fedeltà alla Rivoluzione. Non tutti naturalmente se la sentirono di rinnegare i voti di ubbidienza alla Chiesa di Roma pronunciati il giorno dell'ordinazione sacerdotale. Il clero si divise: da una parte i preti che aderirono alla Costituzione rivoluzionaria, chiamati *assermenté* cioè "giurati", dall'altra coloro che vollero rimanere fedeli a Roma, bollati come *refractaires*. Ferite profonde, cicatrici lente a rimarginare.⁹

Il secondo periodo fu quello napoleonico e lasciò il segno in tutta l'Europa. Con l'avvento di Bonaparte, le cose non migliorarono, anzi, l'imperatore inflisse al Papato le più cocenti umiliazioni. Con il trattato di Tolentino del 1797 gli strappò le regioni dell'Emilia e della Romagna e acquisì definitivamente per la Francia la contea d'Avignone, che dopo il rientro a Roma dei papi era rimasta sempre *de jure*, proprietà della Santa Sede. Ma quando l'anno dopo Napoleone occupò militarmente Roma e proclamò la Repubblica Romana, pose fine al potere temporale del Papa, fece deporre Pio VI e lo deportò in Francia dove morì, a Valence, il 19 agosto 1798.

Per eleggere il nuovo papa il Conclave si riunì a Venezia sotto la tutela delle baionette austriache e il 14 febbraio 1800 la scelta cadde sul Cardinale Chiaramonti che assunse il nome di Pio VII. Il nuovo eletto tornò a Roma, che i francesi nel frattempo avevano sgomberato. Ma nel 1804 Napoleone costrinse il Papa a trasferirsi a Parigi per farsi incoronare Imperatore (si fa per dire perché, come è noto, Napoleone strappò dalle mani di Pio VII, trattato come un chierichetto palatino, il serto imperiale per incoronarsi da sé stesso) e poi trattenne il papa in Francia quasi in ostaggio, lasciandolo rientrare a Roma solo nell'aprile del 1805. Finalmente nel maggio del 1809, nel quadro

di un ulteriore riassetto politico dell'Europa, Napoleone dichiarò ancora una volta decaduto il potere temporale e proclamò Roma città libera consentendo al Papa di rimanervi solo quale capo della Chiesa.

Pio VII a questo punto, in un sussulto di orgoglio e di dignità, ma ben conscio di quale sarebbe stato il suo destino, impugnò l'unica arma che gli rimaneva: la scomunica. Ma non erano più i tempi di Enrico IV di Germania: la spada di Pietro era ormai spuntata. Napoleone non esitò a dare incarico al generale Rodet di arrestare il Papa (il che avvenne nella notte tra il 5 e il 6 luglio 1809) e di deportarlo in Francia; rientrò a Roma solo dopo la definitiva caduta del Bonaparte, il 7 giugno 1815. Sembrava di essere tornati indietro di oltre cinque secoli, al 1303 all'epoca del famoso schiaffo di Anagni. Forse quello schiaffo fu frutto di fantasia, ma fu realtà l'arresto di Papa Caetani, Bonifacio VIII, ordinato dal re di Francia Filippo il Bello: mai la navicella di Pietro, la Chiesa di Roma, aveva navigato in acque così tempestose.

Il terzo periodo fu quello che seguì alla Restaurazione che portò solo una breve pace di cinque anni. Nel 1820 scoppiarono moti rivoluzionari in Spagna e in Italia, ma ci pensò la Santa Alleanza a reprimerli. Dieci anni dopo però, nel 1830-1831 sorsero nuovi conati rivoluzionari intesi a rovesciare principi e sovrani regnanti. Nella stessa Roma, alla morte del Papa Pio VIII, approfittando della sede vacante, vi fu un tentativo da parte di elementi bonapartisti di impossessarsi di Castel Sant'Angelo. Fu così che nel 1832, Papa Gregorio XVI Cappellari, appena uscito dal Conclave, ancora sotto lo shock dei moti dell'Emilia e dei fatti di Roma, pubblicò il 15 agosto 1832 la sua prima enciclica *"Mirari Vos"* con la quale condannava il cattolicesimo liberale perché ritenuto incompatibile con la tradizione cattolica e riaffermava la necessaria "alleanza" tra la Corona e la Chiesa condannando fermissimamente ogni liberalismo e ogni associazione patriottica ove *"...sembra essersi raccolto, come in sozza sentina, quanto v'ha di sacrilego, di abominevole e di empio nelle eresie e nelle sette più scellerate"*. Ribadiva che *"la santissima Religione, è la sola sopra cui si reggono saldi i Regni e si mantengono ferme la forza e l'autorità di ogni dominazione"*. Condannava *"tutti coloro che vorrebbero vedere separata la Chiesa dal Regno e troncata la mutua concordia dell'Impero col Sacerdozio"* e definiva *"delirio"* ed *"errore velenosissimo"* la richiesta di garantire a ciascuno la libertà di coscienza, d'opinione e di stampa.

Dei principi enunciati nella *"Mirari Vos"* farà tesoro qualche anno più tardi, il successore di papa Gregorio, il cardinal Giovanni Maria Mastai Ferretti da Senigallia, eletto Papa il 16 giugno 1846 e assiso sulla cattedra di Pietro con il nome di Pio IX. Nell'enciclica di papa Gregorio troviamo già tutto lo schema del Sillabo del 1864.

Il cardinal Mastai era entrato in Conclave con fama, se non di progressista, di uomo aperto. Alcune sue timide riforme: un'amnistia ai detenuti politici, la concessione di una certa libertà di stampa e l'istituzione della Guardia Civica, tutto ciò sembrò aprire le speranze a una nuova era del papato.

Ma nel 1848 l'Europa fu arsa da una nuova fiammata rivoluzionaria. A gennaio insorse Palermo, poi a febbraio Parigi dove la caduta di Luigi Filippo portò alla seconda repubblica. Nel mese di marzo insorsero Budapest, Vienna e Berlino, poi Milano con le sue famose cinque giornate. In Piemonte il titubante Carlo Alberto, non solo concesse lo Statuto, ma il 23 marzo passò il Ticino con le sue truppe e dichiarò guerra all'Austria: era la I guerra d'Indipendenza. Dalle varie regioni d'Italia affluivano volontari in Piemonte e lo stesso Pio IX inviò truppe papaline sulla sponda destra del Po, ai confini dei suoi stati con il Lombardo-Veneto. Sia chiaro, non inviò un vero esercito a combattere l'Austria come ancora si ripete in qualche libro di storia scritto forse troppo frettolosamente. Pio IX consentì solo che dallo Stato Pontificio partissero delle formazioni di volontari e dette l'incarico al Generale Giovanni Durando di accompagnarle sul Po con un contingente di due divisioni "nominali", ma non si sa bene, né mai si saprà forse, con quali effettive istruzioni: accompagnare i volontari, guidarli forse o tenerli sotto controllo e limitarsi a presidiare sul Po il confine settentrionale del suo Stato? Comunque la protesta del governo di Vienna non si fece attendere: essa ricordava al Papa che era stata l'Austria a proteggere l'elezione del suo predecessore Pio VII, e che era stata sempre l'Austria che dopo la sconfitta di Napoleone tanta parte aveva avuto nella restaurazione sapientemente pilotata dal principe di Metternich. L'invio di truppe sul Po da parte del capo della Chiesa non sembrava certo un gesto né d'amicizia né di gratitudine.

Le rampogne austriache indussero Pio IX il 29 aprile a dichiarare in un Concistoro che il Papa non poteva associarsi ad alcuna guerra data la sua missione religiosa e che *"...secondo l'ufficio del supremo nostro apostolato proseguiamo e abbracciamo tutte le genti, popoli e nazioni con pari studio di paterno amore"*. Ciò detto, ordinò alle truppe papaline di rientrare a Roma. La popolarità del Papa cadde di colpo. Forse quando si era gridato "Viva Pio IX" volendo inneggiare al papa liberale si era preso un abbaglio; il Papa liberale era un'utopia e Pio IX da quel momento in poi farà di tutto per rammentarlo ai pochi illusi che erano ancora rimasti.

Ma gli eventi precipitarono, i fatti sono noti: il 24 novembre 1848, dopo l'assassinio di Pellegrino Rossi, sostenitore d'una politica moderatamente conservatrice del papa e i tumulti che ne seguirono, Pio IX dovette fuggire a Gaeta e porsi sotto la protezione dei Borboni. A Roma il 9 febbraio 1849, auspice Mazzini, venne proclamata nuovamente la Repubblica Romana e ancora una volta dichiarato decaduto il potere temporale.

Spagna, Austria, Napoli e soprattutto la Francia inviarono truppe a Roma per restaurare il pontefice. Il 13 luglio 1849, divenuta impossibile ogni ulteriore difesa sul Gianicolo, Roma venne occupata dai francesi; ma il Papa vi fece ritorno prudentemente solo il 12 aprile 1850.

La prima esperienza politica e pastorale di Pio IX si era conclusa poco felicemente; si voltava pagina, ma se ne apriva un'altra non meno amara. Ancor prima del suo

rientro a Roma, Pio IX apprese che il Piemonte aveva approvato il 9 marzo 1850 la legge Siccardi che prevedeva l'abolizione del Foro Ecclesiastico e la soppressione del diritto di asilo in chiese e conventi.¹⁰ Somma amarezza per il Papa fu sapere che tra coloro che avevano votato la legge v'era un sacerdote: il canonico Taccoli. La reazione della Santa Sede fu violenta: Pio IX dette severe disposizioni al clero affinché coloro che avevano proposto e votato la legge venissero esclusi dai sacramenti. Ai Ministri Pietro De Rossi di Santa Rosa e Giuseppe Natali, che avevano votato la legge, vennero negati, in punto di morte, i conforti religiosi perché non vollero ritrattare per iscritto quanto operato nel Parlamento; fra' Giacomo da Poirino, che aveva invece assistito il conte di Cavour nei suoi ultimi momenti, fu inquisito dal Santo Uffizio e rimosso dal suo incarico sacerdotale. Si profilava all'orizzonte un nuovo focolaio di dissenso: non solo quello formato dai cattolici liberali ma anche da non pochi esponenti del clero che auspicavano un rinnovamento in seno alla Chiesa di Cristo e non esitavano, come vedremo più avanti, in Parlamento e fuori, ad agire secondo coscienza, sfidando apertamente le sanzioni della Santa Sede e pagando di persona. Ma l'approvazione della Legge Siccardi fece un'altra illustre vittima: l'Arcivescovo di Torino, Monsignor Luigi Fransoni; sull'episodio che costò al prelado l'espulsione dal Regno di Sardegna rimando alla nota.¹¹

Due anni dopo, il 26 giugno 1852, il ministro di Grazia e Giustizia Carlo Boncompagni, presentò alla Camera il disegno di legge sull'istituzione del matrimonio civile. Come era da prevedersi ebbe un iter assai travagliato ma quando venne approvato alla Camera tra i voti favorevoli si contarono quelli di tre sacerdoti: Ribecchi, Asproni e Turcotti. Quest'ultimo concluse il suo discorso con le seguenti parole: *"Voterò questa legge perché sanziona un'altra volta il principio della libertà di coscienza e della tolleranza cristiana; l'accetto perché rende liberi gli sposi dalla tirannia di uomini esclusivi, intolleranti ed aspiranti al supremo ed arbitrario dominio delle coscienze"*. Dal canto suo il canonico Asproni difese il disegno di legge avvalendosi addirittura dell'autorità di Sant'Agostino il quale sosteneva che il matrimonio doveva coniugarsi con la legge naturale, con quella religiosa e con quella civile.¹²

La reazione del Vaticano fu dura, Pio IX ritirò da Torino il nunzio Monsignor Antonucci e la nunziatura rimase senza titolare fino al 1859.¹³ Inoltre con l'allocuzione *"Acerbissimum vobiscum"* del 27 settembre condannò solennemente l'unione solo civile tra cattolici definendola *"turpe e pernicioso concubinato"*. La legge presentata successivamente al Senato il 20 dicembre, venne respinta per un solo voto; verrà approvata tuttavia nel 1865 con l'introduzione del nuovo codice civile.¹⁴ Ma Pio IX si era ormai convinto che Papa Gregorio aveva ragione, con il liberalismo, specialmente quando questi si infiltrava nella Chiesa, non si poteva scendere a patti.

In quello stesso anno Pio IX ebbe altri motivi per rammaricarsi. Nel gennaio del 1852, per un caso fortuito, venne scoperta a Mantova una cellula del Comitato

Nazionale, fondato a Londra nel 1850 da Giuseppe Mazzini, che aveva tra i vari scopi la distribuzione di "cartelle del prestito mazziniano" con le quali si intendeva finanziare l'attività rivoluzionaria del Comitato. La Polizia austriaca praticò numerosi arresti; tra gli inquisiti figurava don Enrico Tazzoli, professore del Seminario di Mantova, presidente e cassiere del Comitato Rivoluzionario Mantovano, già arrestato nel 1848 per aver espresso dal pulpito concetti patriottici ritenuti sovversivi. Pio IX che un anno prima aveva visto con disappunto e sgomento altro sacerdote, don Giovanni Grioli, noto per le sue idee liberali, condannato a morte per cospirazione, in quanto accusato di aver indotto alla diserzione alcuni ufficiali austriaci (venne fucilato il 5 novembre del 1851), questa volta usò la mano pesante. Alla condanna a morte del Tazzoli, emessa il 13 novembre 1852, volle sommare, nonostante la difesa e l'intercessione del Vescovo di Mantova, la "degradazione" sacerdotale, pena umiliante riservata normalmente ai rei di delitti turpi. L'antica cerimonia prevedeva un rito simile a quello della degradazione militare e cioè la "svestizione" dai paramenti talari, ma con l'aggiunta della scarificazione delle mani, volendo così significare con l'effusione di sangue, la sconsacrazione delle mani del sacerdote non più degne di benedire e di amministrare i sacramenti. I particolari di questa triste cerimonia vennero narrati con serenità in una commovente lettera che Don Tazzoli spedì lo stesso giorno ad una zia materna. Il 7 dicembre 1852, Enrico Tazzoli, insieme ad altri 4 compagni di pena, tra cui un altro sacerdote Don Giuseppe Ottonelli, parroco di San Silvestro di Mantova, venne impiccato nel forte di Belfiore. Un anno dopo, sempre a Mantova, veniva condannato a morte anche don Bartolomeo Grazioli, arciprete di Revere.

Nuovo colpo per la Chiesa fu la prima legge sulle Corporazioni religiose definitivamente sancita al Senato il 28 maggio 1855. L'iter di questa legge fu assai tribolato e non è questa la sede per farne l'esame, dirò solo che riguardava la soppressione di alcuni ordini religiosi considerati "improduttivi", mentre venivano risparmiati quegli ordini e quelle istituzioni che rappresentavano pur sempre un vantaggio ed un sostegno per la società. Cavour che fu grande sostenitore della legge, così difese il progetto in Parlamento: "...qui non si tratta di distruggere radicalmente le istituzioni monastiche. (omissis) si tratta di fare opera riformativa (omissis) a parer mio tutti gli ordini religiosi che si fondano sopra il voto strettamente contemplativo o che riposano sul principio della mendicizia, sono ora radicalmente inutili, sono ora dannosi. La società attuale ha per base economica il lavoro".¹⁵

Nel 1861 altro episodio scottante: Carlo Passaglia, teologo gesuita che nel 1858 aveva chiesto di uscire dall'Ordine per meglio servire la propria fede liberale, rivolse un "*Indirizzo del clero italiano a Pio IX*" con il quale il Papa veniva invitato a rinunciare spontaneamente al potere temporale per "conciliarsi" con il giovane Regno d'Italia; l'*Indirizzo*, concludeva con un "*viva Roma metropoli del nuovo Regno*". L'*Indirizzo* che portava la firma di ben 8943 frati e preti suscitò notevole scalpore e Pio IX reagì con la sua abituale durezza.¹⁶ Non fu il Passaglia l'unico sacerdote liberale: accanto a

lui vanno ricordati, sia pure per motivi e peso diversi, Giovanni Battista Avignone, Antonio Isaia, Antonio Perazzi, Filippo Perfetti, Prota Giurleo, Giulio Ratti, Eusebio Reali, Luigi Tosi, Angelo Volpe. Né mancarono alti prelati: il cardinale D'Andrea e i vescovi Caputo, Di Giacomo, Pieramico, Liverani, Conti, Novasconi e Mucedola, tutti sottoposti dalla Chiesa a più o meno gravi provvedimenti disciplinari.

Cito infine assai brevemente il gravissimo scontro che Pio IX ebbe con il Governo Italiano nel 1861 dopo l'invasione dei suoi Stati da parte delle truppe del Re che si recavano all'incontro dei Mille di Garibaldi: le province occupate vennero successivamente annesse al Regno d'Italia. Lo Stato della Chiesa era ormai chiuso nei ristretti confini del Lazio.

Un anno dopo, nel giugno del 1862, e non fu certo pura coincidenza, Pio IX approfittò della presenza a Roma di numerosi vescovi, convenuti in occasione della canonizzazione di alcuni martiri del Giappone, per fare loro sottoscrivere una dichiarazione nella quale si affermava senza mezzi termini *"essere per il retto e libero regime della Chiesa e della cura delle anime, assolutamente necessario il Regime Temporale del Papa"*.

Questa dichiarazione fu il seme dal quale crebbe poi la pianta del Concilio Vaticano I. Infatti un anno dopo, nel 1863 in occasione delle solenni celebrazioni svoltesi a Trento per il III centenario dell'ultimo grande sinodo indetto dalla Chiesa, cominciò a trapelare qualche indiscrezione su un Concilio Ecumenico da convocarsi prossimamente.

In un primo momento si disse che il tema principale del Concilio dovesse essere la definizione del dogma del potere temporale che era fortemente caldeggiato dai politici ultramontani intransigenti e che stava anche molto a cuore a Pio IX. Il momento pareva propizio per quella che sembrava essere una iniziativa più politica che religiosa e mirava a scuotere dalle fondamenta il giovane Regno d'Italia che non era stato ancora riconosciuto né dalla Spagna né dall'Austria.

Ma la Curia romana vagliò l'iniziativa con più prudenza e volle aspettare un po' di tempo prima di adottare una decisione su quel punto, nel mentre, si lavorava alla preparazione delle altre proposizioni più strettamente religiose. E il tempo questa volta dette ragione ai cardinali di Curia.

Dopo la guerra del 1866 l'Austria, perduto il Veneto, riconobbe il regno d'Italia che si era alleato con l'emergente Germania protestante. Nella Spagna Isabel II dovette abdicare e la Repubblica spagnola riconobbe anch'essa il nuovo Regno. Pio IX, non restò con le mani in mano e si accontentò per il momento, e non fu poca cosa, di pubblicare, l'8 dicembre 1864, in allegato all'enciclica *"Quanta Cura"* il *"Syllabus"*, una *summa* di 80 "errori" del secolo, la condanna drastica, durissima, inappellabile d'ogni idea liberale e progressista.

Il Papa annunciò ufficialmente il Concilio il 29 giugno 1867 durante le celebrazioni del centenario del martirio di San Pietro; poi indisse il Concilio ufficialmente esattamente un anno dopo (giugno 1868) con la Bolla *Aeterni patris* fissandone l'apertura per l'8 dicembre 1869.

Furono i Gesuiti di Civiltà Cattolica che orientarono il papa a cambiare il tema del dogma: non più il potere temporale, difficile da provare come emergente dalla santità e dalla verità delle Sacre Scritture, ma qualcosa che da secoli era ben radicata nell'ambito della Chiesa di Roma e cioè l'infallibilità del magistero petrino. Dopo varie discussioni venne limata anche questa proposizione: il dogma avrebbe dovuto definire l'infallibilità papale solo quando il successore di Pietro, nella sua qualità di pastore e maestro, parla *ex cathedra*. Del resto, osservavano gli ultramontani, una volta dichiarato il Papa infallibile quando parla in materia di fede e di costumi, se in un'Enciclica egli avesse affermato essere il potere temporale necessario per il retto e libero svolgimento del suo magistero (lo aveva già dichiarato nel 1860 con l'Enciclica *Cum Cattolica Ecclesia*), chi avrebbe potuto muovere obiezioni? Come sempre: *"Roma locuta, causa finita"*.

I Gesuiti avevano subito capito che un dogma sul potere temporale avrebbe suscitato molte perplessità e preoccupazioni negli ambienti politico-diplomatici. Infatti in Italia i primi a sentirsene allarmati furono Vittorio Emanuele II e i ministri Visconti Venosta e Giovanni Lanza che temevano e giustamente che, approvato il dogma dell'infallibilità, venisse riproposto subito dopo quello del potere temporale. Quest'ultimo quindi affidò al prefetto di Caserta, Giuseppe Colucci, che conosceva assai bene la maggior parte degli alti prelati del Meridione, di far loro sapere che "mai e poi mai Sua Maestà avrebbe tollerato che il Concilio definisse il dogma del potere temporale". La precauzione non era inutile, il pericolo era latente e se non fosse intervenuta la guerra franco-prussiana con la conseguente conquista di Roma da parte delle truppe italiane, forse il Concilio Vaticano I avrebbe avuto una storia un po' diversa.¹⁷

Non è il caso di dilungarsi sulla storia del Concilio Vaticano I. I padri conciliari erano divisi in due partiti, quello dei favorevoli al dogma e quello dei contrari, definiti gli *antinfallibilisti*. Questi ultimi temevano che il dogma avrebbe reso più difficile l'opera pastorale della Chiesa inasprendo i rapporti con i non credenti e non facilitando le cose con le altre chiese cristiane, in particolare con quelle "cattoliche" che si erano allontanate da Roma, vale a dire Ortodossi e Anglicani che non accettavano la indiscussa supremazia del Papa e auspicavano un ritorno al passato quando il vescovo di Roma, pur godendo d'un particolare prestigio, era fra tutti i vescovi un *par inter pares*. Il partito favorevole alla proclamazione del dogma non solo voleva sancito un principio da secoli ritenuto un cardine della Chiesa, ma temeva che se fosse stato respinto ciò sarebbe stato interpretato come una sconfessione del secolare operato della Chiesa nell'esercizio del suo magistero. Il settore più politicizzato di tale partito inoltre, vedeva poi nella proclamazione del dogma un rafforzamento del potere temporale del papa in un momento in cui esso era vivamente minacciato.

La votazione del 13 luglio 1870 dette 451 voti al SI (placet), 62 voti al SI con riserve (placet iuxta modum), 88 voti al NO (non placet). La reazione di Pio IX fu violenta, esercitò e fece esercitare ogni sorta di pressioni affinché il dogma venisse votato, se non ad acclamazione, almeno a larghissima maggioranza. A questo punto la maggior parte dei dissenzienti, con il pretesto della delicatissima situazione politica internazionale (la guerra franco-prussiana era alle porte) chiese e ottenne il permesso di partire per le proprie sedi e così 55 padri conciliari lasciarono Roma. Alla votazione finale del 18 luglio 1870 si ebbero 433 voti per il SI, 2 voti per il NO. Il testo, redatto sulla falsariga dei Canoni del Concilio di Trento, nella Sezione IV, Capitolo IV recitava così: "...definiamo essere dogma divinamente rivelato che il Romano Pontefice quando parla ex cathedra (omissis) gode di quella infallibilità di cui il divino Redentore ha voluto dotare la sua Chiesa, allorché definisce la dottrina riguardante la fede o i costumi. Se poi qualcuno - Dio non voglia - osasse contraddire questa nostra definizione: anatema sit (sia scomunicato)".

Il 19 luglio la Francia dichiarava la guerra alla Prussia e scoppiava la guerra: le sedute vennero sospese momentaneamente e dopo il 20 settembre il concilio fu sospeso *sine die*.

È ora di tornare al nostro Anticoncilio che abbiamo lasciato mentre fervevano le discussioni tra favorevoli e contrari.

Nelle principali città d'Italia, e in molte altre località di provincia, si tennero riunioni allo scopo di preparare le mozioni da presentare al convegno di Napoli e in quest'opera si distinsero non solo i comitati delle associazioni dei liberi pensatori, ma anche quelle delle società operaie e di mutuo soccorso che cominciavano a sorgere sempre più numerose, agguerrite e preparate.

È singolare che di tutte le mozioni presentate, Ricciardi, nella sua relazione, porti agli onori della citazione, additandola ad esempio, la delibera programmatica delle Associazioni riunitesi a Loreto "cioè là dove sorge uno dei più celebri monumenti della superstizione cattolica".

Tra i punti più significativi del documento troviamo: "1.° L'incompatibilità della Chiesa colla società moderna, ... 4.° Indegna dell'uomo e del cittadino la dottrina dell'utilità delle superstizioni come strumento d'ordine e di sicurezza sociale. ... 5.° Indegni dell'uomo libero ed educato i pregiudizi religiosi contro gl'Israeliti ... 9.° Unica soluzione del problema delle relazioni giuridiche tra lo Stato e la Chiesa la libertà come agli Stati Uniti d'America. ... 11.° Lettera morta, senza valore giuridico, e semplice testimonio dei pregiudizii del tempo, il 1.° articolo dello Statuto ... 13.° Doversi escludere l'insegnamento cattolico dalle scuole pubbliche, facendo plauso all'esempio dato in proposito dal Municipio di Bologna". Faccio notare che fino a nove anni prima, la cittadina di Loreto faceva parte dello Stato della Chiesa.

L'ordine del giorno del Convegno venne stilato come segue e diffuso a migliaia di copie, con annessa traduzione in francese:

1. Della libertà religiosa e dei modi più acconci a renderla piena e sicura;
2. Della separazione completa fra la Chiesa e lo Stato;
3. Della necessità d'una morale indipendente dalle credenze religiose;
4. Dell'ordinamento d'un'associazione internazionale intesa a promuovere il generale benessere, sia economico, che morale.

Le discussioni teologiche saranno severamente bandite, essendo ferma intenzione dei promotori dell' Anticoncilio il prefiggersi, oltre un altissimo scopo morale, uno scopo d'utilità pratica e positiva".

Nonostante le polemiche sorte in seno alla massoneria e allo stesso mondo del libero pensiero, il giorno dell'inaugurazione, slittato al 9 dicembre 1869, nel Teatro San Fernando di Napoli erano presenti 461 persone in rappresentanza di 237 Società o Gruppi di cui: 62 logge massoniche, tra italiane e straniere, 34 società operaie, 90 gruppi di liberi pensatori tra cui 63 italiani e 27 stranieri, 51 associazioni varie di cui 25 italiane e 26 straniere. Tra le oltre 1000 adesioni fatte pervenire al conte Ricciardi si contavano quelle di 58 deputati e di 2 senatori.

Il Comitato dell'Anticoncilio era presieduto ovviamente dal Ricciardi e fra i suoi membri più rappresentativi figurava il Generale Avezzana.¹⁸ In Sala, per la stampa, erano presenti i direttori dei giornali di Napoli Carlo Mileti, de *"Il Popolo d'Italia"*, Pasquale Billi del *"Roma"* e Michele Torraca de *"La Libertà"*.

I lavori del Congresso furono aperti, come era logico, dal promotore dell'Anticoncilio Giuseppe Ricciardi, con un lungo e fiorito discorso di cui mi limito a riportare due passi, tanto per dare quella nota di colore atta a dipingere l'ambiente della riunione:

"Se il re-sacerdote, nella gran Roma, contaminata da lui e dalla sua setta, inaugurava ieri il suo conciliabolo in nome del padre, del figlio e dello spirito santo, noi, scomunicati da lui, sol perché amiamo la patria ed il viver libero, ed alle tenebre antepponiamo la luce, in nome della parte più eletta, non solo della nostra nazione, ma di tutto il mondo civile, inauguriamo oggi questo veramente sacro concilio". Ricciardi declamò enfaticamente la sua frase programmatica: *"Astenersi dal male, fare il bene, amarsi gli uni agli altri nell'interesse comune"* e per tranquillizzare i cattolici non esitò a dichiarare: *"noi non malediciamo a nessuno, neppure al papa; ma noi, adoratori della libertà fino agli ultimi limiti del possibile, tollerantissimi siamo delle credenze altrui, anzi non altre lecite reputando contro l'errore, che il ragionamento e la persuasione"*.

Venne quindi data lettura degli ultimi messaggi ricevuti e si proseguì con l'appello dei presenti. Fra i primi fu il generale Avezzana e l'eroe garibaldino fu accolto da una

calorosa ovazione, ma quando si giunse alla lettera T, il Ricciardi scrive: *"s'udì il nome di Tognetti, fratello della vittima immolata in Roma dal papa Pio, il dì 24 novembre del 1868, il perchè un immenso applauso scoppiò nella sala, commisto ad un immenso grido di esecrazione contro il re-sacerdote"*.¹⁹

Letto l'ordine del giorno, si passò all'esame delle varie mozioni e proposte, ma mentre tutto procedeva normalmente ad un certo punto, un delegato della città di Salerno, certo Romanelli, durante il suo intervento profferì frasi che Ricciardi nella sua relazione definisce *"vane e inconsulte, che vennero raccolte dalla Questura, quivi occultamente presente, siccome quelle che suonavano ostili alla monarchia"*.

Gli organizzatori allora, come se intuissero quale nuvolaglia s'addensasse sull'Anticoncilio, decisero di sospendere la riunione e di aggiornarsi al dì seguente.

Il giorno 10 dicembre, alle ore 20 vennero ripresi i lavori dando lettura degli ultimi telegrammi e lettere ricevuti, una delle quali scritta dagli Italiani di Montevideo, un'altra proveniente dall'isola di Giava, e una terza, *"da due Israeliti di Mantova, cioè dai fratelli Edoardo e Adolfo Colorni, il primo dei quali diceva non aver voluto far coincidere un bambino natogli allora allora. I quali annunzi venivano accolti con entusiastici applausi"*.

L'avvocato Gambuzzi, esperto economista, faceva un'esposizione di taglio socialista affermando che l'uomo non si emancipa solo con l'esercizio dei diritti civili e politici, ma gli occorre il libero esercizio dei diritti economici. Anche nei paesi più liberi e più civili, affermava, l'operaio soggiace alla schiavitù del lavoro ed alla tirannia del capitale. L'Anticoncilio quindi non raggiungerebbe il suo scopo se si limitasse a reclamare la sola libertà religiosa e politica senza proclamare anche la libertà economica.

Dopo altri interventi tra i quali uno appassionato del noto e popolare Giovanni Pantaleo, l'ex francescano, già cappellano dei Mille di Garibaldi, fu la volta del delegato francese Regnard di Parigi, il quale venne salutato da vivissimi applausi specialmente quando accennò all'occupazione di Roma da parte dei Francesi, esecrandola in nome del suo paese. Ma a questo punto lascio la parola al Ricciardi: *"...alle quali parole essendosi unanimemente gridato 'Viva la Francia', ei rispose col grido di 'Viva l'Italia!' Fu allora, che un'unica voce, di tale, di cui non si è mai potuto conoscere il nome, gridò 'Viva la Francia repubblicana!'". Al qual grido l'ispettore Lupi, che si era introdotto nella sala in modo affatto illegale, (omissis) ricintosi della sciarpa dai tre colori, leggeva le seguenti parole: "Essendosi dal campo filosofico entrato in quello delle quistioni socialistiche (sic), facendo voti per la distruzione del presente ordine di cose, siccome apparve ieri per parte di Romanelli, emigrato romano, in nome della legge dichiaro sciolta l'assemblea". Uditte le quali parole, fu grande il rumore, sicché mi fu forza aspettare più d'un minuto, a poter fare udir la mia voce.*

"Sarei -io dissi- nel pieno diritto di non obbedire ad un'ingiunzione, qual si è questa, affatto illegale e incostituzionale; ma, ad evitare ogni più lieve pericolo di disordine, invito l'assemblea ad isciogliersi. 'La sala, invasa da carabinieri e poliziotti veniva fatta sgombrare senza incidenti, ma la sera stessa 37 delegati, riunitisi privatamente, firmavano una protesta che veniva pubblicata sul "Popolo d'Italia" l'11 dicembre 1869.

Il giorno dopo sul *"Popolo d'Italia"*, sul *"Roma"* e su *"La Libertà"* compariva anche la protesta redatta e sottoscritta da Giuseppe Ricciardi e dal Generale Avezzana.

"Sciolti illegalmente iersera, protestiamo altamente contro un fatto tanto più enorme, in quanto che può riuscire di grave disdoro al nome italiano, siccome quello, che aveva luogo al cospetto di molti egregi stranieri accorsi fra noi collo scopo di partecipare all'opera nobilissima da noi divisata.

Risoluti a rivendicare per tutte le vie, che ci offrono lo Statuto e le leggi, il diritto di libera riunione si evidentemente violato, dichiariamo voler mantenere l'Anticoncilio, riserbandoci di dar pubblico avviso del giorno e del luogo della prossima riunione.

Napoli, 11 dicembre 1869.

G. RICCIARDI. G. AVEZZANA"

È chiaro che se l'Ispettore Lupi era presente in sala con tanto di sciarpa tricolore, con un testo da leggere già compilato e con un plotone della forza pubblica pronto ad intervenire, la chiusura anticipata dello scomodo convegno era premeditata. C'era stata l'avvisaglia del giorno precedente come lo stesso Ricciardi paventava, ma non è da escludere, tutt'altro, che l'anonima voce che gridò "viva la Francia repubblicana" sia uscita dalla bocca, se non proprio di un poliziotto, da quella del solito agente provocatore prezzolato. L'Anticoncilio dava fastidio, sia con le sue idealistiche dichiarazioni di principio, sia con le sue intemperanze verbali all'indirizzo del Papa: bisognava quindi ridurlo al silenzio.

I Delegati dell'anticoncilio, sfrattati con la forza dal Teatro San Ferdinando, si riunirono il giorno 15 nell'albergo New York per nominare una commissione ristretta, formata da cinque membri, con l'incarico di redigere un documento chiamato "programma dei principi dell'Assemblea dei liberi pensatori". Il documento, che era stato preparato dal Ricciardi fu approvato a maggioranza la sera del 16 dicembre questa volta nell'Hotel Stati Uniti. Il testo redatto in francese recitava:

DÉCLARATION DE PRINCIPES

Les soussignés, délégués de différentes nations du monde civilisé, réunis à Naples pour prendre part à l'Anti-Concile, affirment les principes suivants:

Ils proclament la libre raison en face de l'autorité religieuse; l'indépendance de l'homme en face du despotisme de l'église et de l'État; la solidarité des peuples en

face de l'alliance des princes et des prêtres: l'école libre en face de l'enseignement du clergé; le droit en face du privilège.

Ne reconnaissant d'autre base que la science et le droit, ils proclament l'homme libre et souverain dans l'État libre, et la nécessité de l'abolition de toute Église officielle.

La femme doit être affranchie des entraves que l'Église et la législation opposent à son entier développement.

Ils affirment la nécessité de l'instruction en dehors de toute intervention religieuse, la morale devant être complètement indépendante de cette intervention.

Naples, le 17 decembre 1869.

Calava così il sipario sull'Anticoncilio. Giuseppe Garibaldi, che era stato il primo ad aderire all'iniziativa del conte Ricciardi, fu anche il primo a rivolgergli parole di solidarietà ed incoraggiamento.

"Mio caro Ricciardi.

Caprera, 6 gennaio 1870.

Il motivo per la chiusura dell'Anticoncilio furono alcune grida. Non si gridi, e si continui a riunire periodicamente il nobile consesso dei liberi pensatori del mondo. L'impresa è troppo sublime per essere abbandonata.

Sempre vostro

G. GARIBALDI'

Dell'Anticoncilio poco si parlò all'epoca e ancor meno se ne parla oggi, trascurato dagli studiosi.

Cosa ne rimane dunque, cosa possiamo dire dell'iniziativa del conte Giuseppe Ricciardi?

Certamente non fu un evento memorabile e non ebbe un peso rilevante, non ebbe quell'impatto dirompente contro la Chiesa che i promotori si prefiggevano. Certamente oggi non condividiamo talune asprezze verbali, certo linguaggio inutilmente irriverente (ma dobbiamo anche convenire che nelle encicliche dei Papi dell'epoca il linguaggio non era più gentile). Erano le passioni dell'epoca: vogliamo essere indulgenti.

Ma quando leggiamo gli indirizzi programmatici dei liberali, cattolici e non, dei moderati, dei radicali, dei liberi pensatori e anche di alcuni anarchici, pur con sfumature o proposte diverse, troviamo gli stessi temi, le stesse preoccupazioni, le stesse ansie.

Non lottavano solo contro i dogmatismi di un partito clericale chiuso nelle sue certezze, ma anche contro le incomprensioni e i pregiudizi di tanti esponenti di movimenti che si ritenevano d'avanguardia, ma che poi si mostravano timidi e titubanti nel riconoscere in alcune rivendicazioni le vere armi del progresso sociale. Da qui le polemiche interne, i dibattiti aspri. Ma in fondo, cosa volevano?

Volevano esprimersi liberamente, con la parola e con gli scritti, volevano una stampa libera che arrivasse a tutti. E per ottenere ciò era necessario abbattere la barriera dell'analfabetismo: i governi della destra liberale prima e poi quelli della sinistra promulgarono, è vero, leggi in favore dell'insegnamento obbligatorio e gratuito affinché l'infanzia avesse accesso ad una più larga istruzione di base. Ma per coloro che erano già cresciuti? Furono le Società operaie e contadine, quelle di Mutuo Soccorso, accusate da certi politici di essere solo fomite di disordini sociali, che si occuparono di istruire gli adulti, cioè quei bambini che non si erano mai seduti sui banchi della scuola perché costretti a lavorare fin dall'infanzia, che erano arrivati all'età matura con i calli alle mani, senza saper né leggere né scrivere, senza alcuna difesa culturale; e per loro organizzarono prima ancora che lo facesse lo stato, corsi di istruzione serali.

Volevano che i cittadini, potessero così non solo imparare cose utili, ma che fossero in grado di difendersi meglio nella vita avendo la possibilità di progredire. E volevano che potessero votare sempre più numerosi, sapendo per chi e per cosa farlo, perché con il suffragio ristretto al 2 o 3% della popolazione nessuno poteva considerarsi responsabile, anche sbagliando, del proprio destino. Il deputato Giuseppe Ricciardi si dimise proprio per questo motivo.

Volevano l'emancipazione della donna alla quale non solo venivano negati i diritti politici dell'elettorato attivo e passivo, ma anche quelli civili. Volevano la sua piena capacità giuridica: poter amministrare il proprio patrimonio e non dover sempre soggiacere all'autorità di un uomo fosse il padre prima, il marito poi, per tornare ancora sotto il padre o altro maschio in caso di vedovanza. Volevano che potesse essere veramente madre, educatrice dei propri figli esercitando la patria potestà che le veniva negata. Che potesse accedere all'insegnamento superiore che le era precluso. Che potesse sedere nei tribunali per testimoniare da cittadina dato che, in quanto donna, non era credibile. Che potesse avere diritto ad un lavoro degno di questo nome, creativo, e non ausiliario, o meno che gregario. Volevano che ogni lavoratore, uomo o donna che fosse, in caso di malattia o infortunio, potesse avere diritto ad una protezione, ad un sostegno che non fossero un'umiliante elemosina. Volevano quella che noi oggi chiamiamo sicurezza sociale frutto di un lavoro protetto e remunerato secondo legge. All'epoca chi non godeva di certi privilegi di culla, non poteva che chiedere solo lavoro, uno qualunque, e chi non lo trovava doveva emigrare.

Volevano la libertà di "credere" liberamente: alcuni in Dio, ciascuno secondo la religione tradizionale, quella che con espressione biblica chiamiamo la religione dei padri, ovvero in una religione scelta dopo un proprio travaglio spirituale. Altri volevano essere liberi di non credere: taluni astenendosi semplicemente da compromessi con lo spirito, tal'altri invece volevano elevare il loro agnosticismo ad una vera fede laica, non riposta in un dio qualsivoglia bensì in altri valori, frutto d'un imperativo categorico fondato sulla ragione, sulla giustizia, sull'onestà, sulla solidarietà e su una morale laica anche se ispirata a principi di una qualche antica religione.

Oggi, anche se in maniera ancora imperfetta, queste aspirazioni sono per noi delle conquiste, delle realtà che ci sono pervenute grazie al coraggio e alla determinazione di uomini e di donne che hanno saputo percorrere con fatica lo stretto vicolo che si apre tra un Concilio e un Anticoncilio. Molte altre nostre conquiste sono passate, passeranno ancora e passeranno per un vicolo come quello. Per questo motivo, è giusto ricordare.

NOTE

1. Il conte Giuseppe RICCIARDI nacque a Napoli nel 1808 e ivi morì nel 1882. Nel 1832 fondò a Napoli la rivista *Il progresso delle Scienze*. Conobbe personalmente Mazzini e si affiliò alla *Giovine Italia*. Venne arrestato dalla polizia borbonica nel 1834 e rimesso in libertà nel 1836, esulò in Francia e in Svizzera. Fu tra i sostenitori e finanziatori della spedizione dei fratelli Bandiera. Si allontanò progressivamente da Mazzini per aderire ad un'ideologia più radicale. Nel 1861 fu eletto deputato per la circoscrizione di Foggia e sedette al Parlamento durante tre legislature. La sua attività parlamentare lo vide in primo piano nel sostenere la legge per l'incameramento allo Stato dei beni ecclesiastici, l'emancipazione della donna. Quale deciso sostenitore della separazione tra Stato e Chiesa lottò in Parlamento per la soppressione dell'art. 1 dallo Statuto Albertino che riconosceva la religione cattolica quale unica religione dello stato. Propugnò tenacemente per una riforma elettorale che allargasse il numero degli aventi diritto al voto e per tale motivo rassegnò le dimissioni nel 1870 con una lettera al Presidente della Camera nella quale dichiarava che: "...la persuasione della poca efficacia al bene d'Italia del regime parlamentare, finché la legge elettorale non sia radicalmente mutata mi sforzano a rassegnare per la terza volta un mandato che non potrei esercitare in modo veramente utile per il paese...". All'epoca su 28 milioni di abitanti avevano diritto al voto solo 530.000 persone pari circa al 2% dei cittadini. Infatti la legge elettorale escludeva le donne e gli analfabeti e potevano votare solo coloro che avessero compiuto i 25 anni e che pagavano un minimo di 40 lire di imposte dirette. La lettera non venne mai resa pubblica, essa venne trovata solo in una sua raccolta di scritti di vario genere dal titolo "Opere scelte" Napoli 1867-1870.
2. Pio IX scomunicò Casa Savoia e gli esecutori della politica del governo ben quattro volte. Già all'epoca della legge Siccardi del 1850, che aveva disposto l'abolizione del foro ecclesiastico e la soppressione del diritto di asilo in chiese e conventi, impartì severe disposizioni ai prelati affinché negassero i sacramenti agli uomini di governo che detta legge avevano sostenuto e fatto promulgare. Ma la prima scomunica formale arrivò con l'allocuzione "Cum Saepè" del 26 luglio 1855 dopo la promulgazione della legge sulla soppressione delle Corporazioni religiose. La seconda si ebbe nel 1860 dopo l'annessione al Piemonte delle Legazioni e la terza nel marzo 1861 quando il Parlamento votò l'ordine del giorno che proclamava Roma Capitale del nuovo Regno d'Italia. Il 1° novembre 1870 dopo l'occupazione di Roma da parte delle truppe italiane, cominciò la quarta "maggiore scomunica... non soltanto a coloro che perpetrarono l'invasione, l'usurpazione e l'occupazione delle nostre provincie e di questa alma città, ma anche ai loro mandanti, i loro fautori, i loro coadiutori, i loro consiglieri".
3. Giuseppe Conte RICCIARDI, "L'Anticoncilio di Napoli del 1869" Napoli, Stabilimento Strada S. Pietro a Maiella, 34, 1870.
4. Garibaldi allude ad un disegno del Ricciardi di fondare a Napoli un'Associazione unitaria italiana di liberali e liberi pensatori.
5. Per la posizione che le varie logge massoniche d'Italia assunsero nei confronti del l'Anticoncilio, vedi Aldo A. MOLA, "Storia della Massoneria italiana", Bompiani 1992.

6. Guido VERUCCI: "L'Italia laica prima e dopo l'Unità 1848-1876" Laterza 1981.
7. Non è dato sapere quando avvenne esattamente il battesimo forzato del piccolo Stefanoni, ma l'accorata lettera di protesta venne pubblicata sul "Libero Pensiero" del 26 dicembre 1869.
8. I piccoli Coen e Mortara vennero portati a Roma, educati nell'Ospizio dei Catecumeni, avviati alla carriera ecclesiastica e non rividero più le proprie famiglie. Vedi Attilio MILANO "Storia degli Ebrei d'Italia" Einaudi, 1963 e Marina CAFFIERO, "Battesimi forzati" Viella, 2004.
9. Per la complessa situazione del clero rivoluzionario vedi Pierre GACHOTTE "La Révolution Française" 1949; Gaetano SALVEMINI "La Rivoluzione Francese 1788-1792" Feltrinelli 1962; André CASTELOTT "La Révolution Française", Perrin 1987.
10. Giuseppe Siccardi, ministro di Giustizia e Culto, fu il redattore e sostenitore della legge che prevedeva l'abolizione del foro ecclesiastico, cioè la competenza della sola legge canonica, ma non quella dello stato, per i reati, anche comuni, commessi da membri del clero.
11. Pio IX aveva chiesto che in tutte le chiese venisse letta la protesta della Santa Sede per l'approvazione della legge. Il governo del Re fece sapere alla sede vescovile che non avrebbe tollerato quella che riteneva una indebita ingerenza negli affari civili dello stato. Il vescovo Fransoni ovviamente, non tenne conto di tale avvertimento e dette disposizioni affinché il clero tutto esortasse dal pulpito i fedeli a disobbedire alla legge. Citato in giudizio, fu condannato a un mese di reclusione e a 500 lire di ammenda. Alla morte del Santa Rosa, cui furono negati i sacramenti, il Governo reagì con l'espulsione dei Padri Serviti che officiavano nella parrocchia del Santa Rosa, l'arcivescovo Fransoni, dopo nuovo processo, fu rinchiuso nel carcere di Finestrelle e poi espulso da Torino. Andò esule a Lione da dove continuò a protestare contro la politica anticlericale del Piemonte. Giorgio CANDELOTT "Storia dell'Italia Moderna" Feltrinelli 1968.
12. "Atti del Parlamento Italiano" vol 1850-51.
13. Raffaele DE CESARE "Roma e lo stato del papa" 1906. De Cesare fu giornalista e studioso di storia ed economia, parlamentare cattolico liberale, fu contemporaneo ai fatti di cui all'opera citata e se ne documentò acquisendo importanti testimonianze da coloro che quei fatti li vissero da protagonisti.
14. "Atti del Parlamento Italiano" vol. 1865.
15. Alfredo CAPONE "Destra e Sinistra da Cavour a Crispi" UTET 1981.
16. Carlo Passaglia fu anche scrittore e giornalista; fondò a Roma i periodici Il Mediatore (1862-66) e La Pace (1863-64). Sostenne tesi più o meno apertamente antitemporaliste decisamente espresse nel citato Indirizzo a Pio IX. Eletto deputato, appoggiò più volte disegni di legge che intaccavano e ponevano un freno ai secolari diritti della Chiesa. Quando morì nel 1887, per essere confortato dai sacramenti, fu costretto, come tanti altri sacerdoti ridotti allo stato laicale, a ritrattare il proprio passato contrario al papato.
- Né va dimenticato il grave disappunto che provocò in Pio IX la pubblicazione dell'ultima opera dell'Abate Vincenzo Gioberti, data alle stampe nel 1851, "Del rinnovamento civile d'Italia" nella quale il padre del cosiddetto Neoguelfismo italiano, che aveva caldeggiato e auspicato una federazione di stati italiani sotto la presidenza del Papa, volle correggere alcuni suoi precedenti errori di valutazione. Nel capitolo, emblematicamente intitolato "Della nuova Roma", non esitò a dire "Il Papa non deve avere sovranità di stato né di territorio (omissis) alla sicurezza della sua corte e famiglia è facile il provvedere mediante una legge accordata tra lui e lo Stato... al mantenimento e alle spese del Governo ecclesiastico può supplire una dotazione comune d'Italia, o meglio ancora più dignitosamente, dei popoli cattolici".
17. Raffaele DE CESARE opera citata.
18. Giuseppe Avezzana, figura di spicco del Risorgimento, fu militare e politico. Partecipò ai moti del 1820-21; andò esule in Spagna e nel Messico ove prese parte attiva a quei movimenti rivoluzionari. Ministro della guerra durante la Repubblica romana fu ancora con Garibaldi sul Volturno, nel Tirolo

e a Mentana. Entrato nell'esercito italiano, fu in seguito eletto più volte deputato per sedere sui banchi della sinistra.

19. Gaetano Tognetti, insieme a Giuseppe Monti, accusato di aver fatto saltare il 22 ottobre 1868 un'ala della caserma Serristori a Roma ove alloggiavano gli Zuavi che dovevano affrontare Garibaldi a Mentana, fu, insieme al Monti, ghigliottinato il 24 novembre nonostante le numerose richieste di grazia inviate a Pio IX dall'Italia e dall'estero.

N.B. Le fonti non citate in nota sono desunte, oltre che dalla *Relazione del conte Giuseppe Ricciardi*, da Antonio CESTARO "Internazionalisti, anarchici e clericali a Napoli dopo l'Unità" Editrice Universale Meridionale, Napoli 1969; da P.C. MASINI "Eresie dell'800" cap L'Anticoncilio, da C. CECCUTI "Il Concilio Vaticano I nella stampa italiana (1868-1970) Roma 1970, e da Emilia SAROGNI "La donna italiana (1861-2000), Il Saggiatore, 2004.

SALVATORE CANDIDO

Carlo Novello

Quest'anno ricorre il decimo anniversario della scomparsa del Dott. Prof. Salvatore Candido, già Addetto Culturale dell'Ambasciata d'Italia in Uruguay e Direttore dell'Istituto Italiano di Cultura.

E' partito il giorno di Natale del 1998.

Rivesti la sua carica a Montevideo tra il 1957 e il 1965 ed ha lasciato un'impronta memorabile non solo in Uruguay ma anche nel Brasile ed in Argentina, dove condusse delle ricerche che servirono per portare alla luce documenti e fatti non ancora conosciuti dell'epopea garibaldina in questa regione dell'America, nonché dell'importanza nel Sudamerica degli ideali mazziniani e degli uomini che li diffusero, con la parola e coi fatti.

Candido si era laureato in Lettere, Giurisprudenza e Scienze Politiche. Dal 1946 ha condotto i suoi studi di storia verso due versanti: la storia italiana e quella sudamericana, perché intese per primo in Italia che, senza la conoscenza di quest'ultima, la storia di Garibaldi diventa assai difficile a capirsi totalmente.

La sua attività come Direttore degli Istituti Italiani di Cultura durante 14 anni in questa parte dell'America, che ha una storia tanto ricca quanto simile a quella italiana per le difficoltà che questi paesi hanno dovuto vincere durante il XIX secolo, per poter assumere le loro identità nazionali contro gli interessi delle potenze di turno, sia in Europa che in America.

Le sue ricerche realizzate in questo periodo, direttamente negli Archivi storici e, pertanto, sui documenti autentici, sono state un contributo di grandissima importanza per la storia del sud del Brasile, dell'Uruguay e dell'Argentina.

Una gran parte del suo lavoro di ricerca è stata pubblicata su "GARIBALDI".

Possono essere ricordati, tra i suoi articoli: "Giuseppe Garibaldi in America Latina"; Anita Garibaldi: da Montevideo a Roma"; "Italiani dell'Uruguay ed Uruguayani alla difesa di Roma"; "Gli ideali repubblicani di Garibaldi"; "Gli Italiani nell'America del Sud e il Risorgimento"; "L'idea federalistica in Garibaldi nelle esperienze e negli esempi Latino-Americani"; "Un legionario di Montevideo alla Maddalena con Garibaldi-Il cagliaritano Angelo Figurina"; Giuseppe Garibaldi oggi"; "Giuseppe Garibaldi in Sudamerica nei suoi rapporti con Giuseppe Mazzini e il mazzinianesimo (1836-1844)"; "Donne garibaldine a Caprera"; Giuseppe Garibaldi:

dall'avventura marinara riograndense(1837) al comando della flotta in Uruguay"; "Appunti sull'apporto italiano alla storia delle emigrazioni politiche dall'Italia ai paesi iberoamericani durante il Risorgimento"; "L'idea e il modello istituzionale di Roma in Garibaldi", e si potrebbe continuare ancora.

Ha curato, insieme a Giuseppe Fonterossi ed Emilia Morelli, il primo volume dell'"Epistolario di Giuseppe Garibaldi", che comprende il periodo tra il 1834 e il 1848, nel quale il suo contributo è stato di grande importanza per la quantità di lettere che il Prof. Candido trovò negli Archivi di Buenos Aires e di Montevideo. Questo volume insieme ad altri fino all'ultimo, l'undicesimo, che va dall'aprile a dicembre del 1866, sono stati editati dall'Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano e fanno parte dell'Edizione Nazionale degli Scritti di Giuseppe Garibaldi.

Nel 1964 lo stesso Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano pubblicò il suo libro intitolato "Giuseppe Garibaldi corsaro riograndense(1837-1838)", che poi venne pubblicato in lingua portoghese, nel 1992, dall'Instituto Estadual do Livro, di Porto Alegre(Brasile) e dall'Università Cattolica di Rio Grande do Sul.

Candido è stato membro di diverse istituzioni culturali ed accademiche quali l'Associazione Culturale Garibaldina di Montevideo, l'Accademia Nazionale della Storia di Buenos Aires, l'Istituto Storico del Río de la Plata "Brigadier General Don Enrique Martínez", di Buenos Aires, l'Istituto Storico e Geografico del Río Grande del Sud, di Porto Alegre, (Brasile), nonché dell'Associazione Studi Sociali Latino-americani, di Roma-Sassari, dell'Istituto Internazionale di Studi "Giuseppe Garibaldi", di Roma, dell'Istituto Internazionale di Studi Garibaldini, di Baltimore, negli Stati Uniti di Nordamerica e, naturalmente, dell'Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, di Roma.

Sono stati numerosi i libri e numerosissimi gli articoli e i saggi, da lui pubblicati, non solo sulla nostra rivista GARIBALDI, ma in edizioni del Consiglio Nazionale delle Ricerche, dell'Accademia Nazionale dei Lincei, della Escuela Española de Historia y Arqueología, di Roma, dell'Accademia Nazionale delle Scienze, di Roma, della Società Italiana per la Storia Patria, di Palermo, dell'Istituto della Enciclopedia Italiana, della "Domus Mazziniana" di Pisa, ecc..

Sono innumerevoli le conferenze tenute da Candido a Buenos Aires, Montevideo, Caracas, Brasilia, San Paolo (Brasile), a Vienna, Colonia, Siviglia, Madrid, e in Italia, a Cosenza, Cagliari, Catania, Milano, Genova, Palermo, Pavia, Roma, Sassari, Viterbo, ecc.

Gli fu conferita la Medaglia d'Oro della Presidenza della Repubblica Italiana per la Cultura, la Scuola e l'Arte, e il Premio Cultura della Presidenza del Consiglio dei Ministri, per le sue pubblicazioni.

A Buenos Aires diresse la rivista bilingue "Vita Italiana" e a Montevideo è stato fondatore e direttore della rivista "Dialogo", editata dall'Istituto Italiano di Cultura in Uruguay.

L'ultima edizione da lui diretta di "Dialogo", è stata coincidente con la presenza in Uruguay del Presidente Saragat, il quale dichiarò all'occasione che "Il futuro d'Europa è legato al Sudamerica".

Trasferito ad un'altra destinazione, in questo numero di "Dialogo" Candido scrisse un commosso Congedo che abbiamo il piacere di riprodurre:

"Nell'imminenza del trasferimento ad altra sede, prendo congedo dagli amici, dai collaboratori, dagli alunni, dai lettori di "Dialogo", rassegna di vita e cultura italiana, da me fondata nel 1959 come voce ed espressione dell'Istituto Italiano di Cultura di Montevideo e con gli ampi intendimenti manifestati nel primo numero del giugno di quell'anno, nell'editoriale dal titolo "Il nostro dialogo".

Giunti adesso ai 30 numeri con oltre 1200 pagine, in cui collaboratori italiani e latinoamericani hanno presentato fenomeni della vita culturale italiana ed hanno agitato problemi che si riferiscono al dialogo fra un Paese ed un Continente, riteniamo onestamente di non essere venuti meno agli intendimenti ed ai propositi che allora fissammo.

E' questa l'ora della nostalgia: non si lascia un Paese ed un Continente in cui lavorammo nel vivo desiderio di apportare nell'adempimento della nostra missione un contributo alla migliore conoscenza fra i popoli senza profondo dolore per quanto esso sia mitigato dal fatto che il Paese dove continuerò (chiamato dalla Direzione Generale per le Relazioni Culturali con l'Esteri del Ministero degli Affari Esteri), a prestare la mia opera sia molto vicino all'Italia (ove mi portano esigenze di famiglia e dei figli che crescono e si avviano a studi sempre più impegnativi) e sia Paese dove fioriscono, dalla pietra e dalla sabbia, i monumenti innalzati dalla civiltà romana da cui e l'Italia e questo Continente traggono le loro scaturigini spirituali più profonde.

Dopo circa 14 anni di ininterrotta attività in tre paesi del Pacifico e dell'Atlantico (Cile, Argentina ed Uruguay), mi avvio verso l'Italia ed il Mediterraneo, ma con il più vivo desiderio di tornare in questi Paesi dove ho trovato sempre accoglienza ospitale, amici sinceri e collaboratori capaci ed appassionati, dove ho trovato affetto per il mio Paese, materiato di amore ancestrale e di conoscenza, dove la gente ha profondo il senso dell'uomo e dell'umano.

"Il futuro dell'Europa è legato al Sud America" disse il Presidente Saragat al ritorno in Italia dopo la sua visita di Stato nei Paesi Latinoamericani.

Noi da anni sosteniamo ed incoraggiamo con tutte le nostre forze questo dialogo che speriamo, debba trovare un ulteriore rafforzamento nell'Istituto Italo-Latinoamericano per la cooperazione culturale ed economica e per le relazioni umane", autorevolmente voluto dal Ministro degli Affari Esteri Prof. Amintore Fanfani.

Nel congedarmi dagli amici e collaboratori e da quanti, nei Paesi in cui ho svolto la mia attività, mi sono stati vicini ed hanno seguito la mia opera, desidero esprimere

con l'augurio per il progresso della loro Patria e per il loro personale benessere, anche il mio più vivo ringraziamento a quanti hanno operato per affiancare, sostenere, diffondere la nostra opera diurna. Esprimo, anche, la mia volontà di ritorno in questi Paesi a cui sono legato con tutta l'anima anche per il lavoro svolto per ricercare le più riposte scaturigini della presenza italiana che si intreccia e collega con la storia viva di questi popoli.

In qualunque Paese del mondo mi debba trovare nei prossimi anni, ricorderò questi anni latinoamericani con nostalgia profonda e con rimpianto immutabile.

Auguro che questa rivista, avvalendosi ancora per molti anni dell'opera dei collaboratori, inserzionisti, abbonati, lettori, possa continuare a svolgere la sua funzione insostituibile che ha svolto finora, con dignità ed elevatezza, nello spirito della premessa redazionale del 1° numero di cui mi piace ripetere, in questo ultimo fascicolo da me diretto, alcune note essenziali: "In un mondo, che vive dell'assillo della velocità e scava nelle formule tormentate del vivere odierno le ragioni della sua forza ed i motivi della sua oppressione, la nostra rivista vuole costituire una voce che, unita a tante innumeri voci, parli della forza indistruttibile dello spirito umano...; per tanto coglierà le voci di questo mirabile fermento che, scaturito dall'essenza della comune civiltà, vibra e si spande attraverso le linfe vitali del mondo Latinoamericano...".

Questo scrivemmo nel 1959; lo scriveremmo anche ora, confortati dai consensi e dai riconoscimenti che da ogni parte ci pervengono ma, più che altro, dalla constatazione che in Italia, oggi, si guarda più che mai a questi Paesi, ad un Continente che reca in sé, secondo la parola del Presidente Saragat, i germi di un futuro da cui dipende in gran parte quello dell'Europa e del mondo intero.

Non dico, pertanto, addio ma arriverci in questi Paesi, ove tornerò fra pochi o molti anni, oppure in Italia dove quanti hanno seguito la nostra opera devono prima o poi avviarsi per conoscerla e comprenderla meglio nel suo glorioso passato e nella sua multiforme vita moderna; arriverci per il mondo che non v'è angolo del mondo dove un Italiano non abbia scavato le fondamenta di opere più o meno insigni, innalzato case, monumenti e rocche dello spirito, arriverci in ogni luogo di questa terra tanto dispersa ed immensa quando allignano incomprensione ed odio, ma tanto vicina e raccolta quando regnano comprensione ed amore nei segni di una cultura che non sia sterile pane per lo spirito ma sia materiata di fede nella dignità dell'uomo e nei diritti e doveri ad esso imposti dall'amore per la libertà e dall'ansia di giustizia.

Salvatore Candido

Infatti, Candido ritornò più volte in questi Paesi ed è stato sempre ricevuto a braccia aperte.

L'idea dell'accomunamento dell'Europa con questi paesi Latinoamericani in sede culturale, ma anche economica e politica espressa dal Presidente Saragat nel 1965, dopo una visita di Stato a 6 paesi: Brasile, Uruguay, Argentina, Cile, Perù e Venezuela, che Candido appoggiò entusiasticamente e portò avanti nello svolgere il suo lavoro in America, si scontra, 43 anni dopo, con la politica tutt'altro che lungimirante, che mette in atto in questi tempi l'Unione Europea.

Cioè: la politica d'ispirazione garibaldina indirizzata all'unione dei popoli nel lavoro, nel mutuo rispetto e nel mutuo beneficio, viene sostituita da una scaduta politica d'isolamento, xenofoba, aggressiva, simile a quella svolta nel periodo tra le due guerre mondiali.

La stessa pietra e la stessa gamba che inciampa ancora una volta.

Una politica insomma che, come diceva Candido, rende questa nostra Terra tanto dispersa ed immensa perché costruita sull'incomprensione e sull'odio verso gli altri, come se noi, Italiani, non fossimo stati "gli altri" in tanta parte del mondo.

"Gli altri" che, con la nostra intelligenza, col nostro lavoro, con la nostra fede nelle nostre proprie possibilità, abbiamo arricchito tanti Paesi che ci hanno accolto come fratelli.

Una politica antigaribaldina, che fece dell'Italia, prima, un Paese espulsore dei propri figli ed ora, espulsore di altra gente che viene da noi facendo dei sacrifici supremi e li riceviamo mettendoci in tasca i principi della nostra civiltà, che sono i principi dell'amore per tutti gli altri, della carità e della solidarietà.

Soltanto quando avremo recuperato questi principi, queste virtù, riporteremo l'Italia e l'Europa al posto privilegiato che la nostra Civiltà non avrebbe mai dovuto perdere.

Però, dovremmo essere consapevoli che questo è un lavoro impegnativo per tutti e per ognuno di noi e non soltanto per quelli che si trovino, eventualmente nelle cariche di Governo.



[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

[Illegible text]

GARIBALDI E L'ASSEDIO DI MONTEVIDEO (1841-1848)

Egone Ratzenberger

La "Guerra Grande" fra Uruguay e Argentina e contemporanea guerra civile in Uruguay tra "Blancos" (pro Rosas) e Colorados

In che contesto si svolge l'azione di Garibaldi nell'Uruguay, ciò che con le sue imprese nel Rio Grande do Sul gli valse poi il titolo di Eroe dei due Mondi? A voler andare parecchio indietro si può dire che all'inizio vi fu il furfantesco colpo di mano del Bonaparte a Bayonne nel 1808 con relativo imprigionamento dei re spagnoli; ciò anticipò, appunto per la presenza di un usurpatore sul trono di Madrid, il processo di affrancamento dalla Madrepatria dei possedimenti spagnoli in terra americana; che sarebbe comunque giunto — è ben da presumere — qualche decennio dopo. Così si registrarono a cascata già nel 1810 le dichiarazioni di indipendenza delle varie nazioni, ed i vari Bolívar, Sucre, O'Higgins, Artigas, San Martín, Hidalgo e Iturbide (personaggi a vario titolo non poco affascinanti) difesero con vigore le nuove realtà nazionali e si può ricordare che Bolívar contribuì a creare cinque paesi indipendenti del Sud America. È interessante osservare in questa cornice come circostanze eccezionali portino alla ribalta uomini eccezionali che mostrano essere in tutto all'altezza degli avvenimenti. È ovvio che in tempi più tranquilli essi sarebbero passati inosservati.

Per tornare all'Uruguay che, detto per inciso, è grande circa la metà dell'Italia anche se sulle nostre carte appare minuscolo rispetto ai suoi vicini, Brasile e Argentina, si ricorderà che sulle rive del Río de la Plata la Spagna aveva creato nel 1774 il vicereame del Río de la Plata — succeduto ad un Governatorato dello stesso nome — che comprendeva l'attuale Argentina Centrale e Settentrionale, il Paraguay nonché l'Uruguay (la Patagonia fu solo in seguito conquistata dal Rosas). È noto che per un lunghissimo periodo esistè per ordine della Spagna un divieto di esportazione diretta via mare dal Río de la Plata e lunghissime file di muli con le loro merci guidati dagli "arrieros" (guidatori di muli) si arrampicavano fino ai 4000 metri della Bolivia denominato allora "Alto Perú" per poi ridiscendere a Lima.

Fin dal 1811 la giunta di Montevideo si battè per l'indipendenza della "Banda Oriental" ("Oriental" perché sita ad oriente del fiume Uruguay) e dopo notevoli

vicissitudini vedeva affermata la propria indipendenza nel 1828 da un trattato tra Argentina e Brasile. Un vero governo istituzionale iniziava però a funzionare solo nel 1830 sotto la presidenza del generale Rivera –già aiutante dell'effettivo creatore dell'indipendenza uruguayana e cioè il "prócer" Artigas, oggi eroe nazionale dell'Uruguay–. (Esiliatosi costui nel Paraguay nel 1820 in seguito ad una sconfitta militare fu colà poi tenuto confinato in un lontano villaggio per ben trent'anni dal dittatore Francia, e cioè fino alla sua morte nel 1850). Nel 1835 Rivera veniva sostituito dal generale Oribe che era stato anche lui aiutante di campo dell'Artigas, ma lo aveva poi abbandonato.

Perché citiamo i due "próceres" uruguayani? Ma perché le figure di Rivera e di Oribe condizionano a tutt'oggi il quadro politico del paese sudamericano e furono naturalmente preminenti sulla sua scena al tempo del soggiorno di Garibaldi (1841-1848). Merita descriverli un attimo.

Rivera era persona di tratto generoso che si faceva benvolere da chi imparava a conoscerlo e ciò per il suo modo di fare aperto, gioviale e comprensivo; tuttavia non era esente da gelosie e lo fu anche nei confronti di Garibaldi. Per le sue campagne a fianco di Artigas e poi negli anni venti dell'800 contro i brasiliani conosceva il paese palmo a palmo, persona a persona. Aveva fatto da padrino ad innumerevoli figli dei gauchos e delle loro spose. Militarmente era un buon tattico ed anche personalmente coraggioso, conseguì numerose vittorie minori, ma era un disastro sul piano strategico ove prese due memorabili batoste di cui la prima ad Arroyo Grande nell'Entre Rios (6 dicembre 1842) che portò appunto poi all'assedio di Montevideo durato nove anni, e poi a India Muerta (27 marzo 1845). Ne accenneremo ancora. Era piuttosto incompetente anche sul piano amministrativo e ciò per la sua volubilità, nonché per la sua tendenza a dissipare risorse e denari. Fino ad un certo punto risultò però gradito alla classe commerciale che a Montevideo era preminente. Grazie al suo porto la bella città sul Rio de la Plata faceva e in parte tuttora fa da emporio ad un vasto retroterra, essendo collocata in una posizione mercantile strategica che un po' ricorda quella di Venezia. Ancor oggi Montevideo riveste alcuni tratti caratteristici della Città Stato (in essa vive la metà della popolazione uruguayana), come ce l'hanno Singapore e Hong Kong (quest'ultima ieri più di oggi) e come nella storia, anche recente, si registrano numerosi altri esempi. Fu però Rivera meno gradito, allorché la sua amministrazione denotò evidenti segni di disordine massime dovuti alla sua prodigalità; pertanto nel 1834 l'Assemblea legislativa fu lieta di votare all'unanimità Oribe quale nuovo presidente.

Era costui figlio di un generale spagnolo d'artiglieria, aveva abbracciato la carriera militare, era di temperamento altero ed orgoglioso e nel fondo crudele, ancorché molto cortese con i suoi. Buon amministratore, perse durante la sua presidenza molte simpatie fra i montevideani e gli esuli argentini, allorché si avvicinò al dittatore Rosas che dal 1829 regnava con mano durissima sulla Argentina. Ma commise forse il suo errore

più grave, anche se sotto l'aspetto meramente legale del tutto giustificato, allorché destitui Rivera dalla carica di comandante dell'esercito di campagna (cioè quello fuori Montevideo) che il Rivera si era attribuito del tutto arbitrariamente all'atto di lasciare la presidenza, evidentemente per conservare un'importante base di potere. Procedimento a dir poco singolare e che limitava su un punto essenziale le competenze di Oribe quale presidente. Ma Rivera era potente e popolare nelle campagne e quando Oribe lo dimette dalla carica nominando in sua vece il fratello, egli si ribella, tutto il Paese lo segue e Oribe, a pochi mesi dal termine del suo mandato, si dimette rifugiandosi in Argentina. Ma invia subito dopo a Rivera –nel frattempo ridivenuto presidente– delle lettere furibonde. Si acuisce la rivalità fra i due Caudillos e verso la fine del 1838 Rivera, alleandosi anche con la provincia separatista argentina di Corrientes, dichiara la guerra al protettore di Oribe e cioè Rosas. Non ve ne era realmente bisogno, ma evidentemente Rivera voleva menar le mani o comunque prendere qualche iniziativa spettacolare.

Inizia così la "Guerra Grande". Muta durante questo conflitto anche il carattere di Oribe, forse influenzato dal sanguinario Rosas; da gentiluomo, di cui comunque conserverà i modi, si trasforma in un caudillo crudele, come dimostra il suo soprannome di "cortacabezas" (tagliatesta) e come dimostrano i massacri di prigionieri effettuati dopo la vittoria di Arroyo Grande. Ciò che gli si ritorcerà contro perché sarà lo spavento che ciò incute a far reclutare fra gli stranieri di Montevideo le legioni (Legione italiana, Legione francese e Legione spagnola) per difendere la poco munita Montevideo; è anche da allora che si creano in Uruguay i partiti Colorado e Blanco. Il primo ha appunto come suo santo patrono il Rivera ed è il partito della borghesia liberale in parte massone e anticlericale, nonché aperta agli emigrati. Il secondo si riconosce invece in Oribe e odierà e continuerà ad odiare Garibaldi fino ai giorni nostri, appunto perché contribuì tanto a tenere a bada i "blancos". Forse solo le ultime elezioni presidenziali uruguayane (2005), in cui ha vinto la coalizione di sinistra del Frente Amplio (presidente è ora Vázquez), sembrano aver superato tale secolare dicotomia. In genere in questi 150 anni il governo è stato appannaggio dei colorados, detentori dei voti soprattutto a Montevideo e dintorni, mentre le ondate pianure dell'interno appartengono ai blancos.

Sullo sfondo di questa pugna si intravede la sinistra figura del dittatore Rosas, carnefice degli indios della Patagonia come ci racconta fra l'altro Darwin che nel suo viaggio circumterrestre sul "Beagle" fece delle indagini naturaliste in Patagonia e constatò come le tribù indie si facessero prendere in trappola dai loro reciproci dissensi secolari; infatti il Rosas si alleva con la tribù sita sul lato sud dell'etnia con cui combatteva e che veniva massacrata dalle due parti senza pietà. Il gioco poi si ripeteva con la tribù che era in precedenza sua alleata e via procedendo. Gli indigeni della Patagonia sono sostanzialmente spariti ed è una tragedia che nessuno menziona.

Ora, sullo sfondo delle lotte fra caudillos scatenatesi nell'Argentina degli anni venti dell'800, l'avvento al potere del Rosas sembrò promettere, come spesso con i dittatori, pace interna e l'Argentina ebbe questa, sì, ma instaurò egli altresì un regime di duro terrore con frequentissimi assassinii perpetrati a carico di tutte le classi sociali, scatenando la guerra civile. Verso la fine della sua era il Rosas chiese addirittura che il suo ritratto venisse esposto sull'altare maggiore delle chiese. Gli imperatori romani avevano evidentemente trovato un successore in lontani continenti. Amatissimo dai gauchos, che comunque vivevano da lui ben lontano, era profondamente odiato per la sua capricciosa crudeltà da tutti gli altri ceti sociali. È una figura detestabile.

È su questa non lusinghiera tela di fondo che Garibaldi rientra in Uruguay nel 1841 dalle guerre del Rio Grande do Sul con la famosa mandria di buoi. Stabilitosi a Montevideo con la moglie Anita ha problemi di sopravvivenza. Ma ben presto vengono richieste le sue competenze marinare. Ben presto si richiedono altresì le sue capacità navali per dirigere ad es. una modesta flottiglia che dopo varie scaramucce e coraggiosi assalti a navi nemiche egli dovrà poi portare —secondo gli ordini del governo di Montevideo— su per il grande Paraná al fine di aiutare l'alleata provincia separatista di Corrientes. Ciò malgrado il blocco messo in atto dall'ammiraglio Brown di origini irlandesi e postosi al servizio del Rosas, Garibaldi combatterà con lui accanitamente sul fiume Paraná nel sito denominato Costa Brava. Si ritirò poi il Brown nel 1840 "consigliato dagli inglesi" nella cui marina aveva servito prima di cercare nel 1809 fortuna in Argentina. Come noto, egli andrà a visitare Garibaldi e ne tratterà un lusinghiero ritratto nelle sue memorie.

Si è ritenuto di compiere questo excursus sia per collocare le azioni del Garibaldi nella loro cornice storica come pure per porre in rilievo che l'ottenimento della libertà e dell'indipendenza, da difendere anche con le armi (come del resto possiamo osservare oggi in Africa) porta alla ribalta ed in modo spesso tumultuoso, tutta una serie di capitani; spesso si mutano in dittatori sanguinari e di modi brutali, mentre i vituperati vicerè spagnoli appaiono di molto più civili, anche se più ingessati (probabilmente). Ma la storia procede per le vie che sceglie. Per Garibaldi sprezzatore di re e poi anche di pontefici, e che aveva anche vissuto per un anno e mezzo a Costantinopoli sotto la ferula del sultano, il tiranno sempre suscita e ciò in ogni sua epifania, una reazione istintivamente negativa ed è anche per ciò che egli quasi per legge naturale scivola nella Guerra Grande.

È giustissimo far di Garibaldi il gran eroe dell'Unità italiana. Ma non è lecito scordare anche il suo senso della libertà e della giustizia. Non era solo logico che l'Italia fosse unita, ma era soprattutto giusto che prendesse il suo posto nel consesso delle Nazioni; è probabilmente con tale obiettivo finale che Garibaldi non mercanteggiò nel consegnare a re Vittorio il regno di Napoli, ciò che fu forse uno sbaglio politico (Dennis Mc Smith). Ma lo fu veramente? Oltre al coraggio e all'intelligenza militare di cui si parlerà più oltre desidero ancora porre qui in rilievo

la condotta cristallina che verrà sempre seguita dal Garibaldi in tema di interessi materiali. Egli paventa – e si tratta di un uomo che è povero – il riflesso sudicio di interessi finanziari che, forse a torto, verranno contestate invece ad es. al capo della Legione francese Thiebaut. È noto che anche in Italia Garibaldi sarà attentissimo su questo punto. Solo negli ultimi anni, e ciò fu dovuto ad errate speculazioni finanziarie dei figli, chiederà che il paese faccia qualcosa per lui. Ancor oggi i suoi detrattori (e ce ne sono, altroché se ce ne sono) si arrabattano su questo punto ma non riescono a stringere nulla nel pugno e per vendere i libri che scrivono ripiegano su particolari di minore importanza e magari sulla vita amorosa del Generale che per quanto sicuramente prediletto dal gentil sesso – ciò che egli ricambiò di cuore – non appare poi avere avuto tante amanti effettive, e meno certamente di Vittorio Emanuele.

Nell'attività militare svolta da Garibaldi nell'Uruguay vogliamo distinguere due momenti: il primo iniziato pochi mesi dopo il suo arrivo a Montevideo ed è quello in cui Garibaldi si fa conoscere come abile marinaio e combattente sul mare. Si comincia col disincagliamento di una nave, con l'armamento militare di un barco e si continua, allorché egli effettua colpi di mano contro il naviglio argentino soppiantando gradualmente l'allora capo della piccola marina uruguayana, il commodoro nord-americano Coe. Procedendo poi alla soprammenzionata risalita del grande fiume Paraná con la battaglia della Costa Brava. Il secondo inizia, allorché con altri italiani crea la Legione italiana per difendere Montevideo trasformandosi anche in capo militare. Ma sempre continuando l'attività militare navale.

Procede alla risalita del fiume Paraná secondo gli ordini impartitigli dal capo del governo di Montevideo il Presidente Joaquín Suárez. Ordini naturalmente insensati dato che sul Paraná incrociava – come si è detto – l'ammiraglio Brown ed in un paio di punti il fiume era controllato da dei cannoni. Tuttavia Garibaldi riuscì, anche con un poco di fortuna, ad ingannare il Brown ed indurlo ad inseguirlo sul fiume Uruguay partendo da dove il Paraná e l'Uruguay si uniscono per dar vita al cosiddetto ambiente fluvio-marino del Rio de la Plata. Registriamo un gran numero di avvenimenti con astuzie varie ed una decisa condotta di guerra del Garibaldi che infine accetta il combattimento con Brown alla Costa Brava fino a far saltare in aria le proprie navi ed a ritirarsi per via di terra verso le città di Goya e Corrientes site nella provincia separatista dello stesso nome. Va osservato che nel corso della battaglia viene abbandonato senza alcun avvertimento dai navigli correntini scesi per aiutarlo. E ciò prefigura anche quanto succederà a Rivera qualche mese più tardi, allorché scapperanno dalle sue fila gli alleati di Corrientes, rendendo più grave la sconfitta dell'Arroyo Grande (6 dicembre 1842). Comunque dovuta all'incapacità del Rivera che, forse imprudentemente, aveva varcato l'Uruguay per aiutare Corrientes. Comunque dopo Arroyo Grande l'Uruguay è ormai di Oribe, la strada verso Montevideo è aperta e la città indifesa. Ma il Caudillo "blanco" prende tempo e giunge a Montevideo solo tre mesi dopo, allorché con lavoro febbrile la capitale ha allestito nuove difese, ha riattato

le mura e creato corpi di difesa di soldati uruguayani, mentre si sono create spontaneamente delle Legioni straniere e cioè la francese, l'italiana e la spagnola (questa ultima in parte diserterà ed il resto verrà inquadrato nelle truppe uruguayane).

Molti si chiedono perché Oribe abbia indugiato ad occupare Montevideo. C'è chi pensa che non volesse consegnare l'Uruguay a Rosas; forse credeva che il più era stato fatto e che comunque Montevideo sarebbe stata sua. Che poteva fare infatti ormai la città? Ma pare credibile che in base alle esperienze raccolte alla fine della sua presidenza, egli voglia anzitutto assicurarsi la campagna uruguayana che gli si era rivolta contro qualche anno prima. Pare infatti che si sia molto adirato trovando chiuse le porte della capitale.

L'esistenza di Legioni straniere si rivelò indispensabile per la difesa, anche perché solo la metà dei montevideani era di nazionalità uruguayana. Ma la creazione di questi corpi militari che si sono in un primo tempo formati spontaneamente – e si registra qualche iniziale dubbio del Governo perché gli orgogliosi uruguayani volevano “fare da sé” – testimonia invero di una vera e propria paura malgrado la presenza in rada, per quanto attiene ai francesi, di navi del governo di Parigi. E non è esagerato di pensare al timore di veder ripetere anche a Montevideo gli arbitri e le brutalità di Rosas. Senza contare le notizie terribili che facevano stato del trattamento demenziale riservato ai prigionieri di Arroyo Grande. Ci soffermiamo su di esso un attimo: a parte il già citato “degollamiento” (cioè il taglio della gola) che il “degollador” (così si chiamava l'incaricato alla bisogna presente in organico in ogni battaglione argentino e degli alleati di Buenos Aires) cercava di rendere più accettabile alle vittime dicendo che era “più doloroso partorire un bambino”. Si erano registrate torture paurose quale l'incidere la pelle delle braccia nel senso della loro lunghezza e togliere le vive ossa al povero prigioniero, evidentemente tra sofferenze inenarrabili. E si citano tali infamità raccontate – lo si dice per completezza – dalle memorie del generale Díaz al fine di far meglio comprendere il motivo, in sé non ben comprensibile (in fondo Oribe aveva decentemente amministrato il paese e Montevideo per tre anni) per cui al Caudillo “blanco” vollero opporsi con determinazione anche gli stranieri. Nonché i montevideani che avranno perso a Arroyo Grande più di un parente o di un amico sia fra i prigionieri trucidati che fra i caduti sul campo (e altri dovranno perdere a India Muerta – 27 marzo 1845 – ove ottocento prigionieri vennero sgozzati).

Noi italiani giustamente parliamo sempre della Legione italiana le cui prodezze oscurarono la fama della pur esistente Legione francese. Va però detto che quest'ultima fu la prima a formarsi e fu più numerosa. V'erano infatti molti francesi a Montevideo che provenivano soprattutto dal sud della Francia. Erano titolari di imprese e di negozi e molti di loro avevano prosperato. Del resto si capisce: per un immenso territorio Montevideo svolgeva le funzioni di città civilizzata e di emporio. Tra i francesi di Montevideo vi era un ex-sottotenente napoleonico di artiglieria, Jean Crisostome Thiebaut che emigrato dalla Francia si era fermato per alcuni anni a Rio de Janeiro per

trasferirsi poi nella capitale uruguayana. Contro l'opposizione delle autorità francesi locali (console e ammiraglio) che non volevano problemi di coinvolgimento con le guerre e guerriglie locali, Thiebaut e i suoi amici misero su con molta energia la Legione gallica. Anni dopo il Thiebaut doveva dire: "abbiamo ceduto ad un movimento naturale di esasperazione e anche di indignazione e fu così che ricorremmo alle armi". Il capo della Legione francese fu un buon organizzatore ma era anche vanitoso e suscettibile, il che portò a vari problemi fra cui le sue dimissioni (verso il 1847) ed una complessivamente minore efficienza della sua Legione che non si distinse in nessun fatto d'armi. Fu comunque certamente utile alla difesa della città.

Organizzata dagli italiani Mancini, Danuzio nonché da Garibaldi, la Legione italiana avrebbe di per sé dovuto svolgere solo un ruolo modesto tanto più (come successo anche ai francesi con due comandanti di battaglione e i loro accoliti) che ad un certo momento i sopraccitati Mancini e Danuzio –forse anche invidiosi del Nizzardo e dell'amico di questi, Anzani, che cercavano di imporre maggior disciplina– passarono ad Oribe. La Legione italiana fu allora presa in mano definitivamente da Garibaldi e da Anzani. Quest'ultimo merita un po' più di attenzione.

Nove anni fa è uscita su di lui una bella biografia di una sua concittadina, la prof. Moscatelli.

Nato a Cantù nel 1809 dove oggi è sepolto, egli combatté in Spagna con i costituzionalisti, passò poi in Brasile al Rio Grande do Sul e da lì, quando cessò gradualmente la guerra civile "de los farrapos" (guerra dei cenciosi) si stabilì nella città di Salto nel nord-est dell'Uruguay. Era noto per il suo coraggio come testimonia ad es. l'episodio dello scontro con un indio prepotente che egli mise a posto. Era purtroppo ammalato di tubercolosi che lo portò prematuramente alla tomba dopo essere rientrato in Italia con Garibaldi. Ciò avvenne a Genova in casa del pittore Gallino, che fu colui che fece a Montevideo il primo ritratto del Generale. Le virtù dell'Anzani si comparano bene a quelle del Nizzardo con un fondo d'anima però più severo e cupo. Sarebbe stato l'ideale complemento del Garibaldi italiano e ciò forse anche meglio di Bixio (o Fabrizi o Sartori o Medici) senza dimenticare certo il grande Luciano Manara. La sua fermezza disciplinare era superiore a quella di cui si avvaleva Garibaldi, anche perché Anzani non esitava a far subito ricorso alle armi. Ma con giustizia.

Le gesta di Garibaldi in Italia sono note anche nei particolari. Meno note invece quelle nel Rio Grande do Sul che comunque qui non interessano. Sono abbastanza conosciute quelle svoltesi nell'Uruguay, fra cui soprattutto la battaglia difensiva di S. Antonio. Però mette conto d'averne una visione d'insieme anche perché, al corrente di tutto quanto avvenne poi in Italia nonché in Francia nel 1870, avvertiamo in esse i tipici tratti garibaldini e cioè audacia, decisione, astuzia bellica e chiara visione del campo d'azione. Dividiamo tali gesta sotto l'aspetto navale e militare di terra, in questo secondo caso svolto con l'ausilio della Legione italiana. Nel settore navale si

registrano fra il 1842 e il 1845 la cattura dell'isola dei Topi, sita nella baia di Montevideo battendo sul tempo l'ammiraglio Brown (l'Isola dei Topi fu poi ribattezzata Isola della Libertà e così si chiama tutt'oggi), l'arrembaggio a navi argentine anche facenti parte della flotta dell'ammiraglio argentino, l'attacco al piccolo porto oribista del Buceo che serviva a Oribe per ricevere le sue merci –vi è lì ancora oggi l'edificio che fungeva da dogana–. Sconfitto, come si diceva, Rivera ad Arroyo Grande (6 dicembre), Garibaldi oltre ad inquadrare con altri la Legione italiana ricostituì la flotta –solo poche barche– che però lo accompagneranno su per l'Uruguay nella spedizione di fine 1845, riportandolo poi a Montevideo (settembre 1846) da dove tormenterà il naviglio argentino e talora anche quello neutrale. Con questi ultimi fatti egli termina per sempre l'attività bellica marinara. Navigherà poi ancora e si avvarrà di navi a vela e a vapore, ad es. durante l'impresa dei Mille (la traversata, la circumnavigazione della Sicilia e lo sbarco a Capo Melito), ma vere e proprie azioni militari non ci saranno più.

Forse ancora più avvincenti –anche in considerazione delle gesta future– possono essere considerati i fatti d'arme svoltisi in terraferma in cui per la prima volta Garibaldi ha l'ininterrotta responsabilità di truppe sotto il suo comando. Merita farne un elenco: Tres Cruces, Cerro, Pantanoso e poi durante la risalita dell'Uruguay (30 agosto 1845 - 5 settembre 1846), la cattura di Colonia del Sacramento (insieme ad inglesi e francesi), il colpo di mano a Guleguaychú, la cattura di Paysandú e Salto, la battaglia dell'Hervidero, la resistenza all'esercito del generale argentino Urquiza, la famosa battaglia difensiva di S. Antonio e la battaglia offensiva sul fiume Daymán. Si tratta naturalmente di scontri minori con non molti morti e feriti come avvenne altresì in seguito per molte delle battaglie durante le guerre di indipendenza. Le perdite appaiono minori, si capisce, se si rapportano alle stragi avvenute durante le guerre mondiali, ma anche se si considerano Magenta, Solferino e Sadowa. Naturalmente registriamo sempre in esse l'arcana capacità del Generale di trasformare con il suo colpo d'occhio delle situazioni potenzialmente pericolose o molto pericolose in trampolini per affermazioni o addirittura vittorie. Tanto che dopo S. Antonio il Mazzini nelle sue lettere a Cuneo, suo rappresentante in Sud America, si mette a parlare della "sua" Legione, cosa che per più aspetti non era affatto vero anche se lo si poteva accettare sul piano ideologico, perché Garibaldi e i suoi legionari erano pur sempre motivati dai tre ideali dell'amore per la libertà, il regime democratico e l'unità d'Italia di cui Mazzini fu, per l'Italia, il primo apostolo.

Dal punto di vista militare Garibaldi era certamente un "natural". Ciò lo si constata anche rispetto ai generali uruguayani (di rapidissima carriera) come il Rivera che non sanno certamente affrontare problemi militari complessi ed incorrono poi in tremende sconfitte, oppure non sanno approfittare delle loro vittorie o comunque della loro posizione dominante come Oribe sia subito dopo Arroyo Grande che nei sette anni di permanenza e sostanziale inattività davanti a Montevideo. Dove forse un assalto ben pianificato sul piano militare ed appoggiato sul piano diplomatico,

nonché delle garanzie da dare alla popolazione, avrebbe chiuso la questione. Ci siamo già interrogati sui possibili suoi motivi. Garibaldi però non ha di questi dubbi ed è l'uomo della azione pronta, della difesa serrata, dell'iniziativa audace come ammette altresì con qualche mestizia lo storico della Legione francese. E dispiega e sviluppa, come mai avrebbe potuto fare in Europa, le sue qualità militari in seguito ben poco utilizzate dai generali sabaudi e tenute in non cale in un primo momento nella Repubblica Romana dal Pisacane e dal Roselli. Nè Mazzini si adoperò per appoggiarlo benché lo avesse ammirato per le sue imprese uruguayane e, come noto, avesse poi servito sotto di lui in Lombardia. Come si vede i dissidi fra Garibaldi e Mazzini vengono da lontano.

Va anche detto che con la Legione italiana Garibaldi disponeva di un materiale umano migliore. I francesi erano per lo più bravi borghesi, forse meno motivati ideologicamente ed erano vessati dalle loro autorità (console e ammiraglio) tanto che ad un certo momento per non sciogliere la Legione rinunciarono alla cittadinanza francese. Gli italiani appartenevano a classi più umili, più disposte a soffrire e meno attente forse alla loro vita. I francesi si lamentavano ad es. delle mancate consegne di viveri e vestimenta; alcuni italiani andavano invece a prendersi direttamente la carne dai ganci dei macellai creando, si capisce, problemi disciplinari. Gli altri legionari italiani si arrangiavano.

È noto che la Legione italiana ebbe un Diario tenuto dal medico Bartolomeo Odicini che non è ancora stato pubblicato integralmente, ancorché il Gradenigo ne abbia pubblicato alcune parti più rilevanti. Due tentativi per stamparlo integralmente sono finora andati a vuoto, di cui l'ultimo proprio in occasione di questo bicentenario della nascita. È da sperare che il terzo abbia successo. Esso è di lettura gradevole e talora avvincente perché la prosa dell'Odicini è vivace e non disturbano i numerosi errori di ortografia, anzi stupiscono. Più innanzi se ne daranno due esempi. Ritroviamo in esso molti dei nomi dei legionari che furono poi a fianco di Garibaldi in Italia: fra tutti Medici, Sacchi, Botteri di cui viveva ancora anni fa a Montevideo il nipote che ne possedeva delle lettere poi pubblicate dall'Associazione Culturale Garibaldina di Montevideo. Botteri fu capo di stato maggiore di Garibaldi nella campagna di Lombardia del 1848, ma per amore della moglie lasciò poi il Generale rientrando in Uruguay. Va citato anche Culiolo detto Leggero che attraversò a nuoto il fiume Uruguay per rubare cavalli per la Legione e fu poi a fianco del Generale nella fuga da Comacchio ad Ansedonia. Visse poi sempre con il Generale. È da citare altresì il Paggi che accompagnò Garibaldi in molte imprese, fu al Volturno, ma nella giornata di Mentana non accorse al cannone da Palombara Sabina dove si trovava con un battaglione (è curiosità storica registrare che così si comporterà nel 1870 nel Palatinato il vincitore di Mentana e cioè De Failly). Il Poggi sparì dopo quell'avvenimento e non se ne sa più nulla. Un altro membro della Legione è l'Anfossi, nizzardo come il Generale, che fu con Garibaldi all'inizio dell'impresa dei Mille, ma a Palermo,

impaurito forse dalla piega che prendevano gli avvenimenti, chiese asilo al consolato francese e uscì dal garibaldinismo. Poi vi è l'Odicini, si capisce, e poi il Pigurina che fu con Garibaldi a Roma, ma che nel 1849 –dopo averlo incontrato ancora una volta a Cagliari– rientrerà in Uruguay, stabilendosi a Salto ove tutt'ora vivono dei suoi discendenti. Si ricordino altresì Tommaso Russo e Giuseppe Romarino che si batterono a Cesena in duello. Il primo morirà ed il secondo cadrà a Roma; ciò che avverrà anche al negro Aguiar ed al maggiore Montaldi.

Esaminiamo ora i fatti d'armi succedutisi durante la spedizione sull'Uruguay (grande ad un di presso come il nostro Po e che nella sua parte inferiore funge da confine fra Uruguay e Argentina). Si è detto che fu soprattutto in questa campagna che Garibaldi appalesò le sue doti di comando e di iniziativa. Ed infatti: ha bisogno di cavalli per i suoi uomini? Ed allora fingendo di proseguire per il fiume ritorna a notte fonda alla foce del fiume Guleguaychú, sito sulla sponda destra dell'Uruguay, nella provincia argentina dell'Entre Rios dove –si ricorderà– Garibaldi era stato prigioniero a Guleguay. Egli entra nel piccolo fiume, occupa la città, si impadronisce dei numerosi cavalli colà presenti e rastrellati insieme a mandrie bovine dal generale Urquiza dopo la sua vittoria a India Muerta e altri cavalli prende davanti a Salto con un'operazione fluviale che invia sull'altra sponda un gruppo di nuotatori che sorprendono i custodi della mandria.

Sentiamo l'Odicini: "Frattanto si diedero tutte le disposizioni per sorprendere il paese di Guleguaychú che si trova nella costa dell'Entre Rios alla distanza di circa tre leghe dell'Urruguay (sic) situato sulla sponda destra di un piccolo fiume del medesimo nome, ed a sei leghe dal punto dove sorgeva la flotta. Al far della notte duecento Legionari, quaranta uomini di cavalleria con soli sedici cavalli imbarcati in piccole scialuppe e lance già stavano pronti per mettersi in movimento. Si sorprese una casa a mezza lega dalla imboccatura e si portò con noi tutta la famiglia perché non prevenissero il nemico del nostro movimento. Sorprendemmo in seguito il saladero di Gianello, punto stabilito per il nostro disimbarco.

Disimbarcata la gente della Legione ed alcuni cavalli ci posimo in movimento. Il paese di Guleguaychú è situato alla distanza di una lega dal saladero di Gianello e per arrivarvi v'è cativissimo (sic) cammino, pure in meno di mezz'ora entrammo nel paese. Stavano tutti dormendo e la sorpresa fu completa. Il Comandante Villagra Dei Civici, l'alcalde e tutte le autorità civili e militari con tutta la guarnigione caddero in nostro potere. Cannoni, fucili, munizioni e mille vestiti completi s'imbarcarono a bordo dei nostri bastimenti. Le autorità furono messe in libertà dietro una petizione di quasi tutti i negozianti del paese, la maggior parte stranieri".

Garibaldi si preoccupa di avere sulla sponda sinistra, che è appunto quella uruguayana, una forza militare di sostegno e si mette d'accordo con i "matreros" (sostanzialmente una varietà ancora più selvaggia di "gauchos") e che sono guidati da un tal Ledesma, nonché da un inglese trasformatosi in gaucho e cioè il Munkell.

Entrambi gli divengono amici. Raccoglie gli sbandati di India Muerta creando così alle sue spalle una forza d'appoggio e di ricognizione. Sull' *Hervidero Anzani* respinge intanto un assalto del fratello Manuel del generale Lavalleja (di cui vogliamo qui citare il contributo dato nel 1825 alla rivolta uruguayana contro l'occupazione del Brasile per cui è considerato in Uruguay uno dei padri della patria). Manuel Lavalleja sgombera Salto dove si era trincerato, ma Garibaldi deve poi rafforzare le difese della città per far fronte al generale Urquiza che, reduce dalla campagna fatta nel paese Orientale, vuole colà guadaire il fiume e pensa di poter battere senza difficoltà i volontari italiani che lui chiama "cuori di gallina".

Urquiza è un personaggio interessante. Già agli ordini di Rivera nella vittoriosa battaglia di Cagancha durante la guerra di liberazione dai brasiliani, si distingue poi nel 1844 nell'occupazione dell'Uruguay decisa da Rosas e costringe in un angolo a India Muerta il suo ex-capo (Rivera) battendolo duramente. Si mise più tardi alla testa dell'insurrezione antirosista del 1852 che travolse il dittatore argentino a Monte Caseros presso Buenos Aires (2 febbraio 1852). Qualche anno dopo fu ucciso da dei sicari, forse per vendetta o perché spadroneggiava troppo nell'Entre Rios.

Dunque Urquiza si trova davanti a Salto, l'assedia per tre giorni ma si scontra ad una resistenza accanita e da uomo intelligente ritiene con ragione che nulla cambia se traversa l'Uruguay più a monte. Così dice il Diario: "Vi furono alcuni tiri e cariche parziali alla vista del Salto senza alcun risultato. Questa mattina si conobbe essere forza del generale Urquiza, quella che ci assedia e di più si ebbero dei dati certi non essere lontano tutto l'esercito di questo Generale. Si passa la notte con grande precauzione. ... Sorti la Cavalleria con alcuna Gente d'infanteria, ed una pezza d'artiglieria di protezione all'istante, però regressò avendo scoperto tutto l'esercito intero d'Urquiza, che con cavalleria, infanteria ed artiglieria si dirigeva sopra il paese. Si diedero (sic) le disposizioni necessarie per resistere all'attacco che senza dubbio si doveva aspettare, essendo questo principalmente il giorno anniversario della battaglia dell'Arroyo Grande. Non si (sic) inganammo come era mezz'ora circa dopo che le forze si erano riconcentrate nel paese, un Battaglione d'infanteria nemica con una forte riserva s'avanzò".

Due mesi dopo, anche per venire incontro al nuovo comandante di campagna Medina che succeduto allo sconfitto Rivera, rientrava in Uruguay dal Brasile, e lasciando Anzani a presidiare Salto, Garibaldi commette l'8 febbraio 1846 una grossa imprudenza e rischia l'annientamento a soli cinque chilometri dalla città. Inizia infatti la battaglia di S. Antonio. Leggere forze di cavalleria nemica ostacolano una ricognizione più approfondita del terreno; ma forse anche le guide ingannano Garibaldi. Ad un certo punto da dietro un'innocente collinetta sorge, guidata dal generale oribista Servando Gómez una forte compagine militare. Si tratta di trecento fanti e mille cavalieri e quindi di una forza superiore a quella di Garibaldi che fra fanti e cavalieri dispone di circa trecento uomini. A regola di gioco egli dovrebbe

essere annientato con i suoi. Ma, pur abbandonato dalla cavalleria salvo alcuni coraggiosi, si dispone in difesa a riccio e respinge con molto vigore (fucilate a bruciapelo, attacchi alla baionetta) gli attacchi nemici in una giornata caldissima dell'estate australe. Con il favore delle tenebre si ritira poi verso il fiume e rientra in Salto. Questa perizia militare e il valore suo nonché della Legione furono molto celebrate in Uruguay ed in Italia. Si parlò di una grande vittoria e lo è, su un piano più ideologico che effettivo, perché una situazione pericolosa o anche molto pericolosa venne neutralizzata con una serie di mosse acconce e in parte venne capovolta a proprio favore. (Si può ricordare qui che nel 1996 la comunità italiana in Uruguay festeggiò davanti alla stele maestosa che conserva i resti dei legionari caduti nella giornata di S. Antonio i 150 anni della battaglia.) Ma qualche giorno dopo e per nulla scosso dallo avvenimento Garibaldi effettua una puntata offensiva contro i due generali che su incarico di Urquiza infastidivano da lontano Salto, conseguendo una netta vittoria. Si registrò infatti una marcia notturna con assalto all'accampamento nemico e successiva rapida ritirata fino a cambiare improvvisamente di fronte e assalire le colonne nemiche che speravano di sorprendere il Generale al momento di guardare il fiume Daymán. Il nemico non dette più fastidi. Poi anche al Salto si ebbe un riflesso dei litigi montevidiani tra Pacheco (l'energico Ministro della Difesa) e Rivera, perché se a Montevideo si festeggiavano le vittorie della Legione non mancavano purtroppo gli invidiosi fra cui lo stesso Rivera. Rifugiatosi costui nel Río Grande do Sul brasiliano, aveva dato mandato al suo successore Medina (e si ricorderà che Garibaldi era uscito verso S. Antonio per facilitargli l'ingresso alla città) di assumere anche in quella zona il comando generale, leggi: controllare Garibaldi. Il Generale, dopo scontri personali sempre più accesi con il Medina, lo caricò senza indugi su un barco francese rimandandolo alla Capitale. Tuttavia dopo qualche tempo fu richiamato egli stesso a Montevideo con la Legione (5 settembre 1846) e fu facile profeta nel prevedere che la costa sinistra del fiume Uruguay conquistata con una brillante campagna sarebbe ben presto stata ripresa dal nemico, ciò che poi avvenne nel corso del 1847.

È il caso altresì di ricordare che a motivo della perdita di un'amatissima figlia di quasi tre anni, probabilmente falciata dalla scarlattina, Garibaldi chiamò a sé al Salto la consorte Anita forse troppo sola a Montevideo. Anche questo prefigura l'andata di Anita a Rieti prima e poi due anni dopo a Roma. Malgrado i figli in tenerissima età e pur incinta non volle lasciare il suo uomo neppure a San Marino dopo la ritirata dalla Città Eterna.

L'ultimo anno della permanenza di Garibaldi a Montevideo, e cioè il 1847 non fu particolarmente piacevole e contrassegnato soltanto da diversi assalti al naviglio nemico nel Río de la Plata. Ad un certo punto a motivo della situazione militare il capo del governo montevidiano Suárez lo nominò (28 giugno 1847) generale comandante in capo, il che però suscitò un tal vespaio di gelosie e rancori nonché i

dileggi degli oribisti, che dopo pochi giorni Garibaldi rinunciò alla carica. Ma ormai il suo sguardo era rivolto verso l'Italia in cui con l'elezione di Pio IX qualcosa sembrava muoversi mentre gli austriaci facevano i prepotenti occupando Ferrara. Cercavano intanto di mettere pace fra Argentina, Montevideo e Oribe i nuovi plenipotenziari inglese e francese Lord Howden e il conte Walewski (succeduti rispettivamente a Ouseley e Deffaudis) che ebbero separatamente un colloquio con Garibaldi di cui non si conosce il contenuto. Il Diario della Legione italiana cita tale abboccamento, ma non dà particolari. Walewski era il plenipotenziario di Luigi Filippo, ma con Garibaldi sarebbero stati protagonisti della Storia durante la seconda guerra d'indipendenza e la spedizione dei Mille, atteso che Walewski che era, come si sa, figlio naturale del Bonaparte e della contessa Walewska, diverrà ministro degli esteri di Napoleone III e sarà parecchio contrario alla politica italiana del suo capo. Forse da un punto di vista strettamente francese non aveva torto. Lord Howden e Walewski presentano a Rosas e Oribe delle proposte di pace non tanto dissimili di quelle di Ouseley e Deffaudis, ma Rosas le accetta e Oribe no, forse in un gioco delle parti. La reazione di Lord Howden è singolare perché le sue navi alzano l'ancora e se ne vanno (il nuovo governo inglese di Palmerston voleva disinteressarsi del Rio de la Plata), dando quindi ragione all'atteggiamento negativo di Oribe e gettando nello sconforto Montevideo che grazie al Walewski conserva però l'appoggio della flotta francese.

Siamo comunque all'epilogo dell'avventura uruguayana di Garibaldi che parte da Montevideo il 15 aprile 1848 con 65 legionari e arriverà in Italia a Genova il 15 giugno. A Malaga riceverà la grande notizia dei mutamenti italiani. Non tornerà più nella capitale uruguayana, ma passerà molto al largo delle sue coste nel 1853 veleggiando dal Perù a New York. In Italia nessuno gli offrirà un comando a cominciare dal Comitato di Milano creato dopo le Cinque Giornate che gli preferì il Fanti né il Triumvirato della Repubblica Romana pur diretto egregiamente dal Mazzini. Ma se lo conquisterà da solo.

In questo contesto può essere interessante ricordare l'impressione che ebbero a Roma di Garibaldi i due lombardi Dandolo e Manara. Dice quest'ultimo: "Parlo con Garibaldi, è un diavolo, una pantera. Io vado con il mio corpo che è disciplinato, fiero, taciturno, cavalleresco per, così dire, a sostenere il suo impeto matto". E il Dandolo descrive la "massa di briganti: Garibaldi e il suo stato maggiore sono vestiti in bluse scarlatte, cappellini di tutte le foggie, senza distintivi di sorta e senza impacci di militari ornamenti. Montano con selle all'americana, pongono cura a dimostrare grande disprezzo per tutto ciò che è osservato o preteso con grandissima severità dalle armate regolari. Seguiti dalle loro ordinanze (tutta gente venuta dall'America) si sbandano, si raccolgono, corrono disordinatamente in qua e in là, attivi, avventati, infaticabili. Quando la truppa si ferma per accamparsi e prender riposo, mentre i soldati affascinano le armi, è bello vederli saltar giù da cavallo e attendere ciascuno in persona, compreso il generale, ai bisogni del proprio corsiero. Se dai paesi vicini non

poterono aver viveri, tre o quattro colonelli e maggiori saltano sul nudo cavallo ed armati di lunghi lazos s'avventano a carriera per la campagna in traccia di pecore o di buoi. Quando ne hanno raccolti una buona quantità, tornano spingendosi innanzi il malcapitato gregge; ne distribuiscono un dato numero per compagnia e poi tutti quanti, ufficiali e soldati, si mettono a scannare, squartare e arrostitire dintorno ad immensi fuochi i quarti di bue ... Di una semplicità patriarcale e forse un po' spinta, Garibaldi s'assembra più ad un capo di tribù indiana che ad un generale; ma quando si avvicina ed incalza il pericolo allora è veramente ammirabile per coraggio ed avvedutezza; ciò che gli manca per essere un buon generale egli sa in parte compensarlo con la sua stupenda attività".

Si noti la spontaneità di Garibaldi nel presentarsi sulla scena italiana. Ora la storica inglese Lucy Riall nel suo "Invention of a hero" (2007) inventa, lei sì, la figura di un Garibaldi tutto dedito a crearsi un'immagine. Ma dove? Ma quando? A San Antonio, nel viaggio dal Perù a Canton? A Calatafimi? Alla Bezzecca?

Molti hanno tuttora qualche dubbio su Garibaldi. Quando lo conoscevo poco li ebbi anch'io. Poi non ne ebbi più. Facciamo quindi bene a celebrarlo e ricordarlo: si tratta di un grande Uomo, di un grande Italiano. Forse il più grande italiano del suo secolo.

EL EMIGRANTE FLORENTINO

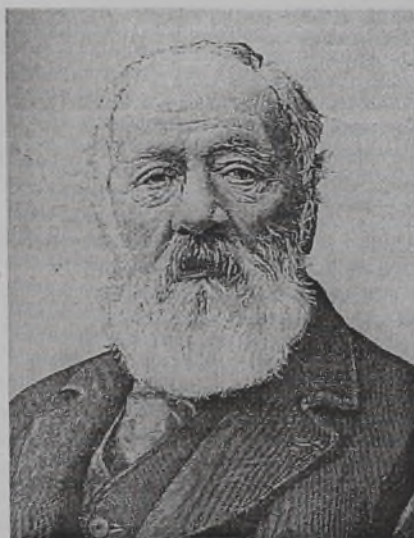
ANTONIO MEUCCI,

INVENTOR DEL TELÉFONO

Antonio Bona Milanese

En 1808, hace 200 años, nació en Florencia Antonio Meucci, el inventor del teléfono o "teletrofono", como él lo llamó, neologismo que indica con exactitud la transmisión de la voz a distancia por medio de la corriente eléctrica.

La ciudad de Florencia, su Universidad, la "Regione Toscana" y el Ministerio de Educación de Italia han programado distintas manifestaciones, con la finalidad de conmemorar al genial inventor florentino, que tendrán lugar entre abril de 2008 y la primavera de 2009. La personalidad y la obra de Meucci serán el tema central, abarcando distintos perfiles: desde el futuro de las telecomunicaciones, sus aspectos legales, normativos y económicos. Estas actividades serán coordinadas por el Comité Nacional del Bicentenario de Antonio Meucci y la Facultad de Ingeniería del Ateneo Florentino.



Antonio Meucci

Se ha comentado que la invención del teléfono y de la radio tiene una raíz "humanista", por consiguiente no es de extrañar que hayan nacido en Italia, cuna del "Humanismo". Estos descubrimientos han permitido a la palabra, emotiva expresión de todo sentimiento, superar la barrera de las distancias.

Antonio Meucci nació en Florencia el 13 de abril del año 1808; frecuentó la Academia de Artes Mecánicas, institución creada por los Duques de Lorena, en esa época señores de la Toscana, aristócratas de ideas avanzadas. Aplicó sus conocimientos

en el Teatro de la Pérgola, donde había conseguido el cargo de asistente maquinista al desarrollar un tubo acústico que permitía comunicarse entre sí a las distintas dependencias, aparato que todavía está en uso.

En 1843 acepta con entusiasmo la oferta que le hace el Teatro Tacón de La Habana para que se ocupe de la maquinaria. Meucci tenía una personalidad dinámica, no lo asustaba el hecho de tener que realizar un largo viaje y vivir en un país desconocido. Había sido encarcelado en varias ocasiones por su adhesión al movimiento unitario e independista de la Joven Italia, pensaba encontrar en América la libertad que en Italia no tenía.

En La Habana no sólo se ocupó de teatro, experimentó varias aplicaciones de la corriente eléctrica, entre otras preconizó la electroterapia, al intentar aliviar los dolores reumáticos utilizando los impulsos eléctricos de un aparato que desarrolló para este propósito. El "teletrofono" en ciernes dio sus primeros pasos al conseguir comunicarse desde el taller con su esposa, recluida en su casa por sus padecimientos reumáticos.

En 1851 un incendio destruye el teatro y Meucci decide trasladarse a Nueva York, donde piensa que podrá encontrar apoyo para desarrollar su invento. Se establece en Staten Island, donde compra una modesta vivienda, que todavía existe, convertida en museo. Allí implanta un taller donde ensaya con éxito la fabricación de velas de parafina sustituyendo a la cera. Instalación que a pesar de sus dimensiones reducidas tendrá trascendencia histórica; Meucci, llevado por su patriotismo, les da trabajo a muchos exiliados italianos, cuya única culpa es la de pretender una Patria unida y libre. Entre estos exiliados encontramos a Giuseppe Garibaldi, que durante tres años será su huésped y socio.

Meucci no cesa en su empeño, está convencido del valor de su invento. En 1857 le pide al dibujante italiano Corradi que prepare esquemas de su "teletrofono" para presentar una solicitud a la Oficina de Patentes de Estados Unidos. Meucci con claridad meridiana describe cómo funciona su aparato: "El sistema está constituido por un diafragma que puede vibrar y un magneto electrizado por un conductor en espiral envolvente. El diafragma vibra con el sonido de la voz, las vibraciones provocan oscilaciones eléctricas que son reproducidas por análogas vibraciones del diafragma del aparato receptor, el que reproduce la voz emisora". Así se expresaba Meucci en 1860 con absoluta precisión, faltaba convencer a algún financista para que el sistema tuviera una aplicación práctica. Con grandes sacrificios consigue construir un aparato prototipo y solicita su patente a la Oficina de Patentes de Washington, que se la concede en 1871.

Una vez que ha obtenido la patente de su aparato, pide audiencia al señor Grant, director de la sociedad telegráfica mundial Western Telegraph Company. La entrevista es todo un éxito, Grant prevé un gran porvenir para el invento y le propone la realización de una prueba a gran escala. Transcurre el tiempo y ésta no llega a concretarse, Meucci entonces solicita que le devuelvan los aparatos y la documentación; pero le contestan que se han extraviado.

La desgracia parece ensañarse con el florentino: queda herido de gravedad por la explosión de una caldera que lo obliga a un largo período de inactividad y cae en la mayor miseria. Para poder subsistir, su esposa vende el mobiliario y hasta los modelos del "teletrofono". Por falta de dinero no puede renovar la patente en 1873, parecería que uno de los mayores inventos del siglo XIX está destinado a caer en el olvido.

Sin embargo en 1876 se abre un nuevo capítulo de la historia de esta invención fruto del ingenio de un modesto emigrado, con situaciones novelescas y dramáticas que sacudirán a la opinión pública norteamericana.

A las dos de la tarde del día 16 de febrero 1876 se presenta al director de la Oficina de Patentes de Washington una persona que dice ser el profesor Graham Bell de Boston y solicita patentar un sistema que permite transmitir eléctricamente la voz a la distancia requerida. Transcurrida una hora se presenta el señor Elisha Grey de Chicago con la solicitud para un sistema idéntico. En los anales de la Oficina nunca se había dado una situación semejante. La ley estadounidense de patentes es sumamente severa y exige declaraciones bajo juramento, con fuertes sanciones penales en caso de comprobarse fraude. Bell exige la prioridad, Grey le entabla juicio en los tribunales por plagio, pero lo pierde y tiene que resarcir daños y perjuicios.

En el mismo año 1876 se realizan públicamente en Boston demostraciones de transmisión telefónica, seguidas por otras en la Exposición Universal de Filadelfia. Lord Kelvin, el famoso científico inglés, se encuentra presente y declara que la nueva invención es "la maravilla de las maravillas".

Bell establece una poderosa empresa, las instalaciones se multiplican de manera vertiginosa, las acciones de la empresa alcanzan cotizaciones impensadas y por distintos medios llega a formalizar un verdadero monopolio.

Un grupo de emigrados italianos que conocen los derechos de Meucci, trata de lograr en los tribunales que el verdadero inventor reciba la indemnización que merece. Pero no logra avanzar en la demanda. La empresa Bell, que maneja sumas considerables, consigue hacer naufragar todos los intentos, y en 1884, vistos los estériles resultados, se suspenden los trámites.

En el año siguiente se produce un giro inesperado. Dos empresarios, Bentkiysen y Huntington, en respuesta a una acción judicial iniciada contra ellos por el monopolio Bell, denuncian al mismo por fraude y falsificación y afirman que "Graham Bell juró en falso al proclamarse el primer inventor del teléfono".

El pleito, que hasta ese momento se manejaba en el ámbito privado, se convierte en un asunto de Estado. En efecto, el mayor perjudicado es el mismo Gobierno de Estados Unidos, obligado al pago de importantes sumas para la utilización de las patentes de Bell. Se inicia una rigurosa investigación, cuyos resultados son tan graves que las autoridades pasan el asunto a juez penal.

La empresa Bell se defiende iniciando una agresiva campaña en la prensa. La polémica adquiere un grado tal de violencia que obliga a intervenir al mismo presidente de Estados Unidos, Cleveland, quien ordena suspender la investigación.

Esta intromisión se considera anticonstitucional y provoca la reacción de la oposición, que aprovecha para incluir el tema en su plataforma política. En la contienda alguien incluso trae a colación el nombre de Antonio Meucci.

La creciente presión de la opinión pública induce a que se continúe con la investigación. En la prensa se mencionan hechos graves e inesperados, entre otros que el expediente de la patente solicitada por Meucci, con dibujos y anotaciones, inexplicablemente ha desaparecido de la Oficina de Patentes.

Se descubre que la compañía Bell desde sus inicios le cede el 20% de sus utilidades a la empresa Western Telegraph, que para el período 1881-1885 llegan a sumar la cantidad de 2.000.000 de dólares (enorme para la época). Se relaciona este generoso aporte con el hecho de que la documentación y los aparatos entregados por Meucci a la Western Telegraph jamás le fueron devueltos al inventor.

El juicio prosigue sin pausas, se solicita el asesoramiento de los más encumbrados científicos de Estados Unidos, hasta que después de varios vaivenes la Corte Suprema dictamina en 1886 que "Antonio Meucci es el inventor del teléfono y que Graham Bell ha cometido fraude".

Es una victoria gloriosa para Antonio, pero sólo desde el punto de vista moral. Lamentablemente sus amigos, entre los cuales se incluía Edison, no habían podido continuar con las demandas por falta de recursos; y por otra parte, Meucci había perdido todos los derechos legales al dejar caducar la patente en 1873.

En 1889, el 18 de octubre, el genial pero desafortunado inventor fallece en su casita de Staten Island. Había sido comprada por la familia Nisini, pero permitieron que Meucci siguiera viviendo en ella, rodeado por el afecto de la colectividad italiana. Hoy se la puede visitar, convertida en museo patrocinado por una sociedad garibaldina local.

El pleito que por más de un lustro había llamado la atención a la opinión pública de Estados Unidos cayó en el olvido y el señor Graham Bell, gracias al invento del emigrado florentino, pudo acumular una considerable fortuna sin ninguna clase de inconvenientes.

En la Madre Patria no se le dio mayor trascendencia al episodio, incluso las primeras instalaciones telefónicas que se implantaron en la península fueron con patentes extranjeras, algo parecido a lo que pasó años después con otra gran invención italiana: la radio. ¿Será cierto el dicho "nemo propheta in Patria"?

Finalmente en Estados Unidos, en esa nación en la que Antonio Meucci había cifrado tantas esperanzas para su invención y donde había sufrido tantas amarguras, después de más de un siglo, en el año 2002, con la resolución 269 propuesta por un senador italoamericano en el Congreso, su gloria fue consagrada definitivamente al declararse por votación unánime que el aporte del emigrado Antonio Meucci fue el primero y fundamental para la invención del teléfono. Este fue sin duda el mejor reconocimiento que jamás tuvo.



ÍNDICE

- Editorial	7
- Los 100 años de Luce Fabbri Celebración en el Paraninfo de la Universidad de la República	9
- Significación política e internacional del 20 de Septiembre Dr. Héctor Gros Espiell: Jurista, ex-Canciller de la República, Representante del Uruguay ante la Corte Internacional de La Haya	29
- Rodó y la "Cuestión Romana" Dr. Héctor Gros Espiell	37
- Garibaldi: mito e realtà negli ultimi 25 anni (1982 - 2007) Prof. Alfonso Scirocco: Universidad de Nápoles - Integrante del Consejo de la Presidencia del Instituto per la Storia del Risorgimento Italiano, de Roma	43
- Oribe: nuestro Coriolano Carlos Novello - Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo - Director de "Garibaldi"	61
- Eduardo De Filippo	81
- L'anticoncilio di Napoli Prof. Giampaolo Colella	83
- Salvatore Candido - A 10 anni dalla sua scomparsa Carlos Novello	107
- Garibaldi e l'assedio di Montevideo (1841 - 1848) Dr. Egone Ratzenberger: ex-Embajador de Italia en Montevideo	113
- El emigrante florentino Antonio Meucci, inventor del teléfono Antonio Bona Milanese	127



